

EL MISTERIO DEL LAGO



RAÚL
GARBANTES

El Misterio del Lago: El caso de Blue Lake (parte 2)

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:
Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>
Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>
Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Contenido

[El Misterio del Lago](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)



DESCÁRGALA
GRATIS

Dos historias paralelas,
una maldición en común...

Oferta Limitada

Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga click [AQUI](#)

PRÓLOGO

El Lago delataba el brillo punzante de la media luna. La brisa se ausentaba, como si la noche hubiese dejado de respirar. El aire, pesado, emanaba de los boquetes del callejón. Aquel vaho parecía compuesto por filamentos faltos de vida, y una vida es la que Charles se disponía a tomar entre sus manos.

Tomarla. Dejarla escurrir. ¿Qué significaba? ¿La limpieza de este mundo?

Poco importaba en aquel callejón. Poco valía mientras apuntaba el cañón de su arma a la cabeza del infiel, que intentaba zafarse de aquella fuerza sobrehumana que lo atenazaba.

—Haré justicia, Logan —dijo Charles con el dedo en el gatillo—. Traeré paz a este mundo.

Y su rehén continuaba forcejeando de espaldas a su captor, mientras cruzaba miradas con otro desconocido a unos pasos de distancia.

—¡Bájala! —dijo Logan, apuntándole a su vez—. ¡Podemos terminar con esto!

—¿Terminar? —la sonrisa de Charles era otra media luna en medio de la noche—. ¿Terminar, dices?

—Somos amigos —murmuró Logan. Dio un leve paso—. Puedo ayudarte. Puedo sacarte de aquí. Sólo baja el arma. —Otro paso.

Las miradas disparaban como los cañones de sus armas. Sus voluntades parecían dos monolitos, incapaces de ceder ante la bruma nocturna.

—Por favor, Charles... —rogó Logan—. No me hagas hacer esto. No fallaré desde esta distancia.

—Aun si me atrapas, esto no terminará hoy —dijo Peterson, seguro de sí mismo.

Fogonazo.

La bala rozó la mejilla de Logan, zumbando como una avispa. Aquel minúsculo momento le sirvió para abalanzarse sobre Charles, quien había soltado al rehén.

Logan intentó desarmarlo, pero los reflejos de su contrincante eran tan felinos como los suyos. La fuerza bruta no servía de nada y disparar a quemarropa en un sitio tan cerrado le costaría la vida al rehén.

“Debo actuar rápido”, pensó Logan. Lanzó un puñetazo al estómago, pero golpeó sombras. Se sentía mareado. Hacía calor de repente. La sangre de su mejilla goteaba.

Sintió un golpe en las costillas y supo que sólo un profesional podría causarle semejante dolor.

Logan cayó contra la pared, sin aire, y antes de siquiera intentar reincorporarse, olió el aliento de Charles muy cerca de su rostro.

Y ese rostro vacío ya no reflejaba a su amigo en Blue Lake. No mostraba la mirada de alguien dedicado a su esposa y a sus hijos; ya no pertenecía a Charles Peterson.

Ese rostro vacío lo iba a matar.

Sintió el cañón del arma en su frente y todos los años de entrenamiento parecían esfumársele por su herida. La mirada de Charles Peterson penetraba en su alma, robándole el valor y la identidad.

Fogonazo.

Las sombras lo acorralaron.

Charles retrocedió. Aún quedaba trabajo por hacer. Su arma pedía más, hambrienta de sangre.

—¿Cómo olvidarme de ti? —dijo Charles, caminando hacia una figura agazapada entre dos cubos de basura.

El infiel debió escucharlo, ya que de inmediato intentó escapar hacia el fondo del callejón.

Charles silbó una melodía que había aprendido hacía años en el Lago.

Y a su espalda, el Lago lo acompañaba. Sabía que su víctima lo esperaría; caminó con lentitud, un pie después del otro. Escuchaba su respirar entrecortado contra los muros, indefenso y sin salida.

Charles pensó que no siempre fue así, que aquel infiel tuvo delante de sí una salida noble a este problema. Podría haber elegido no engañar a su esposa, cuidar de sus hijos, dedicarse a ser un buen hombre, caminar por la vida siendo un ejemplo para el mundo.

Pero ya no había salida, y ahora se enfrentaría al hacha del verdugo. “Debió pensárselo mejor antes de estar en esta situación”, rumió.

Allí lo vio, con la desesperanza corriéndole por los ojos en forma de lágrimas. Aquello le agrandó la sonrisa a Charles.

Dejó de silbar, invocando una quietud que se fundía con las sombras.

—Le daré lo que quiera —dijo el infiel—. ¡Tome mi dinero y márchese!

Charles no contestó; hacerlo significaba avergonzarse al nivel de aquel impuro, postrarse ante la infamia que despedía su perfume.

Levantó el arma y apuntó.

—Por favor... —El infiel se removía aún más contra la pared, como si la quisiera penetrar—. ¡Tengo esposa e hijos! ¡Tenga compasión! ¡Hágalo por ellos!

Charles levantó una ceja, escrutándolo con pasividad.

Hágalo por ellos.

Y el Lago fue el único testigo del disparo.

Lo hace por ellos.

CAPÍTULO 1

La llamada había dejado sin habla a Paul Rivera aquella mañana. Todavía no podía creer lo que escuchaba desde el otro lado del auricular.

—Dime que es una broma, María —había dicho con la intención de seguirle la corriente—. Es uno de esos jueguitos de Logan para asustarme, ¿verdad?

Pero el silencio que transmitía su móvil no se asemejaba a ningún chiste.

—Voy para allá —dijo. Acto seguido, tragó grueso antes de dejar su despacho en la estación de policía.

Y ahora, en aquel embotellamiento de la ciudad de Cheverdale, Paul tamborileaba sobre el volante mientras esperaba que el auto de delante arrancara luego de estar detenido varios minutos. Un accidente en la vía, dedujo.

Pensó en bajarse del vehículo y recorrer los últimos kilómetros a pie. El hospital no estaba lejos para alguien de su contextura atlética. Podría llegar en al menos unos veinte minutos.

Veinte minutos que le parecían cruciales.

¿Cómo había ocurrido? Logan le parecía un tipo competente. Jamás le había visto fallar un tiro, y mucho menos perder en el combate cuerpo a cuerpo. Sabía que no era descuidado y siempre hallaba la solución en un parpadeo cuando las cosas se daban por perdidas.

—Ten cuidado en Blue Lake, Logan —le había dicho en su última noche de tragos—. Son las grandes ligas.

—¡Novato del año, me dirán! —obtuvo como respuesta.

—¡Que así sea! —Y chocaron las copas. Clink.

No habría novato del año. Y tampoco tuvo cuidado. Paul apretó los dientes ante la ineptitud de su amigo. Le dijo que se cuidara, ¿era tan difícil hacerle caso alguna vez?

Esperaba mucho, a decir verdad. Logan jamás le hacía caso. El muy tonto derribaba las puertas y luego hacia las preguntas, como si siguiera el protocolo de película policiaca. “Quizá por eso estaba preparado para las grandes ligas”, pensó.

—¿A qué precio? —susurró Paul en un largo suspiro.

Tenía la garganta seca. El alma seca, si le preguntaban.

—Dios mío, Logan —dijo—. ¿En qué te metiste?

La respuesta jamás llegó, pues las bocinas lo sacaron de aquel letargo.

—¡Muévete! —escuchó—. ¿Se te olvidó conducir?

No tardó en llegar al hospital. Estaba acostumbrado a estacionar cerca de la morgue. Para sus adentros agradeció que, al menos por ahora, podía estacionar en la entrada principal. Y eso significaba que Logan continuaba con vida y se rehusaba a dejar este mundo. Era un valiente; ese era el Logan que conocía.

Mientras caminaba por los pasillos, no paraba de observar los números de las habitaciones, como si temiese que aquel que buscaba no estuviese allí. Y quizá fuese mejor así. Podría inferir que la llamada de María era una alucinación por el estrés y el exceso de trabajo y que Logan no estaba...

—En coma... —disparó su mente—. Logan está en coma.

Las palabras rebotaban con un eco de gruta, casi cegándolo en su camino. Atrajo la mirada de algunos pacientes, pero no le importó mucho; no podía perder la compostura en aquellos momentos. Se necesitaba cuerdo.

La quinientos doce, a mano derecha. Terapia intensiva. Aquella puerta plana de madera lucía como un fuerte. Paul percibía pesadez detrás de ella. Temía encontrarse con un fiambre que llevase el nombre de su amigo, de su camarada.

Pero tenía que ver para creer, se repetía.

Quizá al otro lado lo esperarían globos, flores y un pastel. Todo un teatro digno de Broadway, que lo haría reír hasta que las tripas le doliesen.

—¡Eres un malnacido! —le diría con una sonrisa entre dientes. Quizá estrellaría su cara contra el pastel para vengarse.

Abrió la puerta, pero no encontró ningún teatro.

—Dios mío —dejó escapar en una exhalación.

Como si se tratasen de tentáculos, múltiples tubos y respiradores salían de un cuerpo postrado en una cama hacia el fondo, cerca de la ventana y rodeada por cortinas.

Era Logan. O algo semejante a Logan. Ya no quedaba rastro de él, ni siquiera un atisbo de lo que Paul había conocido en su infancia. Era un cadáver que caminaba entre los dos mundos. Un muñeco de dios, del diablo, del santo de turno.

“Sería mejor dejarlo morir”, pensó.

No.

Tenía que vivir. Su amigo tenía que vivir, intentaba convencerse.

Paul caminó hacia la cama sin apartar la vista de Logan. Se detuvo al pie de ella y el escozor en sus ojos le impidió darse cuenta de que María y Kate, la familia de Logan, estaban junto a él, mudas como muñecas de cera.

El electrocardiógrafo indicaba los latidos del corazón de Logan en un pálido monitor. Su rostro estaba completamente vendado; había perdido el ojo. El respirador salía de su boca y de su garganta hacia una máquina que, con medida, renovaba el oxígeno en sus pulmones.

“Sí”, rectificó con terror. “Sería mejor dejarlo morir”.

Paul no quería llevarse esa impresión del más obstinado, pero fiel amigo que jamás tuvo. Y ante la idea, apretó los puños y los dientes. Su pecho parecía quebrarse en su interior con una rabia que renacía desde el averno de su corazón.

En ese momento reparó en María y en Kate y pudo compartir su dolor, porque, en cierta manera, también eran su familia. Ambas mujeres lucían frágiles y solitarias a la espera de un milagro.

Paul separó sus labios secos y pronunció las primeras palabras en lo que parecían siglos.

—¿Qué ocurrió?

El peso sobre sus hombros crecía con el latir del electrocardiógrafo.

CAPÍTULO 2

Apenas tuvo tiempo para prepararse.

Las mudas de ropa, algunos víveres y el eco de los regaños de su esposa rebosaban en la maleta del coche de Paul mientras conducía rumbo a Blue Lake. Con el pie en el acelerador, y de reojo, observaba los destellos provenientes de las farolas que definían la ruta. La noche cerrada y el ruido del motor eran su única compañía; además de aquella emisora de estática que escuchaba desde hacía unas cuantas horas.

El dolor de cabeza mataría a Paul, si es que no lo hacía otro coche en la carretera. Cien. Ciento diez. Ciento veinte, marcaba el kilometraje.

Y se mantuvo así entre rayados, estrellas y señalizaciones. Los semáforos se ausentaban, o al menos así parecía; demasiado distraído para prestarle atención a uno.

Nadie lo detendría, ni su deseo de echar marcha atrás y volver por donde había venido. Pero su vejiga a reventar tenía otros planes.

Luego de mascullar una maldición, desaceleró con renuencia a un lado. Encendió las luces intermitentes y se bajó del vehículo. En su faena, levantó la cara hacia el cielo, sintiendo como la brisa aleteaba el sudor de su frente. De haber querido, Paul se hubiese dejado llevar por aquel remolino nocturno de hojas hacia un destino desconocido para ellas.

Paul pensó que era como aquellas hojas. Podría romperse por la fuerza del mismísimo viento, o quizá caer en la nada, dependiente siempre de algo para seguir volando, ajeno a su propia voluntad. De nuevo en la vía, Paul se sentía arrastrado ante algo que no podía controlar; su propio deseo de hacer justicia.

Solía pensar que se parecía a Logan en ese sentido. Compartían el ideal de un mundo fundamentado en los valores de la ley y el orden. Pero ahora le parecía una estupidez, porque gracias a eso Logan estaba lejos de volver a ser el de antes, y él iba directo a un lugar al cual juró nunca regresar.

—Los demonios nunca dejan de perseguirnos —murmuró, apretando el volante. Odiaba inventarse dichos. Odiaba tener razón con sus dichos.

Ahora sentía esos demonios magullándole los músculos; demonios dormidos, enterrados y olvidados.

—Jesús.

Y un cartel de señalización lo hizo acelerar. Paul tragó grueso y las dimensiones de la existencia parecían retraerse a medida que las palabras tomaban sentido en su cabeza. Leyó letra por letra, entendiendo así que realmente había regresado. Por un momento, quiso arrancar el volante y matarse; sería una estadística más.

Pero se retractó. Aún tenía muchos asuntos pendientes con aquel infierno que le daba la bienvenida.

Blue Lake, leía.

Tuvo la certeza de que el cartel rompió en una carcajada.

María no diferenciaba la razón de sus lágrimas mientras cortaba las cebollas en su antigua casa de Cheverdale. Estuvo a punto de cortarse los dedos en un par de ocasiones cuando un llanto reprimido se le escapó por la garganta.

No podía continuar así. Tenía que ser fuerte; tenía que ser fuerte por Kate y Logan.

Ahora ella volvía a ser el sostén de su familia. Había que mantenerse con la frente en alto ante la adversidad. “Eso habría dicho Logan de seguro”, pensó.

Y ante aquel pensamiento, no tuvo más remedio que sonreír.

Dejó el cuchillo y se acercó al lavaplatos para limpiarse. El agua estaba tibia y se escurría como un arroyo recién nacido de su fuente. Podía reflejar su cara en el flujo que se perdía en el desagüe.

Las dudas volvieron a atacarla.

—No puedes irte así como así. —Era su propia voz—. ¡Es una locura!

—Locura es quedarse aquí mientras Logan se muere —contestó la voz de Paul en su mente, firme.

María volvió al trabajo. La cena debería estar lista, pero su renuencia a sentarse con Kate cobraba fuerza todos los días.

No podía culparla. Fue doloroso para ella volver a su vieja vida luego de hacer amistad con los Peterson. Intentó contactarlos un par de veces, pero el contestador automático de la familia no daba espacio para preguntas. Parecía que se los hubiese tragado la tierra, y eso en parte le molestaba, pero más allá de eso, le hacía sentirse sola y abandonada.

—¿Y qué harás? —Su propia voz volvía.

—Atrapar al asesino, darle una paliza y ponerlo entre rejas —había dicho Paul—. Está claro que se trata del mismo que asesinó a tu cuñado Syd. —Hizo una pausa—. Logan lo sabía y fue en su búsqueda.

—No puedes estar tan seguro de eso —contestó María.

—Tú hermana sí lo está. —observó a Logan, arrugando la cara—. Y él también.

Las voces callaron, y ahora Paul se encaminaba a Blue Lake a arriesgar el pellejo por su esposo, mientras que ella continuaba cortando cebollas y fingiendo ser una esposa comprensiva y perfecta.

Se daba asco.

CAPÍTULO 3

—¿Seguro que no quiere ver otro? —dijo el casero, en el umbral de la puerta—. Tengo unos bonitos apartamentos muy cerca del Lago. A muy buen precio y en mejores condiciones.

Paul le sonrió antes de pasear la vista por su nuevo alquiler. De verdad era un cuchitril. De las paredes se desprendían rastros de pintura que revelaban grieta tras grieta, y el olor a moho sólo empeoraba las cosas. La iluminación era escasa y amarillenta; las bombillas colgaban como murciélagos chamuscados.

“Es perfecto”, pensó.

—No se preocupe —dijo Paul, calmando al arrendador—. Me acostumbraré. Nada que una escoba no pueda solucionar. —Paseó la mirada, pensándose mejor—. Y quizá un insecticida.

—Si usted lo dice, le creo —suspiró el arrendador, acercándose a él y entregándole la llave—. Siéntase como en su casa. No dude en llamarme si necesita algo. Mis números están en la puerta.

Paul asintió y vio al arrendador irse y cerrar la puerta tras de sí.

Silencio total.

La limpieza le llevó unas cuantas horas. Las ratas muertas y cucarachas en los armarios no le causaron tanto asco como el baño. No podía quejarse, a decir verdad. Por cincuenta dólares al mes, esperar algo mejor era imposible. Sabía que tenía que ahorrar todo lo posible mientras estuviese allí, y eso significaba sacrificar algunos lujos.

Además, le agradaba la idea de estar de incógnito, y el arrendador no hizo muchas preguntas. Había tomado el dinero y ya. Al menos ya no tenía que preocuparse por no tener un lugar en donde dormir; un problema menos.

En sus hombros ya cargaba dos grandes bolsas negras; la basura. Salió del apartamento; la puerta rechinó, causándole un escalofrío. Pensó que debía engrasarla.

No se dio cuenta, pero amanecía. Las primeras horas de la mañana traían nubes grises desde el horizonte. Paul se acercó a unos cubos de basura y dejó caer las bolsas como si se deshiciese de una plaga. Estaba cansado, no se había detenido, llamadas por aquí y por allá que planeaban sus próximos movimientos. Tan sólo quería dejarse caer en su flácido colchón en la sala y dormir hasta el próximo siglo.

Ya quisieras.

Sus piernas comenzaron a moverse solas. Andaba con una sudadera hasta el cuello, por lo que no dudó en subirse la capucha ante las miradas indiscretas del barrio. Ya tendría tiempo para averiguar si había peligro en su nueva residencia. Se preocupó por su coche, pero nadie que se respetase podría intentar robar aquel cacharro; le harían un favor si lo hicieran.

Paul rio. El sueño ya le hacía pensar en tonterías.

Comenzó a correr, esperando que aquello le aclarase un poco las ideas.

—Blue Lake. —Sus labios se movieron sin modular palabra, como si las estuviese guardando desde hacía décadas.

Y era así.

Aquellas calles y colinas parecían atrapadas por la neblina matutina, ocultando los postes de luz y edificios en la distancia. Paul corrió siguiendo una ciclovía, encontrándose con algunos corredores que tapaban sus rostros como él, ajenos a la mañana y ajenos a la vida.

A pesar de todo, el aire era fresco. Cada paso abría cajas de su pasado, de su infancia. Cruzó por algunas veredas y se internó por otras calles, dejando atrás establecimientos pintorescos, tal cual como los recordaba. La heladería, la vieja ferretería y una juguetería que le hizo sonreír al verla. Pensó entrar en alguna, pensando en si lo reconocerían.

Imposible.

Cerró las cajas de su pasado. Él ya no era parte de ese mundo. Había dejado de serlo hacía muchos años.

Continuó observando el despertar del pueblo, ensimismado en su propia somnolencia. Cada paso que daba lo afianzaba más en aquel lugar, atándolo como si intentase recuperarle de alguna manera.

Un deslizamiento de tierra lo detuvo de súbito. Estaba al borde de una curva, fuera del sendero. No tenía idea de cómo había llegado al filo de un barranco. Jadeaba, como si un puño lo golpease en su voluntad. Aquella fuerza lo punzaba como un picahielos.

El Lago se alzaba a pocos kilómetros de donde estaba. Una masa de agua que se asemejaba a una manta que ondeaba al soplo de los vientos. Parecía atraer todo hacia él, como si Blue Lake fuera un sistema solar; incluso la mirada de Paul no escapaba de aquel magnetismo, y de no haber sido por la bocina de una bicicleta, hubiese comenzado a bajar por la pendiente, anhelando mojar su rostro en sus orillas.

Has vuelto.

Su café se enfriaba. Paul se habría quedado dormido si no hubiese sido por la tormenta que acababa de estallar, invocada por los mil demonios. Blue Lake, recordaba, tenía un clima tan jodido como el carácter de su esposa que, en aquellos momentos, no le devolvía las llamadas.

—Ya estoy aquí, Carly —fingió decirle—. Todo bien. Sí. No me ha costado nada conseguir alojamiento. Tranquila, mantendré todo en orden. Sí, también te extraño. ¡Por supuesto que volveré! Besos a Harley. Os amo. Sintió la mirada de los demás en la cafetería. Calló.

Un sorbo lo hizo serenarse. La tormenta en la calle arreciaba, lo que podría traerle malas noticias. Su contacto podría llegar tarde; inclusive no llegar a la cita. Recordaba que las personas preferían resguardarse de la lluvia en Blue Lake, como si esta fuese a comérselos. Incluso él llegó a pensar así en algún momento de su niñez.

No te comerá. Tranquilo.

Mientras esperaba, observó a la clientela, fijándose en algunos ancianos que hablaban apresuradamente en unas mesas en la esquina, mientras otra mujer entraba con sus hijos para comprar helados. Una parejita de tórtolos se susurraba cosas tomados de la mano.

Nada inusual.

Y a la vez, todo fuera de foco.

“Cualquiera podría haber disparado a mi amigo”, pensó. Detrás de todas esas caras, de todas esas costumbres, de cada una de las manías que iba absorbiendo en su memoria; se escondía una bestia sedienta de sangre, un asesino en serie, una anomalía en el flujo natural de la vida.

Y él debía atraparlo. Se lo debía a Logan y se lo debía a sí mismo por su honor de policía.

La campanilla. Nuevo cliente. Se sentó a la mesa junto a él.

Estaba empapado de pies a cabeza. La tormenta no había disminuido con el tiempo, notó Paul.

Ante él estaba un chico raquítico y lastimero. Tenía las uñas raídas y las manos llenas de cicatrices. La ansiedad por el crack le recorría por la pierna, pero Paul le dio crédito por mantener la compostura en aquel sitio.

Paul pidió algo de comer a la camarera, que miraba a aquella extraña pareja con recelo. Al tener la comida en la mesa, Paul se limitó a sonreírle, pero esta ya le daba la espalda. Decidió ir al grano, antes de que el dueño pensase que le encantaba la compañía de drogadictos.

—Come —dijo Paul, tendiéndole un emparedado al chico—. Se nota que te hace falta.

La mirada perdida de este se paseó entre el alimento y Paul. Sin esperar un segundo más, cayó sobre el emparedado.

—De verdad tenías hambre —dijo Paul—, pero... —Le apartó el plato con una sutileza casi imperceptible—. No puedo dejar que comas todo de una vez. Vamos por partes, ¿quieres?

El drogadicto bufó. Tenía los dientes amarillentos y le faltaban algunas muelas.

—Habrás más comida y el resto de la paga —continuó Paul—. Sólo quiero saber si hiciste lo que te pedí. —El chico asintió ligeramente—. ¿Y bien? —Paul levantó una ceja, pensando que el mocoso se hacía de rogar.

—No fue fácil —dijo este—. Tuve que moverme entre gente no muy grata.

—¿En tu mundo existe la gratitud?

—Más de la que te imaginas. —Los ojos del muchacho centellearon, cambiándole el semblante. Parecía que predecían el relámpago que cayó sobre la ciudad segundos después.

Paul no había reparado en la mochila del chico, de la cual este sacó una carpeta que colocó entre ellos.

—Anda —le instó el chico—. Revísala. Está todo aquí.

Paul no contestó. Arrugó los labios, deseando no bajar la guardia.

Le extendió el emparedado al muchacho y se afanó en ver los documentos de la carpeta.

Sí. Estaba todo. El muchacho no mentía.

—Soy un profesional —escuchó entre mordiscos—. ¿Lo dudabas?

—¿Cómo...?

El muchacho rio, ladeando la cabeza. Observó a Paul como si este fuese un niño de pecho.

—Un mago jamás revela sus trucos, señor *Jones* —dijo y continuó devorando su emparedado entre la inquietante luz de los relámpagos que caían sobre Blue Lake.

CAPÍTULO 4

—¿James Jones? —El jefe de policía arrugó la cara—. ¿Escuché bien?

—Listo para entrar en servicio, señor —sonrió Paul, firme como una estatua. Esperaba que su ropa recién planchada causase buena impresión en aquella oficina.

—Nadie me habló de un tal James Jones. —El jefe revisaba su expediente una y otra vez—. Esos imbéciles de recursos humanos...

—¿Hay algún problema? —Las manos de Paul comenzaban a sudar—. Hablamos por teléfono. ¿No lo recuerda?

Es obvio que no.

El jefe de policía dejó el expediente y se levantó. Arrastraba los pies en su camino hacia Paul.

En aquel breve silencio, Paul pensó que su plan se vendría abajo. ¿Qué pensaba al intentar falsificar su identidad?, se preguntó, reprimiendo la punzada de pánico. Era un policía real, pero esperar que lo transfirieran era ser demasiado optimista, incluso para él.

—Me disculpo por mi mala memoria, Jones —dijo finalmente el jefe, intentando engranar un gesto consolador—. Han sido unas semanas muy complicadas. Nada parece salir como debe. Mucho revuelo y poca satisfacción parece ser el día a día de nuestro Departamento. —Giró sobre sus talones y se encaminó hacia su asiento. Tomó el expediente—. Homicidios, dices.

—Sí, señor. —Paul apretó un poco más su voz—. Estoy calificado para esto, señor.

—Caray...

Si el jefe de policía hubiese sido más avisado, sentiría los latidos de Paul mandándole punzadas a todo su cuerpo.

—Que los muchachos te pongan al día —dijo el jefe, relajando los hombros—. Bienvenido, Jones.

Paul no podía creer que su plan hubiese funcionado. El sentido común del mundo se había ido de paseo, y él lo agradecía.

Aquel chico sí era un profesional.

—¿Algo más? —dijo el jefe.

—No, señor —respondió Paul, saliendo del letargo. Salió de la oficina, incapaz de ocultar la satisfacción que lo embargó hasta las pestañas.

Todos lo vieron salir. Los teléfonos no paraban de sonar y las conversaciones iban y venían en la estación. No era muy diferente a la de Cheverdale; incluso la distribución de los departamentos era igual. Estaba el policía bueno, el malo y el gruñón, reconoció; todos pintados con el mismo pincel. Si algo tenía Logan, era que sabía diferenciarse de todos ellos. Siempre procuraba llevar el trabajo hasta el límite en función de un buen servicio a la comunidad. Paul no deseaba más que seguir su ejemplo.

La satisfacción se le apagó un poco al entrar al Departamento de Homicidios. Las miradas cayeron sobre él, dejando claro que no esperaban a nadie. Notó que sus nuevos compañeros tenían ojeras hasta los tobillos y el olor a café rancio se mezclaba con las colillas esparcidas por el suelo.

—¿Se te perdió algo? —dijo un grandullón desde su escritorio. Estaba tapado por un montón de papeles. Se escuchaba el teclear constante—. El baño está en la primera puerta a la derecha, al fondo.

—Me acaban de transferir —explicó Paul, queriendo saltarse las presentaciones—. Un gusto. James Jones.

Más silencio.

—Instálate por allá —dijo otro policía, señalando un escritorio vacío al fondo.

—¿En el escritorio de Logan? —replicó un tercero.

—¿Y en dónde más se sentará, tarado? ¿En el suelo? ¿En tus piernas?

Logan.

—Gracias —dijo Paul, con las palabras todavía atoradas en la cabeza.

—Toma, novato —dijo otro policía, tendiéndole un expediente—. Tenemos trabajo. Será mejor que no te maten en el proceso.

—¿Cómo dice? ¿Matarme...?

—Ya nos pondremos a tono —el oficial se dio la vuelta con desdén y volvió a su escritorio.

Aquel departamento parecía una caja. Como un ratón en vela, Paul ojeó el expediente que tenía ante sí. De todas las cosas que podía odiar de ser policía, el papeleo se daba la batalla contra él.

Fue hacia la cafetera y se sirvió un poco de lo que sobraba; el sabor era horrible, y pensó que debía ser así en todas las estaciones del mundo, porque el de Cheverdale era igual de espantoso.

Qué lejano y solitario sentía el camino al escritorio que había sido de Logan. Lo único que tenía era un ordenador y una silla que despedía resortes por sus costados. Y ahora Paul tomaba su lugar, como si estuviese destinado a terminar los diseños de su amigo.

“Esto era la parte fácil”, pensó.

Ya estaba dentro del cuerpo de policía de Blue Lake.

Jamás se había sentido tan aburrido en sus años de servicio. “¿Esto era lo que Logan llamaba emocionante?”, se preguntó con pereza. De ser así, también habría ido en búsqueda de asesinos inexistentes con la excusa de no estar sentado revisando caso tras caso.

La pila de carpetas no mermaba; sólo aumentaba su desgracia. Para ser un pueblo de buena reputación, el vandalismo y los robos eran frecuentes, eso sin mencionar los asesinatos pasionales o secuestros. No sabía por qué se sorprendía. Blue Lake le había dado una dosis de aquella dualidad: un día despertabas de cara a un día hermoso y al otro la lluvia arrastraba tus sueños e ilusiones a la cañería.

—Jones —escuchó.

—¿Ah? —Paul dejó caer unos papeles, volviendo en sí.

—Hora del almuerzo —dijo el policía que lo había llamado—. ¿Nos acompañas?

—¿Tan rápido? —Paul vio la hora en la pantalla del ordenador. Doce y cuarto.

—¿Rápido? La eternidad es más rápida que las mañanas en este departamento —dijo el policía—. Vamos.

Con fingido entusiasmo, Paul siguió al resto del equipo hasta el comedor de la estación. Aquella hora debía ser la preferida por muchos, y a Paul le recordó el ala de entretenimiento de un colegio público, con fila incluida para raciones de comida.

Se sentaron cerca de una ventana, la cual dejaba detallar las finas colinas que bordeaban todo el valle. Si observaba con atención, podría ver el Lago y pequeños botes amarrados en el muelle. Parecían barquitos de papel.

Sus compañeros comenzaron a comer, y en ese momento se dio cuenta de que él no tenía nada. Se había acabado sus pocas provisiones la noche anterior y ni siquiera había pasado por un supermercado. Ya se resignaba a hacer la fila.

—Ten, Jones —dijo el oficial, pasándole la mitad de una manzana—. Pareces un cordero extraviado.

Los demás rieron y Paul no supo si se burlaban de él.

Diviértanse con el nuevo.

—Nunca se deja de estar perdido —dijo Paul, mordisqueando la fruta.

—¡Caramba! —exclamó otro agente—. Nos salió poeta, el muchacho.

—Locos —agregó un tercero—. Puros locos es lo que cae en Homicidios.

—¡Hey! —llamó el primero—. No comencéis. Es su primer día. ¿Queréis que nos odie?

Silencio. Bajaron la mirada, como si estuvieran avergonzados. “Tampoco es para tanto”, pensó Paul, “somos adultos”.

—Soy Rick —dijo aquel que le había dado la manzana—. Y este grandullón es Doyle. —El aludido alzó la mano—. No me olvido de ti, Anthony. —Señaló al tercero.

—Disculpa la falta de modales —dijo Doyle—. Han sido unas semanas de mierda.

—Eso me ha dicho el jefe —dijo Paul.

—La paga tampoco lo compensa —se quejó Anthony antes de encender un cigarrillo y tirar la caja al centro de la mesa. Las manos de los demás cayeron sobre ella como buitres, y en un parpadeo, se envolvían en una nube de humo—. ¿Qué hay de ti, Jones?

—Me transfirieron —respondió Paul, sabiendo que debía pincelar un poco su historia, por lo que se decidió a contar alguna que otra verdad—. Viví aquí de pequeño. Pensé que sería divertido devolverle el favor al pueblo que me vio crecer y hacerlo un poco más seguro.

Doyle silbó, dejando entrever que nadie había respondido aquello alguna vez.

—De verdad que nos ha tocado otro idealista —dijo, ladeando la cabeza—. ¿De dónde sacan semejantes pavadas?

—Ya, Doyle —dijo Rick—. Que tú seas un amargado no quiere decir que todos lo seamos.

—Anda a cagar. —Otra calada al cigarrillo—. Ya sabes lo que ocurre con los idealistas.

—Doyle, por favor... —Esta vez era Anthony quien intervenía—. Modérate un poco.

—¿Qué ocurre con los idealistas? —quiso saber Paul al notar que una sombra invadía los rostros de sus compañeros.

Pensándolo mejor, todos se veían cansados, y Paul entendía que era lo normal en una estación de policía. El exceso de trabajo podía corromper tus energías hasta dejarlas hechas un desierto. Pero lo que veía no era desgaste laboral. Era melancolía. Una penumbra que realzaba las arrugas de cada uno de ellos.

—¿Qué ocurre con los idealistas? —insistió ante el silencio.

—Caray... —suspiró Rick—. No esperábamos hablar de esto en tu primer día, así que tendrás que perdonarnos.

—Hace unas semanas perdimos a uno de los nuestros —dijo Anthony—. Un tiro a quemarropa y al hospital.

—Está en coma, por lo que sé —continuó Rick—. Pobre Logan. No esperábamos que le pasara algo.

—Se lo buscó —masculló Doyle—. Cazar criminales sin refuerzos es una tamaña estupidez.

Aunque levantaron el interés de Paul, no podía dejar que lo notasen, por lo que intentó serenar su respiración. La sola mención de su amigo lo devolvía a la temible realidad que ahora enfrentaba, y con disimulo acercó el brazo a la cajetilla de cigarros y tomó uno. Al encenderlo, la nicotina actuó sin miramientos.

Asintió, pareciendo despreocupado.

—Es casi una casualidad que llegaras, Jones —dijo Rick—. Logan decía cosas así. Era muy idealista.

—Le faltaba un tornillo, he de admitir —dijo Anthony—. Bastaba con ver la foto de un cadáver y comenzaba a jugar a Sherlock Holmes.

Típico.

—Era divertido —dijo Doyle—. No era un mal sujeto, pero ya ves lo que pasó. Papel de chico bueno y ibum! A la cabeza.

—¿Y qué perseguía? —preguntó Paul.

—Logan se obsesionó con un caso —dijo Rick, mirando hacia la ventana—. Un asesinato cerca del Lago, o en una lancha. Algo así. Pensaba que allá afuera había un asesino en serie.

—El dolor de cabeza del forense —dijo Anthony—. Y del jefe. No paraba de hablar de eso. Iba con los expedientes de aquí para allá, se saltaba las normas y no hacía caso. Admito que provocaba seguirle la corriente.

—Estaba loco, joder —dijo Doyle.

—¿Todavía lo creéis? —atajó Paul, queriendo defender a su amigo.

Otro suspiro colectivo tan pesado como un yunque.

—Tenemos nuestras dudas —dijo Rick, poniéndose serio y mirando las colillas de cigarro esparcidas sobre la mesa—. Lo que encontró, lo mandó al hospital.

CAPÍTULO 5

Descolgó el auricular y llamó a su esposa.

No tuvo respuesta.

Era tarde. Le sorprendería si contestaba. Carly tenía la costumbre de dormirse muy temprano, y desde que Paul había partido, se aseguraba de no estar disponible.

Paul abandonó la cabina de teléfono y abordó nuevamente la calle. Su coche estaba al otro lado de la acera, pero pasó de largo; quería estirar las piernas, a ver si eso le aclaraba un poco la cabeza.

Paul caminó, lánguido y perdido en compañía de la luna. El silencio de la noche se rompía al ritmo de sus pasos. Sonrió sin ganas, dándose cuenta de que no había tenido ni siquiera un momento para sí mismo y apenas llevaba dos días en Blue Lake. Todo había ocurrido muy rápido; más de lo que le hubiese gustado. Se preguntó cómo llegó hasta la búsqueda de un fantasma.

La casualidad. Bárbara casualidad.

Blue Lake estaba lleno de fantasmas para él. Podría vivir en la China, pero aquel Lago, que ahora lo miraba de soslayo, le recalcaría su pasado una y otra vez, y aunque disimulase, jamás se iría por completo de allí.

A la distancia observó a alguien que corría en soledad, encapuchado, como una sombra que se deslizaba. Por alguna razón, tuvo un escalofrío al sentirse tan solitario como él.

Sin darse cuenta, volvió hasta la cabina de teléfono. Miró su reloj antes de descolgar.

Había pasado una hora y no se había dado cuenta.

Descolgó el auricular y probó otro número.

—¿Diga? —Era una voz femenina entre el sueño y la consciencia—. ¿Quién habla?

—¿Cómo estás, María? —dijo Paul—. Lamento llamar tan tarde.

María tardó un momento en contestar, como si intentara entrar en razón.

—¿Pasó algo, Paul? —dijo entre bostezos. Su voz parecía quebrarse.

—Nada inusual. He confirmado tu historia. Logan es un caso muy sonado dentro de la estación de policía.

—¿Cómo lograste...?

Paul se permitió esbozar una sonrisa.

—Tengo mis métodos —zanjó—. ¿Cómo está él? ¿Mejor?

—Está luchando —dijo María—. Los doctores no se lo explican.

—Hasta para morir es impredecible, el muy canalla.

Paul tuvo deseos de morderse la lengua. Sabía que tenía que ser más delicado con aquellas cosas. Se aclaró la garganta y continuó.

—Mi lista de sospechosos es nula —dijo sin esconder su chasco—. En la estación no descartan un ajuste de cuentas, pero Logan no parecía tener enemigos. Y eso es muy raro. Los policías tenemos enemigos en cada esquina, te lo aseguro.

Y sigues diciendo lo obvio.

—Paul...

—Creo que mejor cuelgo, María —dijo—. Estoy desvariando. Es tarde y...

—Los Peterson —interrumpió la mujer.

—¿Los Peterson? —*Ahora, eso sí era una novedad*—. ¿Qué hay con ellos? ¿No erais buenos amigos?

—Así es. Y es por eso que debes ir a verlos. —Logan escuchó algo parecido a un sollozo. Parecía provenir de la más entera frustración. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda—. No han venido a visitarlo, Paul. Eso es raro. No he podido comunicarme con ellos.

Estática.

—Enterado —dijo Paul antes de colgar sin esperar respuesta.

Volvió a su coche y condujo hasta su ratonera, y a pesar de que sabía que le tocaría una noche fría en aquel agujero, no escondió su reciente satisfacción.

Las luces en el camino aparecen por sí solas. Dales tiempo.

Toc, toc, ¿quién es?

Pues claro que no iba a ser así de sencillo. El timbre no funcionaba y nadie contestaba ante los golpes de la puerta.

Era temprano por la mañana, a la hora del desayuno si mal no calculaba. Lo cierto era que Paul estaba plantado en la entrada del apartamento de los Peterson con la esperanza de que quizás ellos podrían esclarecer un poco sus dudas al respecto de lo ocurrido con Logan. Era muy raro que no lo hubiesen visitado si eran tan amigos. Pensó que, en el mejor de los casos, no sabrían nada al respecto.

Se dio la vuelta y vio la puerta del apartamento vecino, aquel en el que los Clark vivieron antes del accidente. Sintió un chispazo, como si la mano de su amigo le incentivase a seguir aquella pista.

Y eso, más allá de asustarlo, lo emocionaba.

Pero la paciencia no jugaba para su equipo. No podía esperar a que los Peterson se dignaran a abrirle; tenía mucho trabajo en la estación y su ausencia levantaría muchas dudas; y más en su segundo día.

Quizá debía pasar en alguna hora inoportuna como la cena, pensó, sólo por el hecho de fastidiarlos y ponerlos nerviosos. Si los Peterson estaban involucrados con el intento de asesinato de Logan, y con lo que este perseguía, podría leerlos si los presionaba. Después de todo, ¿quién podría aguantar la presencia de un oficial de policía sin invitación a cenar? Recordaba que el hostigamiento era útil a la hora de sacarle una confesión a los criminales, llegado el momento.

—¡No sirves para nada! —escuchó a su espalda, y salió de sus cavilaciones—. ¡Siempre es lo mismo! A ver si aprendes a cocinar.

—¡Dean, por favor! —respondió una voz femenina—. ¡No te vayas! ¡Vuelve!

Portazo.

Del apartamento vecino salió un muchacho. Paul lo detalló por breves instantes antes de que este le mirara con malas pulgas.

—¿Tú qué miras, imbécil? —dijo—. ¿Se te perdió uno igual? ¿Te enamoraste?

En otros tiempos, Paul lo hubiese dejado sin dientes ante la insolencia, pero ser un mercenario en tierras ajenas le limitaba el rango de acción, a su pesar. No podía hacer un alboroto y salir ileso, y con el Departamento de policía tan cerca...

Se lo pensó mejor y miró a otra parte, ajeno. Escuchó que el ascensor llegaba y el chico lo abordaba.

Quedó solo de nuevo.

Lo pescarán algún día. No te preocupes.

Su corazón latió un par de veces antes de escuchar un llanto proveniente de aquel apartamento. Paul se acercó con lentitud y tocó el timbre. Los sollozos pararon en seco, como si los hubiesen cortado con una tijera.

—Dean, mi amor... —dijo una mujer al abrir la puerta—. Ah. Lo siento. Pensé que...

—No tiene porqué disculparse —dijo Paul—. Creo que llegué en mal momento.

Aquella mujer se veía fatal. El rímel corría hasta sus mejillas y Paul no tardó en notar un pequeño cardenal camuflándose entre sus ojeras.

Pero a pesar de aquello, era una chica preciosa. Joven. Y no supo porqué, pero de repente sintió la necesidad de volarle los sesos al tal Dean. Las señales de maltrato eran más que obvias.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer.

Para otro momento. Por ahora ocúpate en lo que te compete.

—Estoy un poco perdido —dijo Logan, arrugando la cara—. Estoy buscando a unos amigos míos. Los Peterson. Viven allí, ¿cierto? —señaló el otro apartamento.

—Sí —dijo la mujer, subiendo la ceja—. El señor Charles vive allí, pero no lo encontrará a esta hora. Debe estar trabajando.

—¡Vaya! —suspiró Logan—. ¡Qué lástima! Quería darles una buena sorpresa. —Ladeó el rostro, como si se lamentase en lo más profundo de su alma—. Ya será para después, señorita... —intentó murmurar un nombre al azar.

—King. Melanie King.

—Un gusto. —Paul sonrió. Quería decir algo más. No quería dejarla sola. Aquel rostro demacrado lo llamaba a quedarse. La chica necesitaba un desahogo, distraerse con algo.

Humo.

Provenía de detrás de ella.

—¡Mierda! —exclamó Paul.

Se desplazó apartando a Melanie y se hizo paso hasta la cocina. El horno exhalaba nubarrones calientes. A zancadas volvió hacia el pasillo externo y tomó el extintor. Melanie intentaba detenerlo o decirle algo, pero Paul ya no escuchaba.

—Lo lamento —dijo Paul en la sala del apartamento de Melanie—. Hice un desastre en su cocina. —Se sentó en el sofá—. Lo siento de veras.

—¡Para nada! —dijo Melanie—. Si no fuera por ti, habría tenido problemas con los bomberos. ¡No quedaría edificio en pie!

Ella se sentó junto a él. A pesar de todo, se la veía más relajada. Quizás el incidente le había distraído, aunque fuese por unos instantes.

Y allí, ante Paul, volvía a sonreír mientras degustaban café luego de limpiar y restregar el horno ennegrecido por las llamas. Pensó que de verdad había tenido suerte.

Era un pintoresco apartamento. La disposición ayudaba al flujo de la brisa desde el ventanal hacia los cuartos. No pudo evitar recordar que aquel había sido el hogar de Logan mientras vivía en Blue Lake, pero su esencia se había perdido por completo. Sabía que María tenía un gusto pésimo para la decoración y Logan jamás se había preocupado por mantener algo de orden en su casa. Recordaba que al visitarlo encontraba juguetes, papeles, botes de pintura e incluso, cosa que le reprochó, casquillos.

—¿Practicabas tiro al blanco en tu sala? —le había dicho al encontrar uno.

—Para empezar, no lo hago en la sala. ¿Por quién me tomas? —se defendió Logan—. Sólo lo hago cuando María y Kate no están, y uso silenciador en la ventana trasera. No hay más que un terreno baldío.

—Estás loco —reprochó Paul.

—¿Quieres intentarlo, bonachón?

—Bueno. ¡Pero no le digas a nadie!

En cambio Melanie parecía ama y señora del orden. Los muebles estaban debidamente posicionados en concordancia con el espacio. De las paredes colgaban cuadros llamativos que reflejaban su gusto por Dalí y el movimiento surrealista. “Una chica arriesgada”, pensó Paul.

—Entonces me decías que viniste a visitar al señor Peterson —dijo Melanie—. ¿Cierto?

Paul asintió.

—Es así —afirmó—. Soy un viejo amigo de la familia.

—¿Familia? No sabía que el señor Peterson estuviese casado.

—¿Cómo es eso? Es su vecino.

—Nunca lo he visto en compañía de una mujer. —Melanie frunció el ceño, intentando recordar—. Siempre está solo y puedo asegurarle que no he escuchado voces de niños en su casa.

Paul tomó otro sorbo. Aquella información no concordaba con lo que le había dicho María.

—Es raro —dijo, sin ocultar su propia extrañeza—. ¿Está segura? Tiene dos hijos...

—Completamente.

La punzada de silencio obligó a Paul a dejar la taza.

—Los aliños para el pollo deben ser sutiles. Nada picante —dijo, cambiando el tema—. Media llama. Es mejor cortarlo en tiras que meterlo al horno.

—Soy un desastre cocinando —se lamentó Melanie.

—Al menos lo intenta. —Paul notaba los vellos de la chica erizarse, como si quisieran escapar de su piel—. Tendrá mejor suerte para la próxima.

—Si no acabo de patitas en la calle...

—Exagera. Nadie acaba en la calle por eso. Es cuestión de práctica.

—Sí...

Paul contuvo el impulso de abrazarla. Se veía frágil e incapaz de defenderse. El moretón en su pómulo acentuaba la bofetada de tristeza que la cubría hasta el iris ambarino de sus ojos.

Pobre mujer.

Maldito Dean.

Miró su reloj. Llegaría tarde a la estación. Más le valía irse antes de que pensaran que había tenido el mismo destino de Logan.

—No le quito más tiempo, señorita King —dijo, levantándose—. Ha sido un placer.

—¿Se va tan pronto? —Estaba claro que no quería que se fuera. Había miedo en su sola exclamación.

Paul lanzó un suspiro antes de detenerse en el umbral de la puerta.

—Prométame que tendrá cuidado —dijo. Sacó su libreta de la gabardina y escribió—. Mi número, por si necesita algo. No dude en llamarme, ¿sí?

Firmó un garabato.

James Jones.

CAPÍTULO 6

Aquella semana, Paul apenas había conciliado el sueño. Volver a Blue Lake no le estaba sentando tan bien como quería. Se despertaba varias veces en la noche sin razón aparente e intentaba recordar sus sueños, pero sólo veía sombras moviéndose de un lado a otro por su habitación.

Ratas. Sueñas con ratas.

Sus investigaciones tampoco iban de maravilla. Había intentado interrogar a Charles Peterson, pero María lo hizo cambiar de idea:

—Hay algo que no te he contado de ellos, Paul —le había dicho del otro lado de la línea telefónica.

—¿Qué? —gruñó Paul—. ¿Qué me estás ocultando?

—Charles engañaba a su esposa —dijo María—. Le era infiel.

—No me digas...

Pausa. Paul estaba hecho una furia con la esposa de su mejor amigo. ¿Cómo podía pasar por alto aquel detalle?

—Ahora vive solo... —dijo, serenándose—. Es un solterón.

—Grace lo descubrió y se habrá largado de allí —continuó María—. Recuerdo cómo se puso la pobre...

—Y es obvio que Logan les importa un pepino —interrumpió Paul—. Están en pleno divorcio. ¡Por Jesús, María y José! No hace falta tener dos dedos de frente para darse cuenta.

—Lo lamento. Pensé que no era importante...

—Fui tras la pista equivocada, joder. ¿Quién me devuelve el tiempo perdido? —Paul volvió a gruñir—. No puedo seguir dando vueltas en círculos, María. A ti tampoco te conviene que lo haga...

—No tienes que ser grosero. Yo sólo intentaba...

—¡Estoy detrás de un asesino! —Paul habría escupido fuego de tener aquella habilidad—. ¿Alguna otra cosa que se te haya pasado decirme? Vamos, tengo todo el tiempo del mundo.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

—Mi hermana... —susurró María.

—¿Gloria? —Esperaba haber escuchado mal—. No insinuarás que...

—Habla con ella.

—Esa mujer está loca. —Paul estaba a punto de colgar—. ¿Qué me puede decir que no sepa?

Algo peor que sus noches en vela, era el hecho de tener que cruzar palabras con Gloria. La había visto en un par de ocasiones en alguna de esas barbacoas de domingo. Le daba mala espina y siempre terminaba esforzándose en no hacer notar su incomodidad. Recordaba que siempre hablaba de cosas místicas y tonterías *New Age*; eso sin contar alguna anécdota sin interés de su próxima novela.

Todas estas cosas daban vueltas en la mente de Paul. Andaba distraído y taciturno en el trabajo.

—Te ves horrible, Jones —le dijo Rick a la hora del almuerzo—. Te estás esforzando demasiado.

—No me pasa nada —terminó diciendo Paul a Rick, al aterrizar su mente en el comedor—. Este pueblo me roba las energías.

—Ya te acostumbrarás de nuevo —dijo Doyle, barriendo su almuerzo con los cubiertos—. ¿Por qué no aprovechas el fin de semana y paseas junto al Lago?

—¡Sí! —exclamó Anthony—. ¡Te hará bien!

—Podemos acompañarte si gustas —dijo Rick, y lanzó una mirada furtiva a sus compañeros—. ¿Verdad?

—Sí, sí. Sin duda —carraspearon los demás.

Paul no había venido a hacer amigos, pero aquellas intenciones lograron calentarle un poco las frías venas de preocupación.

Quizá se estaba dejando arrastrar. Su cabeza necesitaba enfocarse. Llevaba pocos días y ya pensaba que se volvería loco por tantos trucos del azar. Las calles, e incluso el Lago, se encargaban de provocarle dolores de cabeza que se afanaban a llevarlo por los recuerdos de su infancia. Sabía que había cosas más importantes, por lo que gastaba mucha energía en mantenerse cuerdo, a pesar de no sentirse con el control de la situación.

Pensó que volver a su centro le iría bien.

Sonrió.

¿Por qué no?

—Me parece bien —dijo. Y por primera vez desde que pusiera un pie en Blue Lake, estaba seguro de algo.

—¿Caminamos? —dijo Gloria al encontrarse—. Estar en un solo sitio me pone nerviosa.

—Por supuesto. —*Ya empezó*—. Me encantaría.

Gloria lo tomó del brazo y comenzaron a caminar por el parque. El atardecer del viernes le brindaba al Lago la apariencia de dunas. Sus olas parecían médanos y los pequeños botes en la distancia se asemejaban a palmeras en medio de un oasis. Le hubiese gustado que fuera su mujer quien lo tomaba del brazo, pero tendría que conformarse por ahora.

—James Jones —susurró Gloria—. Me suena ese nombre...

—Lo escogí por azar —respondió Paul, deseando que aquella mujer no se fuera por la tangente. Aunque en el fondo de su mente algo le decía que ese nombre se relacionaba con algo siniestro.

Paul notó cómo Gloria contenía las ganas de reírse mientras pensaba que aquella mujer sí había cambiado; estaba peor que nunca. Los aretes de plumas y la mirada desorbitada gritaban a trompicones que había perdido la cabeza luego de la muerte de Syd.

—De niña me gustaba inventar los nombres de los personajes de mis propios cuentos —dijo Gloria—. Estos estaban llenos de magia; magia que la realidad espanta.

—Espero que plasmes algo de esa magia en tus libros —dijo Paul. Dieron la vuelta por unos setos y continuaron por una senda llena de arreglos florales. A lo lejos, veía la ciclovía que serpenteaba hacia el Lago. El muelle traía consigo un aroma dulzón.

—Lo intento —prosiguió Gloria—. Cada palabra tiene que valer, ¿verdad? Las palabras son como las acciones; hablan por sí mismas, negándose a desaparecer de nuestras memorias hasta el día de la muerte.

¿En dónde te metiste?

—Escucha, Gloria —comenzó Paul—, tengo el tiempo algo apretado, y la verdad es que quiero llegar al fondo de esto.

—¿Por qué tanta prisa? —Gloria se detuvo, sin dirigirle la mirada—. ¿No te gusta estar aquí? ¿De regreso a Blue Lake? ¿A tu hogar?

—Yo... —Pero Logan se contuvo como si las palabras se le hubiesen olvidado. A decir verdad, quería salir corriendo de allí. Cada minuto más en Blue Lake era un minuto que le regalaba a su pasado.

¿Tan malo es?

—Sólo quiero información útil —dijo—. Tu cuñado está en coma y necesito saber qué ha ocurrido.

Gloria emprendió de nuevo la caminata, soltando a Paul, quien no tuvo más remedio que seguirla a regañadientes.

—Sé que Logan fue tras el asesino de Syd —dijo—. Estoy agradecida con él por su esfuerzo, pero decidió meterse con cosas que no comprendía. Fue un tonto.

—¿Qué dices? Estaba haciendo su trabajo, Gloria. —Paul no daba crédito a lo que escuchaba. Precisamente por probar un asesinato dudoso, Logan estaba en coma. ¿Qué tan desagradecida podía ser esta mujer?, se preguntó.

Conserva la calma.

—Hombres —chistó Gloria—. Creen que lo saben todo.

—A ver. —Paul hizo una morisqueta a manera de reverencia—. Ilústrame y sácame de mi ignorancia, oh, líder suprema. Vamos, estoy esperando.

A un lado del sendero, un banquito de piedra se levantaba como un pedestal. Gloria lo condujo con pasos pesados antes de sentarse. Desde allí, los árboles parecían tener ojos, oídos y, quizá, la capacidad de hablar. Eso lo comenzaba a inquietar.

La calma, la tensa calma, sobrevino a Paul. Allá, una chicharra resquebrajaba la quietud con la que podría haber abordado aquel paseo.

Gloria miró al Lago, y Paul no tuvo más remedio que seguir la línea de su mirada. Se preguntó qué veía, pero pronto se vio inmerso en sus propios pensamientos. Las aguas de Blue Lake ahora se asemejaban a hilos dorados que se entretejían entre ellos, formando una sábana que cubría un inmenso cuerpo debajo de ellas. Se removía y luego dormitaba en paz, ausente de todo lo que le rodeaba, ajeno a aquellos ojos que volaban sobre él como un par de pájaros en busca de un pez en sus aguas.

—¿No te parece curioso que todos los caminos lleven hasta él? —preguntó Gloria de repente—. Podrías perderte en este bosque, en la ciudad, en algún callejón, y siempre encontrarás la manera de llegar hasta aquí.

—Hay que darles las gracias a los arquitectos, entonces —dijo Paul—. Una ciudad bien pensada.

Risa.

—Sí —murmuró Gloria—. ¿Qué sabían ellos que nosotros no?

—Dibujar —Paul se esforzaba por no soltar aquellas cosas, pero había límites que ni él mismo respetaba—. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Sabes que Blue Lake no es el verdadero nombre de todo esto?

—Wicked Lake. —Paul se regodeó por su acierto. Sabía que nunca olvidaría el origen de aquella información. De hecho, fue una de las primeras cosas que recordó al llegar.

Wicked Lake, le llamaban. Grábatelo muy bien. Los nombres tienen poder.

—Así es. —La respuesta parecía animar a Gloria—. Blue Lake sólo refleja la llegada del mundo moderno; nuestro fatídico intento por dominar estas aguas.

Un hormigueo comenzó a subir por la rodilla de Paul.

Tragó grueso en medio del calor.

—¿Cuántas vidas se habrá tragado? —dijo Gloria sin apartar su vista del Lago—. ¿Cuántas vidas se tragará? Es una bestia insaciable y voraz. No se detendrá aunque desaparezcamos.

—¿De quién estás hablando? ¿Del asesino?

—Te diré algo. —Gloria clavó sus uñas en el brazo de Paul. O eran sus ojos. Lo cierto es que sentía como se quemaba por dentro—. El ciclo es infinito. Y nosotros somos el tributo.

Paul quería levantarse y dejarla sola con sus balbuceos, pero algo en ella, unas cadenas salidas de sus palabras, le impidió abandonarla.

—Dime más —fue lo que alcanzó a pronunciar, deseando que terminase.

—Los antiguos veneraban todo lo que ves. —Soltó a Paul para señalar todo el claro—. Todo esto respira por sí mismo. Late como un corazón. Y la vida amerita sacrificios para continuar —volvió su vista al Lago—. Las leyendas cuentan que no es agua lo que corre por él, sino sangre.

—¿Cómo la aguas del Nilo?

—No —dijo Gloria—. Sangre derramada como tributo; sangre que regeneraba la vitalidad y lo mantenía calmado. Nadie quería que despertase y arrasara con todo.

—Gloria...

—Quizás esté despertando —interrumpió la mujer—. Quizá necesite despertar. Todos necesitamos hacerlo, ¿no te parece?

Paul calló. Gloria ya no hablaba con su fina voz que tan odiosa le había parecido con el pasar de los años. Ahora le parecía que lo latigueaba con una saña digna de un verdugo. Y detrás de ella, las aguas colmaban su silueta como la de una emperatriz alzada en un patíbulo, dispuesta a entregarse nuevamente a sus fauces.

—Cuentos —dijo Paul—. No son más que eso. Y de ser cierto, lo hacían por mera superstición. Los pueblos antiguos veneraban a incontables dioses para buscar la prosperidad de sus pueblos.

—Continúa.

—No me gusta ser un sabiondo, Gloria —replicó Paul—. Sabes muy bien que la adoración a los antiguos dioses iba desde cosechas hasta sacrificios humanos.

—¿Y tú que piensas de esos sacrificios?

—La gente mata porque quiere —dijo Paul, seguro de eso—. Un móvil es todo lo que se necesita para convertirse en un criminal. —Hizo una pausa al darse cuenta de que había caído en una de las tangentes de Gloria. Se recuperó al instante—: Fue un móvil lo que mató a Syd, y es un móvil lo que llevó a Logan al hospital.

—Estás muy seguro —Gloria ya no parecía dirigirle la palabra—. Estás muy seguro...

—Daría mi placa por ello.

Gloria se levantó y se alejó colina abajo; no sin antes suspirar.

—¿Qué más puedes ofrecer, James Jones? —dijo.

CAPÍTULO 7

—¿Wicked Lake? —pregunta Paul Rivera.

—Sí —responde la voz. Sabe a quién pertenece, pero no lo ve—. Wicked Lake, le llamaban. Grábatelo muy bien. Los nombres tienen poder.

—¿Qué clase de poder? —pregunta de nuevo Paul, dando pasitos y chapoteando en el agua.

—De esos que cambian el mundo. Ven. Vamos a nadar.

Y ahora corre en medio de una carretera sin fin; sin comienzo. Mueve sus piernas sólo por azar, sin voluntad, siguiendo su propia sombra que se alarga hasta el horizonte que se forma en la niebla.

Luz.

Sus brazos dejan una estela al moverlos, creando varios brazos en fractales que se alinean en la carretera junto al camino que decide seguir.

Las casas surgen entre las nebulosas, siempre siguiendo sus pasos pesados.

Reconoce todo. Reconoce cada brizna que le invade de nostalgia por su hogar. La calle que transita. El aire que respira.

Y las voces.

Lo llaman desde la niebla. Las campanas de una iglesia retumban en su cuerpo; las vibraciones se le escapan hasta las pestañas.

Lo ve. Lo ve con tanta claridad que se frota los ojos, para no quedarse ciego.

Se acerca como un animal asustado, como un venado al encuentro de un riachuelo solitario, como si temiese a algún depredador.

Es un rostro. Uno que jamás olvidó, pero que decidió abandonar por su propia ausencia.

Luz que lo trae de regreso en un grito ahogado.

El despertador del sábado cloqueó como un pavo. Paul le dio un manotazo al apagarlo. A pesar de la oscuridad de la habitación, sabía que el amanecer estaba por llegar.

No seas impuntual.

Paul se levantó de su colchón y observó los resortes que sobresalían de este. Tenía que comprar uno nuevo cuanto antes, o seguiría soñando tonterías hasta el final de sus días en Blue Lake. Se vistió como pudo, arrastrando sus mudas de ropa, y se dirigió a la cocina con la esperanza de que las fuerzas le alcanzasen para preparar un poco de café.

En el fregadero, los platos se amontonaban en equilibrio precario; al menor soplido, aquella torre caería sin más.

Un par de panes en la tostadora, café y a la mesa.

Degustó el desayuno con especial amargura, intentando recordar lo que el subconsciente le había mostrado.

Nada. No era nada, pensó. Imágenes aleatorias. No tenía que prestarles tanta atención. Al fin y al cabo, sólo eran sueños y la realidad le exigía más atención. Cualquier cosa que estuviese dentro de su cabeza podía esperar. Cerró sus puños, como si aferrara algo, pero sólo toqueteaba el aire; su ausencia.

Miró el reloj. Eran las siete de la mañana. Se dio una afeitada rápida y quedó como nuevo.

—Qué bien te ves, James Jones —dijo, sonriéndose a sí mismo.
—De maravilla —contestó su reflejo.

El muelle estaba construido y levantado por varias placas de madera que lo mantenían a flote. De lado a lado había lanchas, esquifes y veleros amarrados, balanceándose al clamor de las aguas. No había cambiado en nada, recordó Paul, tan solo algunas nuevas secciones y casetas a manera de faro que ayudaban a ubicar a los marineros en horas de la noche.

Algunas garzas sobrevolaban entre mástiles y lonas, cazando algún crustáceo en el fondeadero, debajo; y en aquella mañana la marea permanecía baja. Paul sabía de antemano que subiría horas más tarde; el Lago nunca bajaba la guardia.

Nunca.

—Juraba que no vendrías —dijo Doyle al verlo llegar—. Por Dios, ¿y esas ojeras? En serio, necesitas parar.

—Nadie que se despierte temprano un sábado se verá bien, ¿eh? —contestó Paul, lanzando un gran bostezo.

—¿Otra mala noche? —preguntó Rick.

—Una mierda —sonrió Paul—. ¿Es tuyo, Anthony?

Anthony se encontraba a bordo de un pequeño barco a motor. De un salto arribó al muelle y las tablas debajo de sus pies se bambolearon. Tenía una gran sonrisa y un sombrero que acentuaba su buen humor. Para complementar todo, llevaba un pequeño parche en el ojo que a Paul se le antojó ridículo.

—¡Todos a bordo, marineros! —exclamó—. ¡Bacalaos de agua dulce! ¡Perros de mar!

—Está un poco borracho —susurró Rick, al notar la cara de Paul—, pero estará bien. Es un excelente navegante.

—¿Seguro? —dijo Paul.

—¿Sabes pescar, Jones? —Anthony se acercó a Paul, y este pudo percibir su aliento a caña clara barata—. ¡Hoy iremos en busca del kraken!

—¡Basta con eso! —regañó Doyle—. ¡Subamos de una vez!

Paul asintió, y acto seguido recibió una violenta palmada de aceptación.

—¡En marcha!

Abordaron uno por uno. La quilla estaba algo oxidada, y algunos moluscos se habían unido a ella con la finalidad de aferrarse a la vida. El motor andaba a la espera de que alguien le diera cuerda. Doyle soltó las amarras, refunfuñando, y Anthony tomó el timón en la cabina. Muy pronto, se alejaron a gran velocidad del muelle. Los engranajes de las hélices hacían vibrar los pernos de popa a proa, pero la brisa de aquel sábado le sentó genial a Paul.

La tierra quedó en segundo plano y, antes de que se diera cuenta, el bote estaba envuelto por una masa de agua oscura como párpados cerrados. El Lago era inmenso, y mecía la embarcación de izquierda a derecha mientras esta recortaba las pequeñas olas con la quilla. Paul no podía observar el fondo, pero sabía que si caía, se hundiría como una roca.

Pensar en eso lo hizo estremecerse, y más aún al ver su propio reflejo, por lo que se agarró a la borda, buscando algún salvavidas.

—¿Te mareaste, Jones? —preguntó Doyle, encendiendo un cigarrillo—. Si quieres te dejamos en tierra.

—Puedes sentarte en la cabina junto a Anthony mientras preparamos los anzuelos —dijo Rick, tomando una lombriz de una lata llena de ellas.

—Estoy bien. —El bote parecía leer sus pensamientos y aminoró la marcha. La espuma llegaba hasta sus zapatos por alguna pequeña filtración, y a pesar del calor, el agua lucía tan fresca como una caricia—. No navegaba desde pequeño.

—¡No os escucho cantar! —gritó Anthony, dando un golpe de timón—. ¡Vamos! ¡Yo-ho! ¡Yo-ho!

—Recordadme usarlo de ancla más tarde —gruñó Doyle, dando una calada a su cigarrillo. El humo flotó sobre ellos como una vela.

Pasados unos minutos, el barco se detuvo, y en ese momento Paul se preguntó hasta dónde podría llegar el Lago. Lo veía perderse entre montañas y a la distancia veía pequeños islotes y piedras que sobresalían de él como montañas sumergidas.

Blue Lake y Wicked Lake. En verdad no importaba el nombre, ya que, al estar en medio de aquellas aguas, Paul comprendía que no estaba en su terreno y que el Lago era dueño y señor de su vida mientras lo tuviese a su merced.

No hay límites.

—Armemos las cañas —dijo Rick, tomando la suya y tendiéndole una a Paul—. ¡Muerdo de hambre!

—Esperemos tener algo para el almuerzo —dijo Anthony, quien ya se arrejuntaba a estribor y lanzaba el anzuelo.

Paul imitó a sus compañeros sin decir una palabra. No tardó en dejarse llevar por el bamboleo, siempre atento a su cordel y al pobre destino de la lombriz que ahora colgaba del anzuelo.

Un tributo.

—¿Hacéis esto muy a menudo? —preguntó al rato, saliendo de sus pensamientos.

—Cada tanto —respondió Rick—. Cuando necesitamos salir de la oficina.

—Eso es casi siempre —dijo Anthony—. Si fuera por mí, estaría aquí todos los días de mi vida.

—El trabajo es abrumador —dijo Doyle—. Admito que es buena idea venir aquí. Observa. —Señaló el horizonte con sus labios—. Sólo nosotros y el Lago. La mejor compañía.

En eso, Paul tuvo que darle la razón. Fuera de la oficina, Paul comenzaba a calmarse y a dejar que su propia alma se serenase. Respiró profundo y dejó escapar un sonoro suspiro.

¿Lo ves? No es tan malo.

—¿Te has adaptado, Jones? —preguntó Anthony—. ¿Cómo vas con eso? Sé que no es fácil regresar a un lugar que creíste conocer.

—No es tan duro —respondió Paul—. Aunque todo parece haber cambiado, a la vez parece que no. Es extraño en cierto modo. Hay imágenes que perduran y otras que sencillamente se esfumaron.

—Digo lo mismo —intervino Rick, taciturno—. Eres un hijo del Lago.

Hijo del Lago.

—Algo así —dijo Paul, arrugando la cara.

—Papá y yo solíamos navegar —dijo Doyle, absorto en el agua—. Vivíamos en un pequeño pueblito al sur. No te imaginas la pataleta que armé cuando me enteré que nos mudaríamos aquí —rio—. Pero al ver el Lago mis llantos se esfumaron. Veníamos todos

los fines de semana y regresábamos a casa con buenas presas. ¡Una verdadera fiesta! Mamá no podía estar más orgullosa de nosotros.

—¡Vaya! —se burló Rick—. ¡Tienes un recuerdo feliz! ¡Lo oigo y no lo creo!

—Hasta que un día papá cayó al Lago y se ahogó —atajó Doyle.

—Doyle... —intentó modular Rick—. Yo...

—No pasa nada. —Y en verdad no parecía afectarle. Paul no notó estremecimiento alguno en sus facciones amargadas. Quizá aquella cara era su natural modo de sobrellevar el dolor.

Y era un dolor que Paul podía entender, terminó diciéndose. Tragó saliva.

—Quizá algún día la corriente me lo devuelva —culminó Doyle—. Carajo. Me cayó una basura en el ojo.

—Puedes llorar si quieres —dijo Rick—. Estamos entre amigos...

—Cállate y alcázame una cerveza —replicó Doyle—. ¡No! ¡No me abrases! ¡Suéltame!

Fue una buena pesca. Parecía que regresaban de saquear “veinte presas a despecho del inglés”. Desembarcaron cerca del ocaso, con el estómago vacío, pero embotados de cerveza. Paul estaba más que ebrio y la borrachera lo hacía moverse tanto que no podía mantener el equilibrio a la hora de siquiera dar dos pasos en el muelle.

Se internaron en el claro del bosquecillo cercano con su cargamento, aullando como una manada de lobos y espantando a las parejitas que hacían vida amorosa a escondidas.

Ramas. Combustible. Fogata.

Cenaron como reyes. El exquisito sabor de los pescados destapó aquella formalidad que los ataba al trabajo. Paul estaba feliz. Sus mejillas rojas y ojos desorbitados hablaban con idioma propio, enredando su lengua como un pabito perseguido por un gato. Empinó la cerveza hasta el fondo, alumbrado por las llamas de la fogata alrededor de la cual se sentaban en círculo. Quizá mañana la cabeza le estallaría, pero no le importaba; no le importaba en lo más mínimo lo que pudiese ocurrir fuera de aquel momento.

—¿Adónde vas? —le preguntó Rick, con un cigarrillo en la boca, al verlo levantarse—. ¿No pretenderás regresar a tu casa? A duras penas puedes conducir... O caminar...

—¡La noche es joven! —agregó Anthony, quien movía una rama, atizando el fuego.

Y fue la misma noche la que le dio vueltas a Paul. Estar tanto tiempo sentado le meció las fibras de sus sentidos como un ciclón.

—Tengo que mear —dijo, preguntándose si habría pronunciado bien las palabras—. Voy al baño.

Sus compañeros rieron, sin darle más importancia. Paul se perdió entre los arbustos, y en la oscuridad todavía escuchaba la charla a la distancia hasta que llegó a un tronco solitario en la espesura.

Cremallera abajo y poco a poco la presión de su vejiga se aliviaba.

Mírate ahora.

Se sacudió, admitiendo que aquello lo hacía sentir un poco más en tierra. Y fue allí donde las punzadas de culpa intentaron arremeterlo; pero él, con manotazos de desdén, las alejaba. Su amigo Logan podía esperar, se dijo. Al fin y al cabo, se jugaba el pellejo por él. Podía permitirse un día o dos de descanso.

Me sorprendes, Paul. No esperaba eso de ti.

Tienes razón.

Diviértete un poco. Ya tendrás tiempo.

Intentó recordar cuándo fue la última vez que disfrutó de un momento así. Acampar, estrellas y naturaleza. Y mientras pensaba, el cofre del pasado volvía a abrirse.

Mientras vivió en Blue Lake, acostumbraba a perderse entre la espesura, al mejor estilo de Robinson Crusoe y los cuentos de Daniel Defoe. Su padre decía que era muy intrépido para su edad, y quizá tenía razón, porque allí estaba, portando un arma de reglamento y una placa, dispuesto a hacer el bien años después.

“Eso tenía papá”, pensó. “Tenía un ojo clínico para dar en el blanco. Quizá, si hubiese heredado algo de eso...”

No cambiaba nada. Y el cofre volvió a cerrarse a su orden.

A pesar de estar borracho, Paul se las arregló para regresar al campamento en la oscuridad. No le fue difícil seguir sus propias huellas. La llama de la fogata apareció detrás de unos arbustos.

—¿Muchachos? —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Rick? ¿Anthony? ¿Doyle?

No había nadie. El claro estaba tan solitario como aquellos búhos que lo miraban desde la distancia.

—¿Vosotros sabéis adónde se fueron? —les preguntó—. ¿Los habéis visto?

No tuvo más respuesta que apagados ululares. La noche se negaba a hablarle ahora, y el frío, que hasta hace unas horas descansaba, se empeñaba en subírsele por la entropierna húmeda.

Paul se mordió la lengua, pensando que quizá había tardado más de la cuenta. Miró su reloj y se percató que sólo se había ausentando unos cinco minutos como mucho.

—¡Por amor a todos los santos, muchachos! —espetó—. No es gracioso. Sé que estáis por aquí. Salid o me acabaré la cerveza yo solo. ¡Es en serio! ¡No miento!

Si algo sabía Paul, era que un hombre adulto se transformaría en un toro salvaje ante la menor mención de que su alcohol se acabaría.

Pero nadie acudió a sus amenazas. Se sentó cerca de la fogata y abrió una cerveza de la nevera. Todavía las refrescaba. El sorbo lo relajó una vez más.

“Volverán”, pensó. “Quizá fueron al baño todos juntos.”

La sola imagen podría haberlo descalabrado de la risa, pero su humor se había esfumado. Notó que las cosas estaban regadas por todo el campamento. Todo estaba intacto, dándole a entender una desaparición espontánea. Buscó huellas a vuelo de pájaro, pero nada. El suelo no daba señales de vida.

Una luz.

Dos luces.

Tres luces.

Tres luces azules revoloteaban entre los árboles como luciérnagas perdidas.

—¿Qué diablos es eso...? —dijo, sin saber qué veía.

Lo primero en que pensó Paul fue en maldecir a Rick en cuanto lo encontrase. Sabía que no tenía que trasegar tanta cerveza como si se tratase de agua, ni seguir el consejo de Anthony de mezclar el vodka con el ron.

Abrió y cerró los ojos varias veces, a velocidad de aleteo, pero los fuegos seguían allí, tan vivos y sonantes como la luna. Le parecían fuegos fatuos, cosa que le pareció absurda, ya que Blue Lake no era un pantano, ni el Lago despedía gases.

Y la voz de Gloria le vino a la cabeza al crepitar de la fogata. Escucharla con claridad hizo que se levantara de golpe. Quizá su historia de tributos y cosas mágicas en la ciudad le comenzaba a afectar.

No todo tiene una explicación.

Estaba seguro de que veía cosas, así que se infló de valor y caminó hacia los fuegos. Sus huesos estaban calados de miedo, admitía, ya que no le podía caer a tiros a aquellas cosas, en el peor de los casos. No perdió la oportunidad de recordar algunas viejas películas en blanco y negro en donde al monstruo podían vérselo las costuras, apagando de golpe la magia y, en el mejor de los casos, el miedo.

—Esas cosas no tienen costuras —dijo Paul.

Los siguió y los fuegos comenzaron a moverse, ingrátidos, esquivando maderos y setos. Paul descendió el barranco por donde se dirigían, cuidando de no resbalar en aquella oscuridad. Un paso en falso y una pierna rota sería una suerte al final de la noche.

El muelle apareció ante él, llenándose de bruma. No veía el Lago, pero Paul escuchaba cómo respiraba con aquel aire húmedo.

Los fuegos se detuvieron, rodeándolo. En medio del muelle, extendió su mano con la finalidad de tocarlos. Quería sentir aquella frialdad y descubrir de qué se trataba. Si estaba alucinando, al menos le sacaría provecho, pensó para calmarse.

Golpe seco.

Paul sintió el agua cubriéndolo. La humedad lo abrazó sin miramientos, y su peso lo volcó sin vacilación hasta el fondo. Braceaba desesperado, mientras las siluetas de los fuegos fatuos se desvanecían conforme se hundía.

Las aguas parecían latir a su alrededor, aprisionándolo y quitándole toda oportunidad de huir. Casi podía sentir como las gotas formaban garras y grilletes en su alma.

Ven.

Braceó hasta la superficie al menor atisbo de luz.

Y aquella bocanada fue como volver a nacer. Gritó y vomitó agua con un rugido venido desde su estómago.

Desorientado, se aferró a unas amarras sueltas cerca del muelle. Escuchó risas. Carcajadas de bufón que no paraban.

En ese momento se dio cuenta de que el agua estaba tan fría como unas tenazas de hielo. Su cabello escurría, y no dejaba de tiritar mientras flotaba. Pensó que se desencajaría del frío. Temblando, alzó la vista.

—¡Debiste ver tu cara! —rió Rick en cuanto sus miradas se cruzaron.

—¡Qué imbécil! —Doyle estaba a su lado, sosteniendo tres cañas que terminaban en tres linternas azules con papel maché en los focos.

—¡La mejor parte fue cuando intentó tocarlos! —Anthony estaba moqueando de la risa.

Y el agua podría hervir ante lo que Paul sintió. Sus tres amigos lo señalaban, desbocados en una diversión ajena a él.

Nadó hacia la orilla y se subió al muelle por una escalerilla de madera. Sus pasos parecían grifos; tuvo la sensación de que el agua tiraba de él a la hora de salir de allí.

—Antes de que digas cualquier cosa —comenzó Rick, tendiéndole una toalla—, déjame darte la bienvenida.

—¡Teníamos que hacerlo! —dijo Doyle—. No puedes ser uno de los nuestros si no te dabas una zambullida.

—¡Has sido iniciado! —finalizó Anthony.

Pero Paul ya no escuchaba. Pasó de largo y se perdió en la noche. Aún sentía el peso del Lago sobre sus hombros.

Has sido iniciado.

CAPÍTULO 8

Era el peor de los reproches. No estaba allí para divertirse. Estaba allí para atrapar a un asesino y reivindicar a su mejor amigo. Se preguntaba cómo había sido tan egoísta y se culpaba por su estupidez. Se lo tenía merecido, repetía incansablemente luego de lanzar maldiciones a diestra y siniestra.

Ahora Paul sería el hazme reír del Departamento. A estas horas, toda la estación sabría de su pequeña incursión en las aguas de Blue Lake y de su insensatez al creer en fantasmas y fuegos que flotan en la oscuridad. Creerían que era un niño, pensó, o peor: un payaso.

La nueve milímetros le pesaba dentro del abrigo, y aunque no llegaría jamás a ese extremo, quería usarla contra esos imbéciles al llegar a la oficina como saludo de buenos días.

—¡Miren quién llegó! —dijo Doyle al verlo cruzar la puerta.

—¡Si no es nada más que nuestro iniciado! —anunció Anthony con una reverencia.

Paul gruñó. Apenas subió la mirada. Sus compañeros sonreían radiantes, muy diferentes de él. Se notaba que la excursión les sentó de las mil maravillas, por lo que no pudo reprimir un dejo de frustración. No tuvo más remedio que dirigirse hacia su escritorio, pensando en la cantidad abominable de trabajo que tenía pendiente. Ya no quería seguir perdiendo el tiempo en banalidades.

Avergüénzate. Avergüénzate.

—Vamos, Jones —dijo Rick al acercársele con una taza de café—. No es para tanto. Ten algo de sentido del humor o te vas a arrugar. —Le guiño un ojo—. ¿Paz?

Paul miró la taza antes de chasquear la lengua. Esperó que al menos no estuviese envenenada como parte de otro ritual de iniciación.

—Bueno... —dijo al aceptar el ofrecimiento.

—¡Así me gusta, iniciado! —felicizó Rick.

—Ten —dijo Doyle. Venía con un disco en la mano—. Un recuerdo de la atracción. La he visto hasta cansarme.

—¿Me grabaste? —preguntó Paul abriendo los ojos. Aquello era demasiado—. No lo habrás subido a YouTube, ¿verdad? ¡Oh, no! ¡Por favor!

—No me des ideas —rió Doyle—. Los grandes momentos han de recordarse hasta el día de la muerte. Y este se acaba de transformar en uno de mis favoritos.

Doyle sacó su celular y le mostró la pantalla. Se vio a sí mismo en un aspecto fatal, persiguiendo un par de linternas azules hasta el momento en el que Anthony salía de las sombras y lo empujaba al Lago. El movimiento de la cámara era precario, pero pudo percibir su propia cara llena de barro al salir de las aguas, sin contar sus pasos lastimeros rumbo a su auto.

—¿Qué piensas? —dijo Doyle—. Una obra maestra del séptimo arte.

—Os odio —gruñó Paul, y volvió su vista al ordenador—. De verdad que sí.

Una de las ventajas que tenía el Departamento de Homicidios de Blue Lake eran los ordenadores. En su antiguo trabajo en Cheverdale, tenía que lidiar con cachivaches usados que solían explotar al menor tacto de una tecla; y qué decir de la conexión a internet. Eran cacharros arcaicos que, a su juicio, merecían ser exhibidos en un museo y

no estar de servicio en una estación de policía. Se había quejado varias veces a sus superiores, pero estos eran tan arcaicos como las mismas máquinas.

—No sé qué tienen de malo, Paul —le había dicho Logan—. Hacen el trabajo. Tienen conexión a internet y reproductor. No seas quejica.

—Para alguien con un cerebro de cacahuete como tú, esto es el paraíso —había respondido Paul, dándole golpes al ordenador, que aquella mañana se había colgado por quinta vez.

—Tienes envidia de mi record en buscaminas —dijo su compañero—. Esa es toda la verdad.

—Cierra el pico, Logan.

Ahora en Blue Lake, Paul se sentía con suerte. Desde su máquina tenía acceso a la base de datos de toda la estación. Casos y archivos sin límites; incluso expedientes y resultados forenses al alcance de un clic.

Agradeció que el papeleo de aquella mañana había sido nulo, por lo que pudo dedicarse de lleno a los últimos casos en los que Logan estuvo involucrado, y como si sus manos estuviesen bajo el control de Gloria, buscó el caso de Syd.

El informe no daba detalles nuevos. Estaba cerrado, como le habían dicho, y no contemplaba la idea de un asesinato.

—¿Cómo es que alguien sale de paseo en un bote y termina muerto? —murmuró mientras veía las fotos del forense y el reporte toxicológico.

No había indicios de drogas en su organismo, pero sí mucho alcohol. Syd había decidido navegar y terminó en las aguas del otro mundo. Más allá de eso, el informe continuaba con divagaciones técnicas que nada esclarecían. El tipo sencillamente se ahogó con su propio vómito.

La lancha que tripulaba no era muy diferente a la de Anthony, así que debía de ser algún modelo genérico que vendían en Blue Lake.

—Dame algo, Syd —murmuró Paul, clicando cada imagen—. Cualquier cosa servirá. Vamos.

Exportó las fotos a un programa de edición y comenzó a jugar con los matices y los colores. Las formas cambiaban a medida que el contraste aumentaba o disminuía a su control. Las sombras desaparecieron y el brillo reveló contornos peculiares en las siluetas de la lancha y del mismo Syd.

—Un poco más... —dijo Paul, concentrado.

Hizo un acercamiento, procurando que los píxeles no desfiguraran la nitidez. Usó más contraste, perfilando el programa con el ratón. Agregó algo más de calidez, buscando el brillo que deseaba y aplicó filtros de luz y sombras. La foto comenzaba a parecer un negativo en blanco y negro, como una instantánea antigua.

Las tonalidades bordeaban su iris como nuevos lentes. Tenía el rostro pegado a la pantalla, inmerso en las fotos mientras tecleaba cada manipulación de color y rastreaba algo más allá de lo evidente, porque si estaba seguro del asesinato al igual que Logan, tenía que probarlo. No evitó preguntarse cómo llegó a aquella conclusión su amigo.

—Una corazonada —se contestó a sí mismo—. Todo lo resuelve con corazonadas.

Pero a diferencia de él, Paul necesitaba más que una corazonada; necesitaba hechos tangibles que pudiese restregar en la cara del jefe, que ya había tenido una experiencia pesada con Logan y sus locuras. El caso estaba cerrado, y no había nada más difícil que reabrir un caso a estas alturas cuando la vida continuaba; excepto la de aquel pobre desgraciado que ahora Paul observaba sin vida al otro lado del monitor.

—¿Qué es esto? —se preguntó de la nada.
Hizo nuevamente un acercamiento, hasta el límite. Su ojo había captado algo.
Con la pericia de un cirujano, Paul aumentó la opacidad y las sombras, creando así una gama blanca detrás de los contornos.
Esbozó una sonrisa. La primera de aquella mañana.
Enhorabuena, James Jones, hallaste la prueba que buscabas.

La carretera infinita serpentea entre las urbanizaciones. Los bloques de la calzada se distribuyen como un muro debajo de sus pies. Varias sombras corretean a su alrededor; hablan entre ellas, despreocupadas ante él.

Carecen de rostro, y por un momento piensa que él también.

Paul camina por la calle. Ve las casas y ellas lo ven. Ahora las recuerda. Conoce cada recodo y esquina; incluso sus jardines no quedan exentos de su reconocimiento. El olor a tierra mojada en sus calcetines le llega hasta la nariz, con fuerza, como un puñetazo.

Un rostro le sonríe desde la distancia, e irradia tanta luz que las casas se desmoronan ante el brillo. La calle se despedaza, sangra, y Paul grita con agónicos clamores de ayuda.

No sabe qué hacer, y ahora la voz de aquel rostro parece un cántico que resuena en cada peldaño, baldosa y ventana. Chirria los dientes, comprendiendo aquellas palabras que lo conducen al Lago.

Y sobre él, observa como aquel hombre camina sobre sus aguas tal cual un Cristo, con la mirada hacia la nada.

Logan aparece a su lado, emergiendo de la crisálida de una oruga. Paul lee sus labios que se contraen en dos palabras: “Es él”.

Dos disparos.

La cara del hombre se deforma bajo una capucha de tinieblas.

—¡Hey, Jones! —escuchó desde la distancia—. Si te ve el jefe, olvídate de regresar mañana. ¡Abre los ojos, holgazán!

—¿Ah? —Paul despegó la cara del teclado, despertándose. Su mejilla era una pintura de letras remarcadas—. ¿Qué...?

—Andando, que tenemos trabajo —le dijo Rick, zarandeándolo—. Surgió algo.

—¡Ya era hora! —dijo Doyle desde su escritorio, desperezándose—. Necesito salir.

—¿Estas cosas te emocionan? —le reprochó Anthony.

—Es obvio. ¿A ti no? —La sonrisa de Doyle se extendió.

Paul no comprendía en dónde se encontraba o quiénes le hablaban con tanta confianza, hasta que un chispazo de razón lo devolvió al mundo.

El monitor todavía mostraba el caso de Syd. Con disimulo, pudo apagarlo y se levantó antes de tomar su abrigo y dar un largo bostezo.

—Hay que darse prisa —dijo Doyle—. No quiero que el Departamento de Criminalística estropee la escena. ¿Olvidas lo que hicieron el año pasado?

—Dirán lo mismo de nosotros —agregó Anthony.

Doyle escupió.

—Como si me importase.

Paul sintió una helada lamida en el espinazo y que, sin una razón aparente, la habitación estaba impregnada de muerte; una muerte fresca.

Acompañó a sus compañeros y abordó su coche. Las patrullas atravesaron las calles con las sirenas encendidas a todo trapo, alertando a todo el mundo de que algo había ocurrido. El tráfico se abrió a su paso. Siguió por la avenida principal y desembocó hacia el malecón que daba al Lago.

El olor a muerte se incrementaba, al igual que su dolor de cabeza. Intentó separar las imágenes de aquel sueño de la vida real y procuró que la nueva información que había obtenido del caso de Syd le llenase el cerebro. No pudo evitar temblar al ver los edificios a un lado de la vía; parecía que le clavaban millones de ojos por el retrovisor.

¿Sólo fue un sueño?

Las cintas amarillas ya creaban un perímetro de ambulancias, patrullas, oficiales e inspectores. Algunos perros olfateaban con afán, locos por echarse encima del culpable.

—Aquí es —escuchó Paul por la radio. Era la voz de Rick. Estática.

—Enterado —dijo, agarrando el comunicador.

Estacionó y, al salir del vehículo, la brisa galopó sobre sus ojos en un gélido aliento. El cordón de seguridad no estaba tan lejos; incluso si caminaba un poco más, podría llegar al sitio en donde habían acampado el fin de semana.

Ladeó la cabeza al percatarse de eso, olvidando aquel incidente del *iniciado*, y acompañó al Departamento de Homicidios dentro de la escena del crimen. Las moscas revoloteaban, hambrientas como buitres pequeños a la espera de un premio.

Se daban un festín con un hombre con las piernas rotas, tumbado boca arriba con los ojos hacia atrás, blanquecinos, y una mueca de suplicio atornillada en sus párpados. La sangre de una cuchillada en el pecho estaba fresca, y aquella fisura parecía un cañón ante los ojos de Paul. Los forenses tomaban fotografías, y por lo visto ya habían enumerado algunos elementos en la escena.

—Bueno, Jones —dijo Doyle—. Manos a la obra.

Rick le facilitó unos guantes de látex y comenzó la requisa. La puñalada era malicia en su más puro estado. No había signos de resistencia, salvo por algunos moretones encontrados en las muñecas y en el cuello. Lo habían amordazado y arrastrado hacia allí, dedujo Paul sin problemas. La tierra estaba revuelta en un sendero que provenía del interior del bosquecillo. Algunos gusanos sobresalían de sus axilas.

—Caray... —masculló Paul al examinarlas.

Encontró nuevas puñaladas debajo de ellas. No era tan profundas como la del pecho, sino más bien como rasguños de cizalla. Se habían ensañado con el tipo, con rabia aparente. Parecía que el perpetrador intentaba garabatear algo.

—La hoja del cuchillo —dijo Paul, tomando nota para sí—, es curva y aserrada. Quizá veinte o treinta centímetros. De mango macizo. —Señaló la silueta alargada en una de las puñaladas con forma de empuñadura—. Debe tener experiencia. Estos cortes...

Calló y se levantó de la nada.

Una ráfaga lo había golpeado en la nuca. De lado a lado buscaba la causa de aquello, pero los demás estaban metidos en otros asuntos, entrevistando testigos y haciendo llamadas telefónicas a la estación.

Paul experimentaba el peso de una mirada ajena, tenía la sensación de que lo observaban muy de cerca, como si lo olfatearan.

—¿Pasa algo? —preguntó el forense a su lado.

—No —dijo Paul. Apretó los dientes, porque sabía que debía calmarse. Atribuyó aquella sensación al hecho de que hacía tiempo que no estaba tan cerca de un cadáver; los nervios; pagar la novatada por segunda vez.

Siguió cateando, sin encontrar huellas dactilares. Aquel sujeto sólo era un maniquí, y aunque hubiese querido que le facilitara el trabajo deletreándole el nombre del asesino, no pudo dejar de pensar en que todos los muertos eran igual de inútiles a la hora de desvelar información.

¿Te das cuenta?

Logan es diferente. Él está vivo.

La muerte tiene varios trajes.

Paul examinó la tierra revuelta. Al cuerpo lo habían arrastrado, y no le quedó de otra que seguir aquel sendero al paso de ramas y hojas quebradas. Algunos tumultos señalaban que la víctima había intentado escapar. Cinco líneas delataban dedos aferrándose a la tierra hacia el sitio en donde yacía.

El sendero desapareció y la tierra emanaba una pasividad que a Paul le sugería que en cualquier momento el claro podría cerrarse sobre él.

Otra ráfaga.

Llevó su mano hacia su arma, ya con el dedo en el gatillo. Los árboles se veían tan altos como catedrales. Sus ramas parecían dedos roñosos, idos por el tiempo, alzándose hacia el cielo con el fin de exigirles algo a los dioses.

Paul se sentía en un patíbulo. Era el centro de atención de aquellos árboles. Llevarían siglos allí, pensó, mirando, mirando, mirando... Juzgando.

Jueces y verdugos al servicio de él.

Al servicio de sus aguas.

Y no pudo evitar sentirse como un trofeo. Un leve cosquilleo le traía las palabras de Gloria y aquella conversación. No supo porqué, pero ahora sentía que lo habían atraído hasta allí, como si fuera un tributo.

¿No lo eres?

Y las vio, como un regalo debajo de un árbol de navidad. Aquellas huellas estaban nítidas, frescas y tatuadas en la tierra. La emoción le hizo olvidar el aplomo que sentía hacía unos momentos. Se acercó a examinarlas y corroboró que eran reales.

Paul tuvo deseos de gritar por su descubrimiento. Aquellas huellas eran idénticas a las que hacía horas encontró en el expediente de Syd gracias a la manipulación de las fotos. Tenían la silueta de unas zapatillas para correr.

Y ahora no tenía dudas. Sabía que estaba detrás de un mismo asesino, y que esa persona mandó a Logan al hospital.

Se alejó, no sin antes fotografiarlas con su móvil. Temía que desaparecieran, como si fueran un espejismo que decidió presentarse ante él.

No escapará.

Las miradas de los árboles llovían sobre Paul cuando sintió una tercera ráfaga.

CAPÍTULO 9

Discutían del caso en la oficina, entre cafeína y nicotina.

Zapatillas para correr. Hombre mayor. En forma. No tan alto. No hay huellas dactilares. Aparte de eso, la lista de pruebas estaba tan vacía como la despensa del apartamento de Paul.

Diles. Diles qué encontraste antes.

Se negó. Paul no revelaría la nueva información del caso de Syd. Este asunto lo zanjaría él. La policía podía alertar al asesino y provocar que escapase lejos, y eso no lo permitiría. Logan lo sabía, y por esa razón no pidió refuerzos.

—Jones, aterriza —dijo Rick, tendiéndole un expediente—. Te la pasas en las nubes. ¿En qué piensas? Archiva esto. Terminamos por hoy. Muero por volver a casa.

—¿Cómo...? —dijo Paul, sin reaccionar.

—No hay nada más que hacer —dijo Doyle—. Criminalística y toxicología están haciendo su trabajo.

—Pero no podemos dejar esto así —dijo Paul—. Hay un asesino suelto.

—Un asesino suelto que no sabemos dónde está —intervino Anthony, trayendo café—. Esperemos que encuentren alguna otra señal en el cuerpo. Una huella dactilar o al menos la marca del zapato.

—Son zapatos deportivos —gruñó Paul—. ¿Cuántas marcas se distribuyen por Blue Lake?

Doyle encendió un cigarrillo. Tecléo algo en el monitor y esperó.

—El rango es muy amplio —dijo, sorprendido—. Imposible saberlo.

—Podríamos buscar el inventario de ventas en los últimos cinco años —dijo Paul—. Diez, para estar seguros. Si las transacciones fueron hechas con tarjeta de crédito, obtendríamos nombres y direcciones.

—Y no saldríamos jamás de este agujero, Jones —dijo Rick, cabizbajo.

—¡Pero hay que atraparlo! —exclamó Paul.

—Te empiezas a parecer a él... —Doyle señaló el escritorio de Paul—. No sabes cuándo parar.

—Por eso soy policía —finalizó Paul, dando un portazo.

—¿Puedes venir? —Era Melanie King al otro lado del auricular—. Lamento molestarte, James.

—En absoluto —contestó Paul—. Voy en camino. No tardo.

No estaba tan lejos. Dio la vuelta en U y condujo hasta la residencia de la chica. Era inusual que lo llamase, pero ya se había comprometido dejándole su número.

Su reloj marcaba un poco más de las siete y el ocaso se le introducía en las pupilas como un cincel desde el firmamento. A un lado de la vía, el Lago ondulaba por las lanchas que regresaban al muelle con la pesca del día. Paul tuvo deseos de fotografiarlo. Aquellas montañas erigían la grandeza sobre la pequeña existencia humana que ahora hacía vida en sus cercanías.

“De verdad que Gloria tiene razón a su manera”, reflexionó a regañadientes.

El Lago era el dueño de la ciudad, y aquel pequeño pensamiento lo erizó, como si guardase escalofríos desde que llegó a Blue Lake.

De niño lo pensaba, admitió. El Lago podía arrastrarte con tan sólo mirarlo, sin importar si estabas en lo alto de una colina o conduciendo como ahora; el Lago siempre encontraba la manera de atraer tus pensamientos hacia él. Ahora, incluso, tenía la sensación de que sus aguas lo bañaban. No pudo evitar pensar en la otra noche cuando sus compañeros lo habían tirado a él. Estaba casi seguro de que el Lago intentó engullirlo tirando de él con unas zarpas heladas.

Te has iniciado.

Sus primeros recuerdos del Lago se detenían en una mano cálida que lo llevaba. Se sentía protegido bajo el manto de aquellos dedos. Era una mano roñosa llena de cal y cemento.

—¿Tiene fondo? —había preguntado Paul, con aquella voz chillona de infante.

—Quién sabe —contestó una portentosa voz con aliento a cola—. Mejor lo vemos desde aquí.

—¡Álzame! No veo bien.

—Ya crecerás —rió la voz—. Ya crecerás. Y lo verás a mi lado.

Pero ahora veía sus aguas en soledad mientras conducía hacia el apartamento de Melanie King.

Estacionó cerca, pero Paul no se bajó del vehículo al momento. De repente se sentía como si le hubiesen cosido rocas dentro del estómago. Por el retrovisor vio un hombre con chaqueta deportiva haciendo calentamientos. En un parpadeo, este comenzó a correr y se perdió entre las aceras. Paul pensó que quizá debía imitarlo; sus huesos necesitaban algo de movimiento extra.

Miró nuevamente su reloj, y antes de que se hiciera más tarde, se encaminó hacia el apartamento de Melanie. Alzó la vista y vio algunos andamios en lo alto del edificio.

El ascensor lo llevó hasta arriba y tocó el timbre.

Ding Dong.

Melanie abrió la puerta, y su cara pareció iluminársele como un ángel.

—¡No te quedes aquí! —exclamó, abrazando a Paul—. Pasa, pasa.

Quizás el abrazo estaba de más, pensó Paul, pero luego, al ver nuevos cardenales en el rostro de Melanie, se retractó por aquel pensamiento tan egoísta. Aquella mujer necesitaba compañía, unos oídos dispuestos a escucharla y un hombro en el cual apoyarse.

Intentó sonreír, tratando de escapar a su consternación.

Se sentó en la sala mientras Melanie iba a la cocina a buscar unas galletas. Olía espléndido; el estómago de Paul comenzó a rugir. La casa continuaba igual que la primera vez que la visitó.

—¿Está tu esposo? —preguntó Paul, jugando a la casualidad.

—No ha regresado —respondió Melanie, apareciendo con una bandeja de galletas—. Y no es mi esposo, James... No todavía —Le mostró el anillo que llevaba en el anular de la mano derecha.

Colocó las galletas en la mesa de estar.

—¿Qué te parecen? —sonrió al ver que Paul se llevaba una a la boca—. Sé sincero, James. ¡He pasado la tarde entera con esto!

—Que me haya comido toda mi ración debe decirte algo —respondió Paul—. Están muy buenas.

Melanie se llevó las manos a la boca, pero no pudo esconder la satisfacción que apareció en su rostro.

—Es mi tercer intento —se sinceró—. No tuve tanta suerte con los dos primeros. — Bajó los hombros y se llevó con suavidad una mano a uno de sus cardenales.

A Paul se le hizo un nudo en la garganta. Dejó de comer y su expresión se endureció. Ya no valía fingir a esas alturas. Tenía que preguntárselo; su convicción lo empujaba a ello. Sabía que podía hacer algo.

Eres la ley.

—¿Está todo bien entre tú y Dean? —soltó sin más.

Melanie abrió los ojos tanto como pudo.

—¡Por supuesto! —En sus labios, un tic delataba a Paul su mentira.

—Puedo ayudarte si lo deseas —concluyó Paul, y acto seguido mostró su placa y su arma reglamentaria.

—¿Eres...? —Las palabras se trabaron en la garganta de Melanie, quien dio un respingo—. ¿Eres policía?

—Aquí donde me ves. A tus órdenes.

El semblante de Melanie demostró la tesis de Paul. Sabía que un cristal hubiese sido más resistente que su voluntad, y darse cuenta de ello lo hizo dudar. Se mordió la lengua; había hablado de más. No importaba si se trataba de una buena causa.

—Yo estoy bien —dijo Melanie, caminando de repente hacia la ventana, de espaldas a Paul—. Siempre estoy bien...

—Puedo protegerte —dijo Paul, quieto. No quería hacer movimientos bruscos. Pensó que podría asustarla—. No tienes por qué callar...

—¡Yo estoy bien! —interrumpió Melanie al darse la vuelta. Ahora las lágrimas perlaban sus pestañas y sus mejillas como las aguas del Lago. Incontenibles y salvajes—. ¡Estoy perfectamente bien! ¡¿No lo ves?!

Aquello no estaba saliendo como lo hubiese deseado, pensó Paul. Mejor era irse y dejar las cosas tal como estaban.

—Dean es un buen hombre —dijo Melanie—. Es amoroso, atento y tiene sentimientos muy fuertes hacia mí. —Hizo una pausa—. No me haría daño. Sé que no.

El silencio se adueñó de la habitación.

—Sé que no —repitió Paul, sonriendo al quebrar aquella espera—. El buen Dean no le haría daño a nadie. Ni a una mosca...

La puerta del apartamento se abrió de repente.

El diablo en persona se asoma.

Dean entró y al momento les clavó una mirada a ambos. Tenía los ojos enrojecidos y una mueca que rebelaba cierta redundancia a escupir maldiciones.

—¿Qué es todo esto...? —fue lo que salió de sus labios. Cerró tras de sí. Llevaba una cerveza en la mano derecha. Lanzó las llaves a un escondrijo. Tintinearón con sorna.

—Dean —llamó Melanie. Había palidecido—. Te estaba esperando y... se hizo tarde...

—La señorita King solicitó verme —intervino Paul, irguiéndose y mostrando nuevamente su placa. Carraspeó—. Debo decir que ella estaba muy preocupada por usted, señor Watts. Al ver que no aparecía, quiso asegurarse de que usted estaba a salvo.

—Lo conozco... —susurro Dean, con las mejillas rojas—. Lo he visto antes...

—Es lo más probable. —La sonrisa de Paul se extendió bonachona—. Patrullo por el vecindario muy a menudo, señor Watts.

Aquello bastó para que Dean bajara la guardia, pero no para cambiar aquella cara de imbécil que a Paul le comenzaba a fastidiar. Miró de reojo a Melanie, imperceptible para los demás, y suspiró lleno de resignación.

Eres la ley.

—¿Qué espera? —dijo Dean—. Puede irse. Ya ve que estoy a salvo, oficial.

—¿Ha estado bebiendo, señor Watts? —dijo Paul—. ¿Estuvo conduciendo...? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Yo... —Ante la mención. Dean lanzó un vistazo a su cerveza y se le notó una maldición desde dentro.

—¡Vaya! —La sonrisa de Paul volvía a aparecer—. ¿No habrá tomado ese riesgo así por así?

—Sólo fueron unas cuantas... —A leguas se notaba que Dean quería ocultar su cabeza en un agujero ante la mirada fustigadora de Paul.

—Unas cuantas que lo han atrasado. —Paul se rascó la barbilla, queriendo mostrarse indiferente—. ¿Puedo ver su licencia para conducir? Espero que no esté vencida.

—¿Qué pretende, cabrón?

Es nuestro.

—¡Caramba! —exclamó Paul, casi como un silbido de triunfo—. Conducir ebrio y desacato a la autoridad. Los números no parecen sumarle en la noche de hoy, señor Watts.

—¡Que te den!

Paul percibió el aliento de Dean que olía a licor barato, en el momento en el que se le lanzó encima con la intención de golpearlo. Paul sólo tuvo que moverse un poco para ganarle la espalda y aplicarle una llave. Todo había ocurrido en un parpadear.

—¡Déjeme! —gritó Dean—. ¡Déjeme le he dicho! ¡Melanie, ayúdame! ¡Quítame a este loco!

Pero Melanie no se movió mas que para contener un grito con sus manos.

—¡Melanie! —volvió a gritar.

Ya Dean tenía puestas las esposas y Paul seguía esbozando una ligera sonrisa ante sus forcejeos. La cerveza había caído a sus pies, derramando tanta espuma y cristales como baldosas había.

—Lamento el desastre, señorita King —dijo Paul antes de descargar un manotón a Dean—, pero tendré que llevármelo detenido. Usted es testigo de lo que ocurrió.

—¡Suélteme le digo! —gritaba Dean. Paul le apretó más el brazo, arrancándole un buen aullido.

—¡Vaya energía que tiene! —agregó Paul—. Tiene derecho a guardar silencio y esas cosas. No recuerdo cómo va, así que perdóneme. —Se acercó a su oído y murmuró con la intención de que sólo él oyese—: Si le pones de nuevo un dedo encima, no será tras las rejas donde arreglaremos cuentas...

Al menos Melanie tendría un par de días de paz. Dean saldría bajo fianza o pasaría setenta y dos horas en el calabozo. Fuese como fuese, su detención le había caído de maravilla a Paul, quien ahora lo celebraba con una sopa de fideos en su apartamento.

—Manjar de manjares —dijo, tomando los palillos y separándolos.

Había llamado a su esposa para preguntarle cómo estaba y decirle cuánto la extrañaba, pero terminó siendo una pésima idea. Aún seguía molesta con él y no comprendía que el deber lo llamaba; lo llamaba desde mucho antes de casarse con ella.

Palillos. Fideos. A la boca.

“De verdad que están muy buenos”, pensó.

Entre bocado y bocado, Paul reprimió los deseos de llamar a María. Desde su última conversación, las cosas no habían salido nada bien. Logan elegía muy mal a sus parejas, pensó al recordar con cierta gracia algunos episodios de la juventud, como aquella loca que lo perseguía cada día al salir de la estación, o aquella celadora del museo que nunca paraba de parlotear sobre libros y huesos viejos. Pero María había salido ganadora, al fin y al cabo, y eso era algo que tenía que agradecer. A pesar de todo, era buena con su amigo, y estaba seguro que lo pasaba muy mal. En cierta forma, también eran su familia.

—Fui muy grosero con ella —se dijo Paul.

También tuvo la intención de llamar a Gloria y ponerla al tanto de los nuevos descubrimientos en el caso de su esposo. Paul admitía que, de todas las personas que merecían alguna explicación, ella se llevaba el premio, por más loca que la considerase. Admiraba su intuición y a no desistir de la idea de que Syd fue asesinado. “La fe mueve montañas”, se dijo.

Eres la montaña, ¿no?

Afuera llovía. El cielo de Blue Lake se había roto como un cascarón y ahora escuchaba el agua caer en su residencia de los suburbios. Se dio cuenta de que tenía algunas goteras.

A su lado estaban las fotografías de su caso más reciente; aquel hombre apuñaleado cerca del Lago: Fernando Delgado. Inmigrante, padre de dos hijos y esposo de Sarah Delgado, una mujer menuda que no había declarado nada útil.

El examen toxicológico arrojó que Delgado consumía drogas de las duras, además de tener problemas con el alcohol. Su apartamento estaba lleno de botellas y metanfetaminas debajo de los colchones. Una mina de oro para narcotraficantes, dedujo.

Y eso no era lo peor. Sus hijos estaban en los huesos. Los niños padecían un severo cuadro de desnutrición. Daba lástima verlos, y eso que los tenía ante sí en una fotografía. Se imaginó el verdadero estado de los chiquillos en carne y hueso.

—Trabajo Social tendrá bastante trabajo en los próximos días con estos críos —se dijo—. Papeleo y más papeleo.

Delgado enfrentaría una gran condena si hubiese seguido con vida; ahora el Estado aprobaría la manutención a su esposa en pro de ayudar a los pequeños si estaba en condiciones de criarlos.

En primera instancia, Paul podría deducir que la principal sospechosa era aquella mujer, pero la coartada lo alejaba de dicha hipótesis. La señora Delgado se encontraba en casa en el momento del asesinato.

—Además —agregó en su mente—, las huellas...

Quizá era mejor así. Su vida mejoraría poco a poco sin tener que pagarle las drogas y el alcohol al señor Delgado. El mundo era un lugar mejor.

Un lugar mejor.

Delgado yace ante él, destripado, mucho peor de lo que recordaba. En su rostro se formaban surcos de niebla que parecían sangre blanquecina.

Paul alza el cuchillo que sostiene. La hoja gotea chorros de sangre. Sabe lo que acaba de hacer, pero no se arrepiente. Un cosquilleo lo impulsa a levantar la cara hacia la calle oscura que se pierde en un sendero hasta el muelle.

Paul camina como la bruma, o quizá la bruma lo hace caminar. No tiene idea, y, sin darse cuenta, se detiene ante el Lago. Lo oye murmurar como un bosque, como una selva.

Lo llaman, preguntan y responden. En la oscuridad, el Lago parece caminar a su alrededor, como si bailara al compás de su propia melodía; la melodía de Blue Lake.

Y escucha a su esposa, triste, abandonada y lejana, como un recuerdo que se funde con la desdicha que aprieta su pecho y amenaza con reventar su corazón.

Paul ve el puñal y siente deseos de hundírselo en el corazón. Lloro.

Pero ahora escucha la voz de Logan, indefenso en una cama de hospital, dando patadas ahogadas, buscando el respiro de la vida que poco a poco se le esfuma. Y Paul sabe que intentará regresar; quiere que regrese, aunque sabe por qué no lo hace todavía.

Y lo ve.

Allí esta. Aquel azote, erguido como un tótem. Lleva una sudadera y el rostro oculto detrás de una capucha. Lleva zapatos de correr. Paul sabe que respira porque el vaho escapa de aquel vacío. Y sabe que lo ve.

El bien y el mal, encarnados en aquel muelle, acurrucados bajo la nana nocturna del Lago. Paul nota que también lleva un puñal; un puñal que gotea la sangre que ambos acababan de derramar.

El mundo es un lugar mejor.

CAPÍTULO 10

Su amanecer era el ocaso.

Paul deseó no haber cenado aquellos fideos. Su estómago ardía y las náuseas no paraban de desgarrarle los intestinos. Utilizar agua del grifo en su preparación no había sido una buena idea.

Vomitó. Por fortuna pudo llegar al retrete. Se lavó la cara y comenzó a asearse. No quería permanecer un minuto más allí, a pesar de que todavía era muy temprano para ir a la estación de policía. En la sala, recogió los papeles del caso de Delgado y los ojeó una última vez, por si acaso se le escapaba algo.

Tuvo una punzada de alegría que lo hizo sentirse mejor. Sacudió sus pensamientos así como lo haría con su abrigo y salió.

La mañana era fría. Avanzó hasta su coche, rodeado por la humareda que salía despedida desde las alcantarillas. Una vez dentro de su vehículo, encendió la calefacción y pisó el acelerador hasta el fondo rumbo a la oficina. El sol todavía dudaba en salir al encuentro de la mañana.

Para su fortuna, la estación estaba solitaria. Su jefe lo vio llegar. Hablaba por teléfono. Habían tenido poco contacto desde su contratación y Paul esperaba que se mantuviera así. Llegó hasta el Departamento de Homicidios.

Vio su reloj y comprobó que tenía un par de horas antes de que todo el equipo llegase. Depositó sus cosas en su escritorio, en especial el expediente de Delgado, y abrió el buscador interno en el ordenador. El logo de la policía titilaba junto al cursor.

Déjame quiarte.

El registro de la policía era muy amplio, pero Blue Lake no era tan grande como para que cosas tan terribles como el asesinato de Delgado pasaran por debajo de la mesa. Las noticias se esparcían rápidamente, causando revuelo y miedo en la población.

Blue Lake seguía transformándose. De verdad, reiteró, que ya no era el sitio apacible que recordaba. Prefería no hacerlo. Sólo era un sitio transitorio en su niñez; nada del otro mundo.

—Pero si... —murmuró. La luz del monitor le brillaba en el rostro.

Tecléo en el buscador: Homicidios — Blue Lake — 1970 al 2017. Los resultados aparecieron en la pantalla como un conjuro. El registro de asesinatos rebasaba sus expectativas, pero el día apenas empezaba y él tenía todo el tiempo del mundo.

Más vale tenerlo.

Comenzó a leer los expedientes uno por uno. Algunos contaban con recortes de periódicos digitalizados y otros con notas de prensa escritas a lápiz, arrancadas de alguna libreta. Las causas que encontraba no distaban mucho entre sí, excepto por la época. Conforme avanzaba en las décadas, los métodos se hacían más sangrientos y menos sutiles.

Su taza de café disminuía, pero la pila de anotaciones crecía conforme leía los casos. No notó entrar a sus compañeros pasadas las diez de la mañana.

—¿Qué hay, Jones? —le había dicho Doyle—. ¿Tan mal estuvo tu fin de semana que madrugaste aquí?

—Ajá —contestó Paul, y siguió tecleando.

—¿Qué haces con tanto afán? —le preguntó Rick al acercársele—. ¿1985?

—Estoy buscando a nuestro asesino —respondió Paul. Revisaba el caso de un ahorcado en el parque. La víctima había sido encontrada por una niña, confundiendo el

vaivén del cuerpo con un columpio—. Quizá nuestra base de datos arroje algún antecedente.

—¿Llevas rato en eso? —sugirió Anthony, quien se sumaba a la novedad.

—No hay que dejar cabos sueltos —dijo Paul.

—¿Has atado alguno? —agregó Doyle, intentando leer lo que Paul estaba escribiendo.

—Noto que la mayoría de los acusados fueron llevados al sanatorio —observó Paul. Algunas causas fueron esquizofrenia, depresión, bipolaridad...

—Llegaste a parar a un pueblo de locos —dijo Rick.

Paul se llevó una mano a la sien. Vio el reloj y se lamentó de que la hora del almuerzo estuviese lejos. No había desayunado, pero parar ahora significaría alejarse de sus responsabilidades. Sabía que tenía que apurarse. En ese momento deseó tener ocho manos con ocho dedos cada una.

Terminó por reclinarsse en su asiento. Se dio cuenta de que sudaba.

—¿No creéis que es extraño? —preguntó al rato.

—¿Qué cosa, Jones? —dijo Doyle, levantando la vista de sus propios papeles.

—Estos casos... —Paul se mordió la lengua—. Los testimonios... Algunos juran que escuchaban voces ordenándoles que hicieran esas cosas.

—Dicen eso con la esperanza de que sean juzgados por demencia y así salvarse de la cárcel —explicó Doyle—. A nadie le gustaría pasar el resto de su vida detrás de unos barrotes en compañía de un jergón y una letrina. —Carraspeó—. Preferirían que les cayesen a palos en una plaza —Rio—. Y pienso que ese sería un sistema de justicia ideal.

—Quizá tengas razón. —Paul ya perdía la mirada en el ordenador nuevamente.

—¿Qué me dices de los perfiles de las víctimas? —lanzó Rick desde su escritorio—. ¿Algo que las conecte?

—Nada relevante—. Paul bajaba entre los archivos y se detuvo de súbito—. Espera...

—¿Qué pasa? —preguntó Rick.

Paul volvió a ojear. La corazonada y los datos podrían coincidir, aunque se tirara de los pelos.

—Parece que encontré un patrón... —dijo, sorprendido de la idea.

—¿En todos estos años? —Sus compañeros se acercaron, paseando sus miradas entre él y el monitor.

—En la década de los setenta, la cantidad de asesinatos vinculados al movimiento hippie fueron altas —explicó Paul—. Gente con tendencias al comunismo y vertientes de izquierda. —Cliqueó un par de veces—. En los ochenta, el patrón salta hacia los clientes de un conocido bar de rock and roll. *The Outdoors*.

—Lo recuerdo —dijo Anthony—. Lo clausuraron hace mucho, pero su fachada a lo Molino Rojo se me quedó grabada.

—En los noventa la balanza se inclina hacia minorías como homosexuales y negros —siguió Paul—. Miren. Las fechas de los crímenes son muy cercanas.

—Pero no puede ser, Jones —dijo Rick—. No se trata del mismo asesino. No puede serlo...

—Pero el móvil es el mismo... —susurró Doyle—. Creo que ya sé adónde quieres llegar.

—Ilústrame —masculló Rick.

—El odio —aclaró Doyle—. Son crímenes de odio.

Paul asintió antes de teclear los casos de la década.

—Las víctimas... —Rick abría más los ojos—. La mayoría eran borrachos, infieles y drogadictos...

—Alguien está tomando la justicia por su mano —dijo Paul—. El señor Delgado no se sale del perfil. Era un completo mujeriego adicto a las drogas.

—Y vaya que supo gozar todo lo que tenía —dijo Doyle—. De haber querido, se convertiría en un líder de cartel sin mucho esfuerzo.

—¿Es el mismo criminal? —preguntó Anthony—. Debe ser un anciano.

—No lo sé. —Paul tecleó e imprimió varios papeles—. Es hora de averiguarlo.

—¿Adónde vas? —preguntó Rick al verlo levantarse con prisa.

Paul se detuvo en el umbral y sonrió.

—Es un pueblo de locos, ¿no? —dijo—. Voy al nido.

Si el Lago de por sí le ponía los pelos de punta en ciertas ocasiones, aquella cúpula de cara al cielo se llevaba el segundo puesto del podio. La estructura gótica de grandes ventanales y verjas era kilométrica a primera vista. El edificio era blanquecino como un hueso, y a Paul le semejaba una tumba.

El sanatorio de Blue Lake quedaba en lo alto de una colina en las afueras del pueblo. Paul había conducido al menos una hora cuesta arriba entre curvas y eses. Al volante, repasaba mentalmente las notas que lo llevaban hasta allá.

Aquel sitio tenía al menos unos ochenta o noventa años. En sus inicios se trataba de una cantera en donde la mayoría de los presos cumplían trabajos forzados bajo tratamientos casi tan inhumanos como sus crímenes. Algunas organizaciones de derechos humanos intentaron cerrar el lugar, declarando que lo que allí ocurría no debía reflejar los valores de una sociedad civilizada.

Una curva cerrada obligó a Paul a desacelerar.

—¿Y el derecho a manejar con seguridad qué? —bromeó Paul, reprimiendo el impulso de mirar hacia el vacío.

Luego de varias disputas, recordó Paul, la cantera cerró y fue vendida a un multimillonario.

—¿Cómo se llamaba...? —Paul estuvo tentado a buscar los papeles que había impreso a sabiendas de lo que podía pasar si quitaba la vista del camino—. ¡Bah! En fin...

Aquel sujeto convirtió la cantera en un lugar para enfermos mentales. Incluso en Cheverdale se hablaba del lugar y muchos jueces lo consideraban su primera opción a la hora de sentenciar y recluir a locos y psicópatas. Algunos de los criminales más buscados de los últimos años terminaron encerrados entre aquellas paredes. Paul se preguntó si todavía estaban allí, y más que eso, deseó que así fuera, porque la lista que traía consigo podía determinar el rumbo de su investigación.

—¿En serio te comerás eso? —dijo en sus recuerdos. Estaba sentado junto a Logan alrededor de una pizza enorme.

—¡Por supuesto! —le había dicho su amigo—. Por eso estoy aquí. Mil dólares de premio si logro acabarla en una hora.

—¡Eso es una locura! —reprochó Paul.

—¡Pues que me encierren en el sanatorio de Blue Lake! —respondió Logan, ya con un pedazo en la boca.

La presencia de unas rejas negras entre dos pilares de mármol lo trajo de vuelta al presente. Dentro de su auto, olía la combustión del motor al detenerse; sabía que le había exigido demasiado a su viejo cacharro.

—Lo hiciste bien, nena —murmuró—. Eres la mejor.

De la caseta de seguridad salió un vigilante con el aspecto de un bulldog. Paul bajó la ventanilla y trató de sonreír.

—Lindo día, ¿eh? —dijo, mintiéndose a sí mismo. En aquella altura, el cielo estaba más que gris. Era un día horrendo, si le preguntaban.

—¿Motivo de su visita? —dijo el guardia, con una carpeta llena de nombres.

—Tengo una reunión con... —Removió las carpetas, buscando la información que necesitaba—. Daegor Smithy.

—¿Daegor Smithy? —preguntó el guardia, echándose para atrás.

El guardia levantó una ceja, y Paul supo que su petición era del todo rara. Por las apariencias, nadie solicitaba ver al director del sanatorio por aquellos días.

—Siga —dijo el guardia—. Conduzca con cuidado y siga el sendero. Buen día.

Paul asintió y esperó que las rejas se abrieran del todo. Su auto franqueó un jardín pálido y desprovisto de flora amigable. Podría pensar que los pájaros que se posaban en los esqueléticos árboles lo observaban como una cámara de seguridad, esperando a que causase problemas para encerrarlo también.

—Estás imaginando cosas —se dijo.

Para tranquilizarse, volvió a repasar el verdadero motivo de su visita. No había nada que temer, se dijo, pero mucho que ganar. Admitió que seguía un hilo difuso, una corazonada, y no escondió la gracia que le causó parecerse a Logan en ese momento.

Sólo se escuchaba el sonido de las llantas al detenerse cerca de la zona para visitantes. Algunos enfermeros levantaron la mirada, como buitres en espera de la carroña, y Paul pensó que la cárcel no podía ser peor que aquel ambiente. El silencio y el viento danzaban a su alrededor, hostigándolo.

Pensó que exageraba, pero no evitó sentir una punzada en el estómago al ver aquella construcción de cerca.

En primera apariencia parecía un templo griego, con una fachada rectangular que se extendía de izquierda a derecha con un trazo perfecto por parte de los arquitectos. Las columnas blanquecinas sostenían varios arcos de cara a los escalones que salían de cada pasillo como lenguas.

—¿Esas son...? —dijo al subir un poco más la mirada—. ¿Gárgolas?

Monstruos alados y de piedra cuidaban de las ventanas y de algunas aristas en los techos. Paul pensó en la clase de gustos que tendría el director Daegor Smithy, y cómo administraba su dinero para mantener aquella atmosfera pesada en su sanatorio. “Un trabajo de locos para locos”, se dijo Paul.

Del portón macizo salió un hombre vestido con una bata cerrada. El brillo de sus anteojos cegó a Paul por unos momentos hasta su encuentro.

—Bienvenido, oficial Jones. Lo esperaba —dijo al estrecharle la mano. Fue un fuerte apretón. Las arrugas del hombre parecían sonreír por debajo—. Un gusto tenerlo por aquí.

Paul se soltó. Aquel primer contacto le resultó espinoso.

—Lo mismo digo, director Smithy —dijo al reconocerlo. Una foto de él paseaba por los expedientes que traía debajo del brazo.

—Daegor —interrumpió el hombre—. Nada de formalidades. —Sus ojos azules centellearon por debajo de las gafas. Se paseó la mano por su cabello graso—. Venga. No se quede aquí parado a menos que quiera coger un resfriado.

Entraron. Los pasillos que siguieron cegaban en cierta medida a Paul por la extrema palidez sin alma que reflejaban. En algunos rincones escuchaba susurros y voces que se colaban entre las baldosas, al igual que el repiquetear de sus zapatos y el chirriar de las sillas de rueda. Las ventanas permitían el paso de la luz, agrandando las sombras de los caminantes y de los árboles al filtrarse.

—¿Le gusta el lugar? —preguntó Daegor—. Más de medio siglo en pie. Toda una proeza en estos tiempos. Los cimientos siguen intactos, y qué decir de nuestras habitaciones. ¡Oh, lo siento! Me dejé llevar. Le tengo mucho aprecio a estas paredes.

—No lo dudo —respondió Paul. Una camilla pasó a su lado. Cargaba un paciente atado hasta el cuello—. ¿Qué le harán?

—Ah —sonrió el director—. Tiene interés en nuestros métodos, ¿no? Nada del otro mundo, mi buen oficial. Unos leves pinchazos y lo dejaremos como nuevo.

—Ya lo creo. —Paul tragó grueso. Volvió a recordar el motivo que lo traía hasta allí. Si estaba en lo cierto, saldría ganando, se obligó a recitar en su mente.

Daegor abrió una puerta y reveló una ostentosa oficina con vista al jardín principal. El ventanal era enorme, con marcos curvos que le daban una apariencia de calavera. Una chimenea lanzaba destellos cálidos desde un rincón.

—Pase —invitó—. Está en su casa.

Paul recordó su cuchitril en los suburbios y deseó volver. La magnificencia de la sala lo abrumaba.

—Con gusto —dijo.

Paul entró y procedió a sentarse en un asiento de terciopelo; tuvo comezón al momento.

—¿Algo de beber, oficial? —ofreció Daegor desde un mini bar, sirviéndose ya un trago.

—Whisky estaría bien —dijo Paul.

El director le entregó un escocés que impregnó de tranquilidad sus sentidos.

—Se lo agradezco —dijo Paul, mirando aquel líquido ambarino—. Espero no quitarle mucho de su tiempo. —Paseó la mirada por la oficina tapizada de anaqueles y volúmenes gruesos. No pudo evitar pensar en las gárgolas de la fachada al encontrar el nombre de Poe en las cubiertas de algunos libros—. Sólo quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—Adelante, oficial Jones. —El director volvió a sonreír como una espada antes de sentarse en su escritorio—. Soy todo oídos.

Paul bebió de su escocés, pensando que mientras más rápido Smithy soltara la lengua, más rápido se iría de allí.

—Quiero conversar sobre algunos casos policiales en los últimos años. —De su gabardina le extendió unos expedientes—. Tengo entendido que algunos de los culpables fueron trasladados aquí, alegando demencia.

—Está usted en lo cierto, oficial. —El director ojeaba la carpeta, aparentemente muy interesado.

—Verá —continuó Paul—, parece una coincidencia, pero me llama la atención un hecho. —Bebió de su whisky—. Los afectados tenían tendencias discriminatorias en contra de sus víctimas. El informe psicológico cuenta que la mayoría escuchaba voces

que los incitaban a asesinar. Podría pasar por alto esto si no fuera una conducta que se repite muy a menudo.

Hubo un breve silencio mientras el director continuaba leyendo los expedientes. De vez en cuando dejaba entrever una leve sonrisa que a Paul no le pasaba por alto. Parecía, pensó, que disfrutase repasando aquellas cuestiones.

—Lo entiendo, oficial —dijo Daegor—. Estos hombres sufrieron muchos traumas durante sus vidas. El odio puede desencadenarse de la noche a la mañana, y más con esta rutina tan ajetreada que llevamos.

—Puede que sí —afirmó Paul—. Pero es un perfil que se repite demasiado para mi gusto; y para el ciudadano común.

Daegor bebió.

—¿No ha tenido ganas de asesinar a alguien? —preguntó—. ¿En el tráfico? ¿En el supermercado? ¿En el cajero automático? ¿En una fila?

—Creo que...

—Los deseos más oscuros del hombre despiertan ante la menor nimiedad— interrumpió Daegor—. No es sorprendente que el buen bombero un día decida incendiar su casa con sus hijos dentro. —Pausó—. O aquel distinguido oficial de policía que desenfunda su arma y la descarga en una multitud de la nada...

Siguió ojeando los expedientes con parsimonia. A lo lejos se escuchaba el podar del césped como un zumbido incesante. Paul aguardó, intentando pensar si el viaje valía la pena. Quizá las corazonadas no eran su fuerte.

—Llegué a conocerlos. En su gran mayoría —dijo Daegor.

—¿Mostraban alguna relación entre ellos? —preguntó Paul—. ¿Perteneían a algún culto o secta?

Daegor volvió a tomarse su tiempo para beber y contestar.

—Eran hombres simples —dijo—. Como usted y yo. La demencia no es contagiosa, mi buen oficial. No es un resfriado que se esparce.

—Ya le expliqué por teléfono que hay un loco suelto asesinando mujerigos y borrachos —dijo Paul—. Hay casos que muestran un *modus operandi* y un perfil de víctimas. ¡Este tipo está demente!

—Me temo que no puedo ayudarlo —dijo Daegor—. Son casos aislados, pero si logra capturar al sujeto, con gusto le haría un examen psicológico. —Apuró el trago—. Veo que se ahoga en sus propias conjeturas.

—Pero... —Algo subía por la garganta de Paul—. Debe haber algo que los relacione. Un catalizador. Un disparador. Todos esos tipos parecían seguir algún mandato externo que confundían con una voz desde el más allá. ¡Debo encontrarlo! Sé que no es parte del azar. Algo me lo dice.

—¿Quién le dice que no es el azar? ¿Una voz?

—¿Qué...?

Sin darse cuenta, Paul apretaba el vaso. Lo había agrietado.

—Cálmese —le indicó Daegor, levantándose al momento que le lanzaba una mirada funesta—. Me gustaría serle de utilidad, pero la mayoría de estos hombres no siguen con vida.

—¿Cómo dice?

—Sé que pretende interrogarlos —Daegor volvió a su asiento—. Muchos murieron con el pasar de los años. Algunos por falta de medicación, mientras que otros terminaron abriéndose las venas, si sabe a lo que me refiero. —Ladeó la cabeza y se

quitó las gafas. Los ojos azules eran truenos dentro de aquella habitación—. Cuánto lo siento, oficial.

—Están muertos... —Pregunta o afirmación. Ni el mismo Paul lo sabía. El caso se le escapaba de las manos junto a su corazonada.

—Debe entender —dijo Daegor—, que la mente es un misterio, y una que es capaz de quitarle la vida a otro ser humano lo es más.

—¿Qué tiene de complicado la crueldad de estos crímenes? —replicó Paul.

—¿Me enseñará de psicología, oficial? —Daegor, más allá de ofendido, mostró los dientes perlados en una mueca guasona—. ¿Por qué no lo averigua?

—¿Cómo? —Paul frunció el ceño.

—Dije que muchos están muertos, pero no todos —aclaró Smithy.

—Entonces... —Paul se rehusaba a mostrar esperanzas, por lo que le sostuvo la mirada al director.

El cuarto parecía hacerse más y más pequeño. Daegor fue hacia la salida.

—Sígame —dijo al detenerse en el umbral—. Ayúdeme a averiguar. Me gusta, oficial James Jones —agregó.

El ala trasera del sanatorio quedaba a varios minutos del edificio principal. Paul subió a un pequeño carro parecido a los que se usan en los campos de golf. Daegor conducía por una carretera manchada y desgastada.

—Es usted un caso —dijo Daegor—. ¿No se lo han dicho?

—¿Por qué? —preguntó Paul.

—No crea que es el único que se lo ha planteado —continuo Daegor sin apartar la mirada del camino—. Debo felicitarlo, pues veo que es avisado, y debo confesarle que tiene usted razón en ciertas cosas.

Paul seguía sin comprender. Sin habla, se limitó a asentir mientras que a su espalda el edificio principal se encogía en la distancia.

—No niego que haya alguna relación en estas conductas —continuo Daegor—. Por varios años las investigamos con el fin de hallar una lo suficientemente consistente. Lamentándolo mucho, no encontramos nada sustancioso. —Paul notó que su semblante se perdía en los recuerdos de aquellos días—. Probamos de todo: hipnosis, terapias y, en el peor de los casos, lobotomías.

—¿Seguro que no encontraron nada? ¿El origen de las voces?

—Un callejón sin salida —se resignó el doctor.

—¿Estaban locos de verdad?

El director afiló la sonrisa.

—Lo estaban —dijo—. No mentían. Tenían la cabeza hecha un desastre. Y eran conscientes de ello.

—Aceptaron su locura —dijo Paul.

—No sólo la aceptaron, sino que la abrazaron como parásitos dependientes del huésped. —Se detuvo frente al edificio trasero. Era una versión más pequeña y roída de la planta principal, con la diferencia de que estaba vigilada por al menos una docena de guardias con pistolas tranquilizantes. Incluso las gárgolas parecían que podrían disparar aquellos dardos de la nada—. Marionetas de sus propios deseos. ¿Sabe de dónde viene la palabra lunático?

—De cuentos antiguos —contestó Paul, siguiéndolo por una escalinata. Los guardias se envaraban a su paso—. La luna influenciaba a las personas a cometer actos “extraños”.

—Es usted muy letrado, oficial. La academia de policía le sentó bien.

—No lo aprendí en la academia —dijo Paul.

Quizá era la poca ventilación del lugar, o la creciente oscuridad, pero Paul tuvo la sensación de que respirar le estaba prohibido y de que algunos pensamientos querían metérsele en la cabeza sin su consentimiento.

Lunático.

Se preguntó dónde había aprendido aquello. De la nada, a su mente venían imágenes de estrellas, lunas y del Lago rodeándole. No estaba solo, le parecía; estaba acompañado por una figura difusa e irreconocible que le transmitía seguridad por medio de una melódica voz.

Ella nos controla. Él nos controla.

—¿Se siente bien? —Daegor se había detenido—. Podemos regresar otro día.

—¡No! —exclamó Paul, volviendo en sí. Volvía a respirar con normalidad—. No, quiero decir. Todo está bien. Hace mucho calor. ¿Qué me decía?

—Decía que algunos hablaban en sueños —dijo Daegor, reanudando el paso—. Mucho de lo que decían no correspondía con lo documentado en las terapias, revelando un síndrome de personalidad múltiple. Esto era muy peligroso, si me pregunta.

Ahora caminaban por unas barandillas iluminadas nada más que por focos en hileras en el techo de hormigón. Paul revisó su celular y comprobó que no tenía señal. Si hubiesen querido secuestrarlo, aquel era el sitio idóneo para hacerlo.

La paranoia del aislamiento aumentaba con cada paso. El metal gritaba en alguna gotera derramándose contra las rejas. Los murmullos y zumbidos subían en intensidad. La vigilancia y la luz externa habían desaparecido.

“Esta ala es una verdadera prisión”, pensó Paul.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—¿No lo adivina? —dijo Daegor—. Casos intratables que no deben salir a la luz pública; muy inestables para codearlos con otros pacientes y con el personal. Algunos son muy agresivos, oficial. Muchos de ellos esperan una lobotomía; su única salvación.

—La caja de pandora de Blue Lake —susurró Paul.

—Bonita analogía —afirmó Daegor—. Y es lo único bonito que tiene este sitio.

Paul estuvo de acuerdo con él. Nunca temió a los espacios cerrados, pero cada recoveco parecía insinuarle que no era bienvenido allí. Empezaba a extrañar a las gárgolas; al menos a ellas podría dispararles.

Continuaron hasta llegar a un pabellón lo suficientemente espacioso para caminar uno al lado del otro. Varias puertas desfilaban a sus costados; celdas hechas de hormigón. Olía a formol y a cañería. Una marejada de gases se colaba por las rendijas inferiores de las puertas. Se detuvieron frente a una celda apartada y Daegor sacó un manojo de llaves de su cinturón antes de introducir una en la cerradura múltiple. Uno a uno, los mecanismos gritaban, liberándose de la presión como si fueran una bóveda.

—Perseguimos lo mismo, James Jones —rió Daegor—. Quizás usted tenga mejor suerte.

Clic. Cerradura fuera, y la puerta fue cediendo hasta revelar un cuarto pequeño mal iluminado.

Paul esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. En una esquina, en posición fetal, se hallaba un hombre, o debería decir, pensó Paul, un intento de ser humano.

Parecía un muñeco despojado de cualquier atisbo de vitalidad o expresión. Tan sólo eran visibles unos ojos redondos y negros. Temblaba; era una gelatina. Paul comprobó al momento que el temblor era ocasionado por lo gélido de la celda.

Daegor cerró la puerta, haciendo que Paul se sintiese como un prisionero más.

La respiración del recluso era acompasada y pesada, como si se tratase de un oso en hibernación. Pero estaba muy despierto, con aquellos ojos de tuerca sobre sus visitantes.

—¿Cómo estás, Víctor? —saludó Daegor, casi en una reverencia—. Llevaba tiempo sin pasar por aquí.

La mirada de Víctor no pareció inmutarse. Sin embargo, un leve escalofrío indicó que escuchaba con claridad la voz del director.

—¿Es Víctor Grand? —preguntó Paul sin saber si le estaba permitido hablar.

Aquel nombre estaba en su lista de asesinos. Víctor Grand, recordaba, había matado a más de veinte negros en la pasada década. Sus crímenes pasaron muy por debajo de los medios de comunicación; nadie quería un escándalo racial en Blue Lake. Paul sabía de la crueldad con la que sus víctimas dejaron este mundo. Los actos de aquel hombre eran despiadados y fuera de toda moralidad. Los cadáveres fueron encontrados en posiciones no gratas para el ojo humano, y los que tuvieron suerte fueron ahogados en el Lago.

—¿Tienes tiempo para unas preguntas, Víctor? —dijo Daegor, sentándose en la cama a su lado.

Víctor miró a Daegor y luego a Paul, y sonrió como una navaja. Paul pensó que todos en aquel sanatorio tenían la costumbre de sonreír como cuchillos.

—¿En qué puedo ayudarte, doctor? —dijo Víctor.

Era la voz de una serpiente. A Paul no le hubiese sorprendido que sacase una lengua bífida de la nada y empezara a arrastrarse sobre su vientre.

—El oficial Jones —dijo Daegor, señalando a Paul— quiere hablar contigo.

—¿Oficial? —graznó Víctor—. ¿Policía?

—Parte de la rutina —calmó Daegor—. No tienes por qué asustarte.

—No me asusta —dijo Víctor—. Dígale que se acerque... Sí. Ya lo veo. Viene por mí.

Paul sacó la libreta.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó. Aquello era una tontería. Quizá romper el hielo no era su fuerte, pensó.

Víctor miró a Daegor, buscando la aprobación que obtuvo con un ademán que no pasó desapercibido por Paul.

—Estoy aquí por seguir órdenes —dijo Víctor, como si nada.

—¿Trabajaba para alguien más? —continuó Paul—. ¿Puede describirlo...?

—Sí. —Se llevó el dedo índice a su cabeza—. Para él.

Paul guardó silencio. El olor a formol comenzaba a marearlo y la imagen huesuda de Víctor no ayudaba a mantenerlo con los pies en la tierra.

—¿Recuerda algo de aquellos años? —preguntó Paul, intentando una nueva ruta.

Le pareció escuchar una risa escondida tras un sollozo. No podía identificarla más allá de la mirada.

—Los recuerdo a todos —dijo Víctor, monocorde—. Sus caras, sus vidas... Incluso cómo olían. Aún escucho sus gritos antes de morir, sus ruegos por seguir viviendo, por no querer un cuchillo en la oscuridad...

—¿Por qué lo hizo? ¿Cuáles eran sus motivos?

—Mandato y obediencia.

—¿Sus jefes? ¿La mafia? Sea más claro, por favor.

—Ellas.

—¿Quiénes? ¿Hay mujeres involucradas? ¿Sacerdotisas?

—Ellas.

—Dígame sus nombres. —Paul aguardaba mientras apretaba su bolígrafo contra la libreta.

—Ellas. Ellas. Ellas. Ellas. Ellas...

Víctor movía la cabeza de un lado a otro, como si intentara liberarse de algo; de algo que lo perseguía y lo ataba a aquel rincón.

—Ellas. Ellas. Ellas. Ellas —seguía repitiendo, sin control.

Paul pensó que se refería a las voces. Sintió lástima; quizás el tipo continuaba escuchándolas.

—Calma, Víctor —intervino Daegor. Posó su mano sobre la frente del paciente—. Calma.

Paul guardó silencio, y por primera vez se preguntó qué obtendría de un loco.

—Los odiaba —continuó Víctor luego de un largo jadeo—. No soportaba verlos por las calles ensuciando mi ciudad y robándome el oxígeno. Debían estar en jaulas, sirviéndome un trago, entreteniéndome en la tele jugando al baloncesto. —Sus palabras se perdieron entre temblores y balbuceos—. El mundo es un lugar mejor, ¿no lo cree?

Un lugar mejor.

—Sigue siendo una mierda —dijo Paul, como si disfrutara quitándole la ilusión al desgraciado.

Y lo hizo. Por primera vez desde que entró en la celda, notó la tristeza remanente en los ojos de Víctor Grand.

—Si la tarea no está completa, ellas vendrán —dijo. Ahora sus temblores no eran por frío. Se leía el miedo. Sus ojos volaban de izquierda a derecha, temiendo que algo cayera sobre él, aplastándolo hasta matarlo.

—Nadie vendrá —dijo Daegor—. Estás seguro aquí, Víctor. Yo te protegeré. Siempre lo hago.

—No podrá hacerlo. Nunca ha podido —repitió Víctor—. Si el trabajo no se completa... —Señaló a Paul. Y sus miradas se encontraron. Las pupilas se dilataron, expandiéndose como un lago. Como el Lago de Blue Lake. Víctor parecía procesar el descubrimiento de un fantasma del pasado dispuesto a cercenarle el cuello—. Él.

El gesto tomó por sorpresa a Paul. Debajo de su gabardina sudaba a borbotones a pesar del frío.

—¿Qué pasa? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—¿Vienes por mí, Rivera? —lanzó de la nada Víctor—. ¿No te gusta cómo lo hice, Michael Rivera? ¿Tienes alguna propuesta?

Paul sintió un puñetazo en la cara. Quiso moverse, pero su cuerpo no respondía, apagado ante aquella mención. El brazo del preso continuaba señalándolo, y podía ver como aquellas uñas sucias se reían de él, jalándolo, tironeándolo, abofeteándolo,

forzándolo a entrar por puertas que mantenía cerradas desde hacía mucho tiempo. La caja del pasado parecía destrozarse una vez más, y ahora no podía evitarlo.

Se obligó a mantenerse sereno, respirando a pesar de las piedras que ahora sentía en sus pulmones. El frío había desaparecido; ahora el calor lo abrasaba sin compasión.

—¿Vienes por mí, Michael Rivera? —escuchó de nuevo, pero ya Paul estaba ausente, fuera de aquella celda, fuera del manicomio y fuera de sí mismo.

Buscó en donde asirse, pero no encontró nada más que aire. Su corazón parecía detenerse con el pasar de los segundos, mientras que su cabeza insistía con despegarse del cuello.

—No me mates, Michael —dijo Víctor—. No me mates, Michael.

—¿Cómo sabe...? —Las palabras se negaban a salir de la boca de Paul—. ¿Cómo lo conoce...?

—¿Eres tú? —preguntó Víctor, pausado—. Sí... Eres tú. Jamás podría olvidarte.

Venimos por él.

Aquello era una cantinela que llevó a Paul Rivera hacia las sombras.

CAPÍTULO 11

—¿Oficial? —La voz de Daegor era parte de la distancia—. ¿Se siente bien? ¿Puede escucharme?

La infernal lucecita quemaba sus entrañas. Paul abrió los ojos y se encontró a sí mismo en un sillón en medio de una habitación llena de anaqueles.

La oficina de Daegor Smithy, pensó al ver la chimenea que crepitaba a latigazos.

Y al poner en funcionamiento su mente, sintió como otro puñetazo iba dirigido hacia el interior de su cabeza. De un manotón, apartó la linterna que apuntaba a sus pupilas y se sentó. El mundo le dio vueltas y se aferró al brazo de Daegor con la esperanza de no caer en aquel abismo. La boca de su estómago se contraía en tantos dolores que Paul pensó que ya eran parte de él.

Podía sentir la mirada de Daegor Smithy, quien estaba acompañado de un par de paramédicos. Parecían espectros, razonó Paul entre lagunas.

—Tome esto. — Daegor le tendió un pequeño vaso con agua y un par de pastillas—. Hará que se sienta mejor. Tuvo suerte de no golpearse al caer.

Paul no contestó. Se tragó las pastillas de un solo golpe y volvió a recostarse. Sentía que su pecho se desinflaba por un dolor que abarcaba desde su tórax hasta sus articulaciones. Tenía la lengua seca y la garganta era un nicho de burbujas y una próxima infección; por exagerar.

—¿Me desmayé? —carraspeó. Sintió como la tráquea se le desgarraba.

Daegor asintió. Dio una orden y los paramédicos los dejaron solos. Desde sus adentros, Paul agradeció aquello. No le apetecía pasar una noche en alguna clínica, o peor: en la enfermería del sanatorio.

Ya había oscurecido demasiado, y Paul entendió que había dormido durante todo el día.

No puedes quejarte de la siesta.

Por un momento, tuvo la sensación de que el sillón en donde estaba no podría sostenerlo. Cerró los ojos, aferrándose con toda su consciencia al lugar presente. La caja de su pasado estaba abierta y ahora correteaba por los pasillos de su alma, sin freno.

—Eso no salió como esperaba, oficial —dijo Daegor, volviendo con un trago—. Vaya sorpresa.

—¿Qué esperaba usted? —dijo Paul.

—Ningún avance. —La sonrisa de Daegor volvía a aparecer—. Un nuevo elemento en este limbo del que usted es responsable. ¡Bravo!

—Las cosas por su nombre, maldición —gruñó Paul—. Me desmayé en medio de un interrogatorio. Menudo éxito.

Ahora era Daegor quien se regodeaba en su asiento. Parecía saber algo que Paul ignoraba, y aquello le estaba agobiando a niveles que ni él mismo conocía.

—En todos los años que Víctor lleva aquí, nunca le había escuchado comentar algo sobre algún Michael Rivera —dijo sin más preámbulos—. Me lleva a pensar muchas cosas. Quizá, efectivamente, estaba bajo las órdenes de una secta, y ese tal Rivera era su líder. Dese cuenta, oficial. Esto podría confirmar su teoría y reabrir un sin número de investigaciones sin resolver. Un culto en Blue Lake... ¿Qué piensa usted?

—¡Tonterías! —gritó Paul, sin pensar—. ¡Eso no es posible! No hay nada de eso aquí... No puede ser...

—¿Ah no? —Ahora era Daegor quien se mostraba sorprendido. Dejó su trago de lado y entrelazó sus dedos como las patas de una araña—. Usted es el que trajo la idea a colación y ahora la descarta. —Chascó la lengua—. Creo que debe pensarlo mejor y con claridad. Está desvariando. ¿Puede conducir hasta casa? Le llamaré un taxi si así lo prefiere.

Paul apretaba los puños. No podía soportar seguir escuchando aquellas cosas. Aquel sitio lo estaba volviendo loco, y lo que acaba de escuchar de boca de Víctor Grand era la prueba de ello.

Hizo su mejor esfuerzo por levantarse a pesar de que sus músculos no reaccionasen como él quería.

—No debe... —Daegor se había echado para atrás, y por primera vez no sonreía.

—Estoy bien —interrumpió Paul—. Sólo quiero irme de aquí. Ha sido un mal día.

—Oficial. ¿Por qué mejor no...?

—Conozco la salida, señor Smithy.

Todo terminó en un parco apretón de manos y Paul salió de la oficina.

En vano intentaba darle sentido a todo. Era imposible que Víctor Grand dijera aquellas cosas. Habría esperado un nombre, alguna pista sobre los asesinatos; incluso habría aceptado alguna teoría sobrenatural, pero...

Siguió caminando. El portón se mostró ante él y salió. Sobre su nuca sintió el peso de una mirada, y al darse la vuelta, se encontró con los ojos azules de Daegor.

Subió a su vehículo. Ajustó el retrovisor no una, sino tres veces; estaba igual a como lo había dejado. Sentía picazón en sus manos, en sus pies, en sus piernas, en todo su cuerpo.

Aceleró a fondo y se alejó del sanatorio.

Mientras manejaba, maldecía sus propias lágrimas. Con el escozor de la frustración, la mucosidad se le acumulaba en sus fosas nasales, clamando espacios y exigiendo salir.

Todo en su interior se revolvía. Sus recuerdos ya no tenían los grilletes que él había forjado con los años. Y aunque temía que aquel nombre apareciese en su regreso a Blue Lake, jamás pensó que lo haría de la boca de un asesino despiadado. Sencillamente, para él, el buen Paul Rivera, no tenía sentido la sola mención de su padre.

Paró el coche en una calzada fuera del camino. Se bajó y, sin contenerse, gritó.

Era el grito del mismísimo diablo.

Déjalo salir. Estoy contigo.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Carly al otro lado del teléfono—. ¿Ya terminaste de jugar a los detectives? ¿Ya te cansaste?

Paul apretó los dientes. La caseta telefónica se encogía.

—Hoy sufrí un desmayo —dijo, haciendo caso omiso al comentario de su esposa—. Quería escuchar tu voz. Quizá así me sienta un poco mejor, cielo.

—¿Cuándo regresarás? —En el juego de las omisiones, su esposa era una experta, a fatalidad de Paul.

Es todo lo que te importa, ¿eh?

—No lo sé —dijo Paul—. Estoy detrás de algo... No quiero que se me escape.

Un bufido provino del auricular.

—¿Puedo hablar con Harley? —dijo Paul. Una gota de desespero lamía sus labios.

—No. —Una estocada era menos dolorosa—. Adiós, Paul. No esperaré toda la vida.

Colgó, pero Paul no colgaba; quedó escuchando aquel largo pitido.
¿Qué sentido tiene?

Volvió hasta su auto y condujo hacia a su apartamento. La noche era cerrada, sólo desgarrada por los faroles en las aceras. Por momentos veía el Lago remontarse encima de las colinas a la luz de la luna, y aquello le daba deseos de ir a darse un chapuzón, de remojarse los pies, de lavarse la cara y dejar de lado aquel pésimo día que había tenido. Al menos así, con sus recuerdos danzando por todos los rincones de su mente, la nostalgia le ayudaría a soportarse.

Y de la nada comenzó a desear que lo engulleran las aguas, que lo arrastrasen hasta el fondo hasta enredarse con las algas y no salir nunca más; ahogarse. Porque respirar en este mundo ya se tornaba doloroso y solitario.

Ahora Paul amagaba con aquella posibilidad. Nadie lo esperaba en aquel apartamento de los suburbios. En el trabajo sería un asiento vacío; algunas investigaciones y luego al olvido, tal como pasó con Logan. Y en su hogar nadie lo echaba de menos. ¿Para qué continuar en un martirio que no le había dado nada bueno?

“Blue Lake sólo regala soledad”, pensó. Desde su niñez hasta siempre, como aquel día que su padre lo abandonó.

Apretó el volante. Quería arrancarlo del auto.

Las coincidencias no existen.

“Tengo que salir de este pueblo”, siguió pensando. “Puedo girar hacia la derecha, agarrar los caminos verdes y perderme en la noche de vuelta junto a mi familia”.

Todavía no puedes irte. Hay cosas por resolver. Niégalo todo lo que quieras, pero te sientes más vivo desde que estás aquí.

Encendió la radio, pero las estaciones sólo decían un nombre: Michael Rivera.

—Papá...

Se tumbó en el colchón de la sala, clavándose un resorte. Su vista se posó en una polilla que continuamente intentaba acercarse a la luz; se hacía daño, pero arremetía de nuevo. “Los insectos son estúpidos por caer en la seducción de la luz”, pensó.

Pero junto al movimiento incesante del insecto vino la niebla que cubrió el sueño de Paul, y con ella, los edificios de Blue Lake cobraron forma. Las colinas dieron paso a las calles, y las calles dieron paso a los árboles; todos señalando el muelle y el Lago.

Paul camina, indeciso.

La polilla revolotea a su alrededor, dividiéndose en miles de polillas que empujan a Paul hacia el muelle.

Paul se arrastra junto a los insectos hasta que lo depositan en las orillas del Lago. Piensa que sus aguas están a punto de juzgarlo por sus pecados.

Pero él es un hombre íntegro, grita su consciencia. No hay mancha que mancille su honor ni su placa. Él es justicia.

Las polillas forman un cuerpo ensangrentado. El rostro de Delgado aparece fantasmal e incorpóreo; un muerto rodeado nada más que por la maloliente arcilla del fondeadero.

Y allí está Michael Rivera, sosteniendo un cuchillo, riéndose con aquella mueca que Paul recordaba de él. Paul intenta comprobar que Michael Rivera es real.

Lo es; más de lo que se imagina.

Y ahora el mundo es imagen y semejanza de Michael Rivera. El nombre empieza a retumbar en cada bastión de su memoria, derrumbando barbacanas y estatuas.

Ya no puede negar que Michael Rivera ha vuelto y ríe junto a Paul, mostrándole su obra maestra: el cuerpo de Delgado mutilado.

Su rostro canta por el buen trabajo que ha hecho y Paul no puede hacer más que gritar.

Su padre se acerca. Sus pasos son zancadas hechas de bruma, y al menor parpadear, Paul nota que ya no es él; se ha transformado.

Ahora es un desconocido el que camina, paseando el cuchillo entre sus manos con una facilidad de acróbata. Paul baja la mirada y ve las huellas que dejan los zapatos de aquel individuo.

“Calzado para correr”, es lo que piensa antes de sentir el cuchillo hundirse en su carne.

CAPÍTULO 12

—Deberíamos planear otra pesca —sugirió Rick a la hora del almuerzo—. Una más grande.

—No es mala idea —dijo Doyle, fumando—. Estamos hasta la coronilla de perseguir fantasmas y sombras.

—¡Así se habla, marineros! —engatusaba Anthony con aquel acento de altamar—. ¡Leven anclas!

—Comprende que navegamos en un Lago —dijo Rick—. Nada de abordajes ni piratas.

—Podemos abordar otras cosas —dijo Doyle—. Algo pesado que nos permita costearnos un viaje a las Bahamas.

—Esa idea me gusta más —dijo Anthony—. ¿Cuándo?

Paul seguía concentrado en su puré de patatas.

—¿Qué dices, Jones? —dijo Rick.

—No volveremos a lanzarte al Lago —rio Anthony—. Palabra de policía.

—A James Jones le sobra el honor para meterse en esas cosas —masculló Doyle.

Pero Paul no contestaba.

—No tienes que fingir que esas patatas están buenas —dijo Anthony—. Sabemos que no eres un soplón. Es cierto, ¿verdad...?

—¿Qué...? —Paul los miraba confundido—. Sí. Están buenas. ¿Queréis un poco?

—No te hagas el sordo —dijo Doyle—. Pesca. Fin de semana. Pero no iremos por pescados ni calamares. Tú sabes a qué nos referimos. Buen material.

—¿Vosotros...? —Paul entornó los ojos—. ¿Material? —Paseó la mirada por toda la mesa, escrutando los rostros de sus compañeros como si los viera por primera vez—. No me digas que... —Se rehusó a completar la idea y lamentó ser tan estúpido como para no darse cuenta.

—¿Te sorprende? —dijo Rick—. ¿Cómo crees que Anthony compró su bote?

—Pero... —Paul no sabía qué decir—. ¡¿Estáis locos...?!

—¡Tranquilo! —dijo Anthony, instándole a que bajase la voz—. Sólo es narcotráfico de poca monta. Los clientes correctos y nada de violencia con las mafias. Pescamos un cargamento, confiscamos algo y nos hacemos los ciegos.

—¿El jefe lo sabe...? —preguntó Paul, casi en un susurro.

—Obvio —respondió Doyle, con una risilla—. Parte de los ingresos que mantienen la estación vienen de las redadas.

—Pensamos que como un verdadero iniciado, deberías venir —insistió Rick, muy amigable para su gusto—. ¡Sin presión!

Y aquello era demasiada presión, pensó Paul. Rechazarlos podría ocasionar rencillas entre ellos, y según su experiencia, cuando había drogas de por medio alguien terminaba con una bala en la cabeza como garantía de silencio.

—Claro —dijo Paul, queriendo zafarse—. Adelantaré trabajo, entonces. El jefe está sobre nuestras cabezas con el caso de Delgado.

—Sin sospechosos, no hay mucho que adelantar —sopesó Anthony.

—Hay una secta detrás de todo esto —aseguró Paul—. No sabemos cuándo atacarán de nuevo. Tenemos que prepararnos.

—Calma, campeón —dijo Rick—. Tu teoría de la secta es sólo eso: una teoría.

—Vamos, Jones —dijo Doyle—. Deja de pensar en eso y relájate un poco.

—Ojalá pudiera —dijo Paul al levantarse—. Venga, que perdemos el tiempo.

Se encaminó hacia la oficina, sin más.

—Pienso que deberíamos amarrarlo a un mástil —dijo Anthony, ladeando la cabeza.

Pero Paul ya había entrado a la oficina. Las noches en vela le restaban fuerzas, y lo comprobó al dejarse caer tras su escritorio. El ordenador seguía encendido.

No había avances, y aunque lamentara admitirlo, daba vueltas como si estuviese atrapado en un laberinto, y más allá de aquel laberinto, lo carcomía la indiferencia que crecía dentro de él con respecto al caso.

¿Ya no te interesa?

Intentaba no sumergirse en la pila de expedientes de su escritorio. Temía encontrar el nombre de su padre en alguno de ellos, relacionándose directamente con los casos que venía investigando.

Para su fortuna, no encontraba nada por el momento. Agradecía que continuase siendo un ánima salida de la tumba, dispuesta a atormentarlo en sus pesadillas desde los recuerdos. Mejor era que quedara enterrada y olvidada como él había previsto. No tenía que regresar. Paul había extirpado aquel nombre de su memoria, de su vida y de sus aspiraciones.

Pero allí está. No mientas.

Y aun así, esperaba alguna pista de él, admitió. Aguardaba que saltara a la luz del monitor, como una revelación divina.

Un zumbido lo sacó de su ensimismamiento. Su móvil vibraba sobre su escritorio.

—¿María? —dijo al ver la pantalla—. ¿Qué será? —Atendió.

—¿Paul...? —María no tenía casi voz—. ¿Eres tú...?

—¿Qué pasa, María? —Algo no andaba bien, percibió. De fondo escuchaba gritos y alboroto.

—Es Logan —sollozó María—. Tienes que venir... Ahora... Él...

—¡No lo digas! —interrumpió Paul, dando un brinco—. Voy para allá.

Colgó. Se tomó unos segundos para recobrar el ritmo de su respiración y de nuevo el calor lo invadía debajo de su gabardina. Unos terribles escalofríos se apoderaron de él desde las plantas de los pies.

Todo está bien, Paul.

Salió a toda velocidad de la oficina.

—¿Adónde vas? —preguntó Rick al toparse con él.

—¡Cúbreme! —dijo Paul, y se perdió de la estación.

El camino hacia su coche se le hizo eterno. Por cada paso que daba, sentía que se alejaba de su destino. El hospital quedaba a horas de Blue Lake; por primera vez en mucho tiempo rezó.

—Por favor, por favor —repetía mientras introducía la llave y daba la vuelta. El rugido del coche no mitigó sus miedos.

Aceleró sin siquiera ajustar los retrovisores. Algunos coches se cruzaron en su camino, por lo que levantó un par de maldiciones antes de agarrar la carretera.

La vía principal estaba libre y el pedal se hundió hasta el fondo a medida que el motor daba más de sí. Paul se negaba a parpadear y parecía que no respiraba, tenso, con los músculos cuarteándole desde el corazón. Los semáforos eran invisibles para él, y por momentos deseó tener consigo una sirena; al menos así evitaría alguna multa en el camino.

—Ni se te ocurra, Logan —dijo al chirriar sus dientes. Adelantó un camión en la autopista. Bocinazos iban y venían, como si fueran su propia voz dentro de la urgencia—. Resiste. No me hagas esto...

El tiempo perdió sentido; sólo el rayado del asfalto lo ubicaba. Ya dejaba atrás las colinas de Blue Lake y se adentraba en la azarosa ciudad de Cheverdale.

La intercepción tenía buena afluencia, por lo que no tardó tanto en el peaje. Un movimiento de su placa y ya estaba de nuevo en camino. El aire parecía un anciano. ¿Por cuánto se había ido?, se preguntó. Unas semanas, no más, pero todo parecía más yermo, como si hubiese cruzado una puerta hacia el futuro; un futuro que no lucía prometedor ni alegre.

Tomó la ruta hacia el hospital cuando el sol ya le guiaba cerca del ocaso. Eran las cuatro de la tarde, vio en su reloj, quien se encargó de presionarlo una vez más.

—Ya falta poco, Logan —susurró, girando el volante—. Espérame... Saldremos de esta, amigo. Tenlo por seguro.

Dio un frenazo en la puerta principal del hospital. No se preocupó en identificarse con el guardia y salió del vehículo, dejando las llaves puestas. El motor seguía andando.

A toda carrera, las personas eran como flashes, y aquellas voces que lo llamaban, gemían en algún idioma desconocido.

—Logan Clarks —dijo a la recepcionista, sin más. Apoyó sus manos en el mostrador, con la exigencia de un león—. Necesito ver a Logan Clarks de inmediato.

—¿Es familiar? —preguntó la recepcionista—. Necesito que llene este formu...

—¡Me importa una mierda el formulario! —gritó Paul, echándola a un lado—. ¿Dónde está Logan Clarks? —Mostró su placa—. ¡Es un asunto de vida o muerte, así que haga su maldito trabajo! ¡Dese prisa!

—¡Paul! —se unió una voz femenina.

Era María. Y al verla, sus miedos se avivaron como un fogón. La esposa de su mejor amigo lloraba, o había estado llorando; no lo sabía. Su maquillaje estaba corrido y su cabello no cabía en sí mismo.

Paul se acercó a ella con un nudo en la garganta, atado casi de manos y pies. Se obligó a abrazarla porque temía que aquel acto confirmarse lo inevitable; y al hacerlo, la mujer se rompió en sus brazos como una pista de hielo en medio de la primavera. Casi podía escuchar resquebrajarse los pedazos de su alma reflejados en aquella mirada vidriosa, pálida y opaca.

Y se separaron, creando un abismo entre ellos.

—María... —Paul no podía hablar. Tenía la garganta seca—. Por favor, dime dónde está Logan...

La respuesta no llegó. Sólo un silencio de muerte.

—Llévame hasta él —dijo Logan—. Quiero verlo.

María lo condujo por pasillos irreconocibles, perdidos en el espacio. Dentro del ascensor, el vacío en el estómago de Logan se acrecentaba. No sabía si subía o bajaba, y su vista se nublaba por momentos.

—Vine tan rápido como pude, María... —dijo Paul, y aquello sonaba como una disculpa sin razón—. No perdí el tiempo.

Ahora, en el corredor de emergencias, los médicos y enfermeras parecían fantasmas con aquellas batas blancas, como emisarios de dios o el demonio. Paul leía en sus caras el peso de muchas vidas a cuestas, o de las otras tantas que lograban retener en este mundo.

—Entra... —dijo María ante una puerta—. Está adentro.

—¿No vendrás conmigo? —preguntó Paul, casi como un llamado de ayuda—. ¿Dónde está Kate?

El silencio volvía a ser la respuesta.

—De acuerdo —dijo Paul, resignado—. Iré.

El pomo estaba tan helado como un témpano. Lo giró y entró. La brisa del crepúsculo penetraba la habitación; un pequeño cubículo aislado de todo.

La cama de Logan estaba cerca de la ventana. Su cuerpo no tenía tubos ni respiradores, y por un momento Paul tuvo la esperanza de encontrarlo riéndose y dispuesto a recitarle un mal chiste.

—No te librarás de mí tan fácilmente —dijo Logan—. A ver, cambia esa cara de monigote que te gastas.

—¿De qué hablas? —respondió Paul—. Deja de hacerte el enfermo y levántate de esa cama.

—¡Ni hablar! ¡Aquí me tratan como un rey y puedo tener toda la anestesia que quiera!

—No es justo —bufó Paul, mirando hacia los lados.

La imaginación de Paul podía ser tan cruel, si se lo proponía. Aquellas imágenes desaparecieron con la misma rapidez con que se presentaron. Las cortinas se agitaban funestas.

Paul se acercó, imantado hacia el suelo, como si hubiese perdido la capacidad de andar por su propia cuenta.

Paul y Logan; dos caras de la misma moneda: la vida y la muerte.

Por un lado, el rostro de Paul emitía el fulgor de una persona en sus años mozos, rebosante de una vitalidad adquirida por el constante trabajo físico. Estaba vivo.

En cambio, el rostro de Logan parecía un saco de carne al cual le habían robado su contenido sin compasión. Sus ojos permanecían ajenos al mundo, en la oscuridad permanente más allá de algún umbral. Estaba muerto.

Paul lo miraba, consciente de aquella idea, paralizado ante su cadáver. Y aunque había visto muchos a lo largo de su carrera, algunos en las peores condiciones, ninguno se parecía a Logan, su amigo.

Ahora Logan se unía a las estadísticas por asesinato. Era un número más que se contabilizaría en la tasa de mortalidad al final del año. Un grano de arena en la espiral de violencia que invadía el mundo.

Paul tomó su mano. Estaba congelada, pero aun así no dejó de tener la esperanza de encontrar un tenue palpitar, algún error de los médicos, alguna broma que llegaba muy lejos y que justificase las lágrimas que ahora brotaban de sus ojos como la niebla que rodeaba a Blue Lake todas las noches.

Está muerto. Y tú eres el culpable. Lo mataste. No terminaste lo que empezó. Lo deshonraste y aquí tienes la prueba. Mirala bien.

Lo soltó en contra su voluntad al experimentar un dolor agudo en su cabeza. Sin más, salió de allí y se encontró con una María tan desdichada como él. Aquella mujer, pensó Paul, había perdido la voluntad de continuar existiendo, y quizá muy pronto tomaría la decisión de acompañar a su esposo.

No dijeron nada. Paul continuó sin rumbo, bajó las escaleras, cruzó pasillos y pasillos; siempre con la mirada al frente, con los ojos enrojecidos fuera de las órbitas,

con un infierno en la garganta y en el corazón. Continuamente se llevaba la mano hacia el arma para comprobar si estaba cargada.

En las afueras se dio cuenta de que ya era de noche, y por Urgencias ingresaba un tiroteado que dejaba un rastro de sangre por la camilla. El rostro de Logan parecía formarse en aquellos charcos.

No sobrevivirá. Como Logan.

—Paul —dijo una voz femenina a su lado.

Alzó la vista y esperó encontrarse con María, pero estaba lejos de aquella realidad.

—Carly... —siseó Paul, sin sentir tierra debajo de sus pies—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—María me llamó —dijo Carly—. Supuse que vendrías cuanto antes... —Arrugó los labios—. Lo siento, cariño... De verdad lo siento.

El policía, que ahora sentía asco llamándose a sí mismo de aquella forma, le esquivó la mirada.

Nunca le importó. Que no pretenda aparecerse con esa cara de cordero.

—Se acabó —dijo su esposa—. Hiciste lo que pudiste. —Se mordió la lengua—. Vuelve a casa, ¿sí? Necesitas descansar. Harley y yo te extrañamos.

Mentira.

—¿Por qué insistes en esto? —dijo Carly al ver que Paul no contestaba—. ¿Por qué continúas? Ya no hay nada que pensar. Logan está muerto.

—Era mi amigo —dijo Paul—. Le fallé. Le fallé a su familia...

—Hiciste más de lo que cualquiera habría hecho, Paul. Es hora de que regreses a casa.

¿A casa?

—No —tajó Paul—. No lo haré...

—Trato de ayudarte a superar esto —dijo Carly—. Fue una locura desde el principio. Lo sabes. No podías hacer nada.

—¿Ayudarme, dices? —Una sonrisa torva apareció en el rostro de Paul—. Ese barco zarpó, Carly.

Se vio a sí mismo como un verdugo. Su esposa le había dado la espalda, pensó, y para él estuvo claro que ella no soportaría las penurias que cargaba desde hacía semanas. No era ella quien día tras día seguía la pista de un fantasma, ni mucho menos soportaba el peso de la pérdida de su mejor amigo. Ella no cenaba fideos fríos en la oscuridad de un apartamento desolado en los suburbios; no. Ella tenía todos los lujos aquí en Cheverdale, los cuales había obtenido por las largas noches en las que Paul se jugaba la vida como policía con el riesgo de terminar en la morgue. Todo lo que tenía se lo debía a él: sus lujos, su buena vida, e incluso su hija Harley.

Su esposa, pensó Paul, era una egoísta de primera categoría. Dudó sobre si acertó en haberse casado con ella. Había más candidatas, sin duda, recordó, y no encontraba razón por la que seguir defendiendo su matrimonio.

Si le falló a Logan, su esposa le fallaba a él. Ojo por ojo, diente por diente, masculló para sí.

Y ahora, menos que menos, no era ella quien soñaba con Michael Rivera hasta el punto de sentir su respiración sobre la nuca. No conocía el significado de la soledad, del abandono, de la deriva. No sabía lo que era estar roto. Y Paul se sentía así.

Comprendió, casi con gracia, que ella no pertenecía a su mundo.

Paul percibió una llamada distante, como un susurro traído por el viento. El vaivén de unas olas le vino a la cabeza en forma de cánticos. Aquello lo conmovió, y supo que Blue Lake lo llamaba.

—Cuida bien de Harley —dijo Paul.

Paul seguía de pie al filo del muelle mientras se maravillaba con las dimensiones infinitas del Lago de Blue Lake. Esperaba que le hablase. Casi lo deseaba.

Tenía el arma cargada en la mano. Sentía su peso y, sobre todo, su poder.

Hazla soplar.

Apuntó hacia el Lago.

Fogonazo.

Los cuervos clamaban por más. Y él se los dio.

Los casquillos hablaron al caer, traicionados al salpicar de pólvora sus botas. Contó cada tiro y notó que le quedaba una bala.

En la distancia, vio a un solitario corredor. Cualquiera en sus cabales habría vuelto sobre sus pasos al escuchar los disparos, pero aquel solitario ente continuaba su recorrido como si nada.

CAPÍTULO 13

—¡Abre la puerta, joder! —Paul reconoció la voz de Rick—. Qué horrible huele esto...

—Creo que se ahorcó —dijo Anthony, arrugando la nariz—. ¡Es tu culpa, Doyle!

—¿Mía? —respondió el aludido—. Yo no fui quien lo arrojó al agua, zopenco.

Tirado en su colchón, Paul escuchaba discutir a sus compañeros. No recordaba haberles dado su dirección, pero para chismosos estaban hechos aquellos tres.

—Ya voy —gritó, renuente a levantarse—. Bajad la voz...

Abrió la puerta y allí los encontró. Podía oler los emparedados, las magdalenas y el café recién hecho. Supo que nada le caería mejor.

—¡Carajo! —exclamó Rick—. Sí que te ves mal.

—¿No ves dónde vive? —aclaró Doyle—. Por dios, Jones, date una afeitada, por amor al buen gusto.

Podía replicar, pero era muy temprano como para ponerse en esas. Con un ademán, les indicó que pasaran.

—Lamento no ofreceros asientos de lujo —dijo, señalando el colchón—, pero es lo que hay.

No tuvo que decirlo dos veces. El grupo ya se había apropiado del lecho y lo invitaban a comer.

—¡Vamos que se enfría! —dijo Doyle.

—Contrata un ama de llaves —dijo Rick—. Alguna muchacha bonita que pase una aspiradora.

—Y otras cosas —agregó Anthony con una sonrisa socarrona.

—No molestéis —contestó Paul, dejándose caer en el colchón.

Paul pensó que podría dormirse de nuevo. Estaba muy cansado.

—Una semana, Jones —dijo Doyle—. Empezamos a preocuparnos por ti. —Le tendió un café.

—El jefe está a nada de echarte —dijo Rick—. Más vale que tengas una excusa.

—Si no la tienes, podemos ayudarte a inventarla —agregó Anthony.

Paul esbozó una leve sonrisa. Ver a sus amigos le levantaba el ánimo en aquellas horas.

Son amigos de James Jones, no de Paul Rivera.

—Asuntos familiares —dijo—. Murió mi... —Se lo pensó—... abuela. Mi abuela materna. Una buena mujer, pero con más arrugas que mis camisas.

Una sombra cayó sobre todos los rostros.

—No lo sabíamos —se lamentó Anthony—. Una llamada bastaba.

—Nada de qué preocuparse —les calmó Paul. El sorbo de café ya empezaba a espabilarlo—. Disculpad la ausencia. Sólo necesitaba ordenar algunas cosas y pronto estaría de regreso.

—Ya veo —dijo Rick, dando una vuelta al apartamento—. Se nota.

—Anímate —le dijo Doyle—. Te hemos traído un regalo.

—¿Un regalo? —Paul levantó las cejas—. ¿Qué clase de regalo?

Doyle sacó una cajita envuelta en papel periódico y se la lanzó. Paul comprobó que era muy pesada para su tamaño.

—¿Qué es esto...? —preguntó por preguntar. La forma del envoltorio le respondió al menor contacto.

—Material —respondió Doyle, como si nada—. Parte de la pesca del otro día.

Paul se había olvidado de eso por completo. El peso de la droga parecía derrotarle, pero reprimió el impulso de soltarla de inmediato. Sentía que los ojos de sus camaradas aguardaban una reacción de su parte, así que se limitó a sonreír y se levantó hacia un armario vacío. Escondió la droga en una gaveta, pero aun así no pudo alejarla de sus pensamientos. Miró a sus compañeros otra vez, sin saber qué decirles. Allí estaban, joviales, bromeando entre ellos, bebiendo y comiendo como si aquello fuera una rutina. Paul no entendía aquella tranquilidad.

Tienes las manos manchadas.

—¿Hubo problemas...? —preguntó al regresar—. Digo...

—Nada de eso. Todo bajo control —respondió Anthony—. En menos de dos horas ya teníamos la mercancía. —Señaló a los demás—. Ya estos vendieron su parte, así que ya sabes quién pagará el almuerzo de hoy. Se me antoja una pizza.

—Vaya... —asintió Paul—. Todo un éxito.

—En fin —suspiró Doyle, terminando su desayuno—. Estate listo en una hora, que ha salido un caso. Uno de esos que te gustan.

Paul se tensó como un cable, delatando su emoción.

—Nada de sorpresas —apuró Anthony—. Puede que no se trate de nuestro hombre.

—¿Y qué esperamos? —Paul ya corría en busca de su gabardina, pantalones limpios y su arma de reglamento.

Está pesada, ¿no?

Los forenses ya removían las cercanías del muelle al momento de su llegada. Paul bajó de su coche y el jefe lo miró de lejos; hablaba con otros inspectores, pero no dejó de dedicarle una mirada iracunda. Paul se encogió de hombros y continuó hacia la escena del crimen antes de que le cayera un sermón.

La ambulancia estaba aparcada cerca de allí. Los paramédicos jugaban a las cartas, a la espera de un análisis preliminar por parte del equipo.

Paul cruzó la línea de seguridad y se llenó los zapatos de barro. El cuerpo se encontraba a escasos pasos de la orilla, contorsionado como un acróbata de circo, boca abajo. Si así estaba el cuerpo, pensó, no quería encontrarse con el rostro.

—¿Qué tenemos? —preguntó sin preámbulos.

—Joven de unos veinticinco a treinta años —comenzó el especialista—. Muerte por asfixia. La corriente parece haberlo arrastrado a la orilla.

—Eso sí es una novedad —dijo Doyle al llegar junto al cadáver—. Lo que se traga el Lago, jamás lo devuelve. Así de mal sabor tendría el hijo de puta.

Jamás lo devuelve.

—Un respeto a los muertos, Doyle —reprochó Rick—. ¿Qué más hay?

—Estaba atado y amordazado —continuó el forense—. Se notan ligeras laceraciones en las muñecas y en las piernas. En algún momento se liberó e intentó nadar hasta aquí.

—Tenía esto en la cara, ¿no? —dijo Anthony, sosteniendo una bolsa hermética.

—No tenía posibilidad alguna —dijo Doyle—. Pienso que...

La conversación fue interrumpida por el sonido de un móvil. Las miradas recayeron sobre Paul, quien ya se disponía a atender. Llamada entrante: Melanie King, leyó.

Se preguntó qué podría querer la chica. Temió que volviese a tener problemas en casa, aunque deseó tener una buena excusa para mandar al bueno de Dean a dormir otras tres noches en prisión.

—Lo siento —dijo, no respondió la llamada—. Continua, por favor. —Miró a Doyle.

—Decía que, basándome en el estado de descomposición, deduzco que lleva muerto al menos unos cinco días. Una semana cuando mucho.

Paul no notó hasta ese momento lo mal que olía. La mezcla de algas, pescados y sangre le penetró hasta la garganta como una guillotina. Reprimió una arcada antes de hacer su siguiente pregunta.

—¿Algún nombre? —dijo.

—Nada hasta el momento —dijo Anthony, quien ya leía el expediente del caso—. Podríamos revisar la lista de desaparecidos de los últimos...

El móvil de Paul volvía a sonar. Quizá fuera su imaginación, pero parecía más ruidoso y urgente que la última vez.

—¡Carajo, Jones! —espetó Doyle, dando manotazos—. Atiende tu móvil y regresa en cuanto termines. Me desesperas.

Paul se mordió la lengua. Se alejó unos cuantos pasos, sin dejar de escuchar las discusiones de sus compañeros.

—¿Qué pasa, Melanie? —dijo casi en un gruñido. Puede que la chica no lo mereciese, pero aquel nuevo asesinato necesitaba de toda su atención—. Estoy en medio de algo...

—Dean no ha vuelto a casa, James... —sollozó Melanie—. No contesta a su teléfono... Aquello disparó la alarma de Paul.

—Más despacio, Melanie —dijo—. ¿Desde hace cuánto no sabes de él?

—Cinco días —respondió—. No sé qué hacer... Temo lo peor... Yo...

La voz de Melanie se rebatía entre balbuceos y espasmos. Paul supo que de verdad estaba asustada.

—Espera. —Y colgó.

Aunque el día estaba fresco, Paul sentía cómo su espalda se humedecía y sus piernas perdían fuerza. Dio un paso y luego otro.

—¿Qué pasa, Jones? —le preguntó Rick al volver—. Estás pálido. ¿Te sientes bien? Parece que devolverás las magdalenas.

—Dadle la vuelta —dijo Paul, señalando al cadáver—. Rápido.

—Como ordene, majestad —dijo Doyle—. ¡Salve, oh, líder!

Doyle lo puso boca arriba sin mucho esfuerzo.

La imagen de aquel desgraciado cruzó las pupilas de Paul como un relámpago. Conocía aquellas facciones, aunque estuviesen faltas de vida. Se llevó una mano a la boca, conteniendo su reacción.

—Mierda —fue lo que alcanzó a decir.

Una docena de oficiales ya revisaban la casa de Dean Watts y Melanie King mientras Paul hablaba con ella en la sala. Intentaba tranquilizarla con el fin de conseguir información que le facilitara el caso, pero hasta ahora no obtenía nada de ella.

Melanie estaba devastada por la noticia. No paraba de llorar. Era un río de lamentos, y tomarle la declaración ya le estaba encendiendo un dolor de cabeza noqueador a Paul.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Melanie otra vez.

—Lo es —respondió Paul de igual manera—. No me queda duda de ello.

“La negación de la muerte. La negación de lo natural. Un día estamos y al otro día quién sabe”, pensó. Y mientras hablaban, por su mente volaban pensamientos no muy propios de sí. A pesar de haber conocido a la víctima, no sentía remordimiento alguno. Normalmente, una vida menos a causa del crimen le enardecía el alma por indignación.

Pero aquello era diferente.

Se sentía tranquilo y pleno, como si se hubiese desecho de un nido de avispas en su jardín. Quizá por aquella frialdad había decidido que él mismo entrevistaría a la viuda. Era su responsabilidad darle consuelo, aseguraba. Debía cuidarla y hacerle entender que estaría mejor sin Dean Watts y que la vida le regalaba una segunda oportunidad para arreglarla. Aquellos trenes no se presentaban muy a menudo, según su experiencia.

—¿Te causa gracia? —le preguntó Melanie, turbada.

Paul carraspeó. No se había dado cuenta de que sus pensamientos afloraban en forma de una sonrisa.

—Para nada —respondió a sabiendas de su propia mentira. Intentó llevar su cara hacia los cuadros de Dalí—. Sonríe porque creo que puedo ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó Melanie con un dejo de incredulidad—. Explícame cómo.

—Sigamos, ¿quieres? —recomendó Paul, haciéndose el tonto, garabateando círculos en la libreta. Aquella hoja ya estaba negra de tanto trazo—. Háblame de tu vida con Dean en esta última semana.

Melanie suspiró. Paul pensaba que le pedía demasiado.

—Te escucho —dijo Paul, intentando suavizarla—. Soy tu amigo, ¿verdad? Sólo quiero que estés bien, así que necesito que facilites mi trabajo. Ya verás que todo mejorará, pero necesito que ahora confíes en mí, Melanie.

Melanie asintió, revelándole un asentamiento de duda.

—Fueron días maravillosos —dijo finalmente.

Miente.

Paul aguantaba con todas sus fuerzas el deseo de apretar la cara y castañear los dientes, pero Melanie continuó su relato sin prestarle atención.

—No sé qué pasó en la cárcel, pero regresó transformado —dijo esta—. Nunca había sido tan atento conmigo; me ayudaba en casa y no volvió a gritarme. Me llevó varias veces a cenar y de paseo; cosas que solíamos hacer cuando éramos más jóvenes; cine, helados, caminatas a la luz de la luna —Se sonrojó—. Nuestra intimidad no podía ser mejor... Dean cambió... Se disculpó allí en donde te sientas, recuerdo, arrepentido por todas las torturas que me hizo pasar. Nunca lo había visto así.

Y Melanie continuó lazando alabanzas sobre Dean Watts. Paul se preguntaba en realidad si aquella mujer desvariaba. Un hombre malvado nunca cambia. Era una fachada. En la menor oportunidad la volvería a golpear. La volvería a humillar. Estaba mejor sin él.

Ábrele los ojos.

—James —dijo Melanie a Paul.

Lo tomó de la mano. Era cálida y suave. Se dio cuenta de que extrañaba el contacto de una mujer, y se removió en su asiento.

—Dime —dijo Paul, intentando ocultar su nerviosismo.

—Gracias —suspiró Melanie. En sus ojos vidriosos brillaba una tenue llama que acuchillaba a la oscuridad—. Si no fuera por ti, Dean no habría cambiado. —Hizo una pausa, solemne como una reina—. Me regalaste la mejor versión de él.

Paul no supo qué decir. Podía levantarse y declarar chiflada a Melanie. Llamaría a Daegor Smitty en el sanatorio de Blue Lake y la encarcelaría junto a Víctor Brand, declarándola demente. Hasta podría decirle que Dean murió por bravucón; porque se lo merecía.

Díselo.

—¡Jones! —dijo Doyle—. ¡Ve a revisarte los oídos, carajo!

Doyle le agitaba las manos, y Paul volvió a la realidad. Se vio de nuevo en el sofá de la sala de Melanie.

—¿Qué pasa? —manoteó—. Estoy en medio de un interrogatorio.

Doyle rio con sorna.

—Se nos escapa algo —dijo.

—Sí —dijo Paul—. Un asesino y el tiempo que me haces perder.

—Otra cosa, genio.

—¿Qué?

—Aquí vivía Logan Clarks —dijo Doyle, regodeándose al haberle ganado una—. Nuestro anterior compañero.

Logan.

—Alguien intentó asesinarlo y ahora encontramos muerto al siguiente propietario de esta casa —siguió Doyle—. ¿No te parece raro, Sherlock?

—Disculpe —intervino Melanie, casi tan pálida como Paul—. ¿Qué quiere decir?

—Que las coincidencias no existen —susurró Paul, con la mente trabajando a millón. No comprendía cómo se le había escapado aquel detalle—. ¿Dean tenía algún enemigo?

Por supuesto que los tenía.

—No que yo sepa —respondió Melanie—. No llevamos tanto tiempo aquí...

—¿Vio algo raro en las cercanías? —preguntó Doyle—. ¿Notó que alguien los seguía o los observaba? Cualquier cosa es importante. Intente recordar.

—Nada —corroboró la viuda—. De verdad no sabría contestarle...

—¿Qué me dice de sus vecinos? —dijo Doyle, revisando unas anotaciones—. Los Peterson, me parece. ¿Cómo era la relación con ellos?

—¿El señor Peterson? Ha sido muy amable conmigo. —Melanie miró a Paul—. Es su amigo, ¿cierto?

Mierda, mujer. Cállate.

—¿Conoces al vecino, Jones? —preguntó Doyle, enarcando una ceja—. Anthony y Rick fueron a su apartamento, pero nadie contesta.

—Echen abajo la cerradura, entonces —gruñó Paul, queriendo zafarse.

Estaba en terreno peligroso. Por infinitos segundos nadie dijo nada, pero la atmosfera intentaba aplastarlos. Cada mirada con la que Paul se cruzaba parecía delatarle la mentira.

Doyle suspiró.

—Sabes que no podemos tirar puertas sin una orden, Jones —dijo—. Regresemos a la estación. Los demás y el jefe esperan nuestro informe.

Y Paul vio su oportunidad.

—Prefiero esperar al señor Peterson —dijo antes de forzar una sonrisa—. Al fin y al cabo, soy su amigo, ¿no?

CAPÍTULO 14

Las coincidencias no existen.

El asesino de Logan sabía que Paul iba tras él. La muerte de Dean Watts era prueba de ello; lo estaba retando. Quería arrastrarlo hacia su telaraña, hacia su terreno.

Si Logan estuviese con vida, le reprocharía tal descuido, así como lo hacía años atrás en la academia.

—¿Qué haces? —le preguntó Paul al verlo cargar un muñeco hecho de gel de balística—. No sabía que tenías esa clase de gustos.

—¿Te quieres unir? —respondió Logan, socarrón—. Será divertido.

—Paso. Le soy fiel a mi esposa —negó Paul, asqueado—. Sabes que no puedes llevarte uno de esos. El jefe te colgará vivo.

—Te estoy salvando el pellejo —dijo Logan, continuando su camino hacia la sala de tiros.

Paul entornó los ojos.

—¿El caso de William Hart? —preguntó—. ¿Qué quieres probar...?

—Que te equivocas —dijo Logan—. Lo mató una bala.

—¿De nuevo con eso? —lanzó Paul—. Hay solamente orificio de entrada del proyectil, y no hay rastro alguno dentro del cadáver.

Logan no pareció escucharlo. Al llegar a la sala de tiros, varios oficiales notaron su presencia y dejaron la práctica, interesados en lo que estaba por ocurrir.

—¿En dónde trabajaba William? —preguntó Logan armando el blanco. Colocó el muñeco de balística en una plataforma, apretó un par de botones y este se alejó varios metros de la raya de tiro.

—En Aduanas —respondió Paul sin darle importancia. Conocía el caso de pies a cabeza—. Era jefe de seguridad y control fronterizo.

—Le dispararé al pecho —dijo Logan, ya colocándose los taponés para los oídos. El público de policías parecía crecer detrás de ellos.

—Eso es porque no puedes atinarle a la cabeza —dijo Paul, aún sin comprender qué se proponía su amigo.

Logan cargó el arma y apuntó al muñeco de balística. En menos de dos segundos, descargó un tiro certero a donde había dicho.

—¿Por qué sonríes tanto? —Paul no comprendía lo que quería su amigo.

El muñeco llegó hasta ellos y comprobaron que tenía una herida de entrada, pero no de salida. Ante eso, Paul buscó la bala.

—¿Dónde está? —No la veía por ningún lado. Miró a otro policía a su lado—. Ve a la pista y comprueba que no esté tirada por allí.

Aquel muchacho hizo lo que le pidieron sin rechistar.

—Nada —dijo al regresar—. La bala no está.

En ese momento, Paul miró a Logan, quien no dejaba de sonreír triunfal.

—¿Te burlas de mí? —preguntó.

—Para nada —respondió su amigo—. Como te dije, intento salvarte el caso.

Acto seguido, sacó el cartucho y le mostró una de las balas.

—Es una bala incendiaria —explicó—. Lo suficientemente pesada para no causar impactos lisos y matarte sin dejar rastro. Una vez dentro, se desintegra.

—¿Pero...? —Paul tenía los ojos muy abiertos—. ¿Dónde conseguiste eso?

—¿Aún no lo adivinas? —sonrió Logan—. Hace dos días participé en una redada y confiscamos un cargamento de estas. ¿Quieres que te diga dónde?

Paul ya lo sabía, pero por el bien del acto de Logan, preguntó.

—¿Dónde?

—En Aduanas.

Y Logan se ganó los aplausos aquella tarde.

Pero ahora está muerto.

Ya no había policías rondando en la casa de Melanie King. Las evidencias ya estaban en posesión del Departamento y ya nadie podía molestarlo. Esperaba en la sala mientras Melanie dormía, a su pesar. Reconocía que había tenido un día difícil y desistió de convencerla de una vida mejor sin Dean. A decir verdad, no comprendía por qué tenía aquella clase de ideas.

Aquel conflicto no dejaba de picotearlo, por lo que ahora miraba continuamente por el ojo de pez de la puerta a la espera del escurridizo Charles Peterson.

Sus compañeros le habían notificado que tampoco estaba en la ferretería donde solía trabajar, y algunos locales cercanos aseguraron que llevaba tiempo sin abrir. El tipo estaba desaparecido y no dejó huella sobre tierra para seguirle el rastro.

Esperaba al menos que aquella noche se presentara en su apartamento. El olfato de Paul clamaba por eso; y sin saberlo, una dulzona sensación lo amasó hasta las falanges, como si quisiera hincarle las garras a aquel hombre. Estaba seguro que Charles Peterson sabía algo y por eso no daba señales de vida.

Y las horas pasaron, cerrando aún más la noche.

—¿James? —escuchó Paul.

Melanie se había levantado.

—Vuelve a la cama —dijo Paul, sin exaltarse—. Debes descansar.

—Es la una de la madrugada —aclaró Melanie.

Paul miró su reloj. Una y treinta, para ser exactos. La vigilancia lo había absorbido por completo y comenzó a sentirse cansado y sin fuerzas.

Se entregó sin resistencia a la oscuridad; aquella oscuridad que lo abrazó como a un hijo.

Ven a mí.

Y fue.

Paul va por las calles de Blue Lake. A su lado camina Michael Rivera, risueño y viril; como lo recordaba. Incluso aquella barba poblada, despeinada y al viento, no parecía cambiar. Era su viva imagen.

Las baldosas desfilan bajo sus pies. Escucha el golpetear de las olas del Lago contra el muelle. Lo ve. Lo ve tan grande y tan negro, tan negro como las cenizas que emana el respirar de su padre.

—¿Por qué? —pregunta Paul.

Aquella pregunta, atascada como un tornillo en su garganta, es un monstruo contenido en un pequeño frasco.

Y el frasco se está rompiendo.

Michael Rivera no contesta.

La soledad y el miedo se disipan, o convergen en un nuevo manto blanquecino. Paul no lo sabe. No sabe qué siente. No sabe qué decir. Tantas cosas para este momento, y sólo se le ocurre el silencio.

Llegan al muelle.

—Aquí —dice la voz desde todas partes. Parece venir del Lago.

—Aquí —dice Michael Rivera.

—Las puertas del inicio.

—Las puertas del final.

El Lago se deforma, elevándose hasta parecer una colina. Caen gotas gigantescas y sanguinolentas. Poco a poco, Paul se da cuenta de la aparición de un hombre. Está hecho de agua, de piel, de órganos y sangre.

Parado, allí, ve cómo se acerca mientras su padre permanece quieto a su lado.

El nuevo ente no tiene rostro. No tiene vida. Debajo de aquella capucha sólo se ve el vacío, como un planeta inhabitado.

Aquí.

La cara del desconocido se transforma en Logan. Paul detalla sus facciones traídas desde la tumba, con las cuencas hundidas.

Me tienes.

Y Logan vuelve a cambiar, dando paso al rostro de Delgado. Por sus labios desfilan infinitos hilillos de sangre que se mueven como serpientes en el aire. Encadenan a Paul por las muñecas.

Búscame.

Delgado queda en el pasado y ahora Dean Watts aparece ante Paul. Su rostro le repugna, porque ahora tiene marcado cada uno de los moretones que le dejó a Melanie en vida.

Iniciado.

Watts apela al olvido y desaparece. Las muñecas de Paul están encendidas por los grilletes de sangre que ahora lo atan al Lago. Su padre lo mira y se da la vuelta hacia las sombras.

—¿Adónde vas? —pregunta Paul—. ¡No me dejes! ¡No me dejes de nuevo! ¡Papá!

Por cada palabra, un nuevo paso hacia las profundidades de las aguas que no dejan de llamarlo.

—¡No me dejes! ¡No me dejes de nuevo! ¡Seré bueno! ¡Seré como tú!

Y ante eso, Michael Rivera se detiene antes de girar sobre sus talones. Mira a su hijo y, sin cambiar la expresión, modula tres palabras.

Sé como yo.

Desaparece.

El desconocido vuelve a flotar sobre el Lago y Paul ve que le tiende la mano.

—Soy el que buscas, pero no encuentras —dice la nada; dice el Lago, porque ahora es el Lago quien habla y se desborda por el muelle.

Paul se ahoga. Se ahoga en palabras, en rostros; se ahoga en la sed que produce lo inalcanzable.

—¡James! ¡Despierta! —gritaba Melanie. Estaba temblando de pies a cabeza.

Escuchaba estruendos, como si resquebrajasen una placa de madera.

—¡Abre la puerta, Jones! —ensordecían—. ¡Sabemos que estás allí!

Paul abrió los ojos, y como si aquella hubiese sido la señal, la puerta del apartamento de Melanie cayó de golpe. Vio entrar a un par de oficiales acompañados por Doyle.

Paul se reincorporó del sillón. Aún tenía las extremidades adormecidas y la garganta seca.

—¿Qué hora es? —dijo. Cayó en cuenta del destrozo—. ¿Qué carajos os pasa?

—Levántate, por favor —ordenó Doyle—. Hagamos esto sin llegar a las manos.

Paul lanzó una mirada furtiva a Melanie, quien asustada se había reclinado al otro lado de la habitación.

—Me perdí en esta historia —dijo Paul al levantarse—. No estoy para chistes nocturnos, Doyle.

—Sabía que estabas loco, pero no para que llegaras a esto —dijo Doyle. Desenfundó su arma y lo apuntó.

Disparará.

El cerebro de Paul comenzó a trabajar a mil por hora. Tenía demasiada experiencia en la policía para reconocer cuando un oficial hablaba en serio, y a su pesar, Doyle hablaba muy en serio. Intentó suavizar su gesto y amagó con caminar.

—Piénsatelo mejor, Rivera —fustigó Doyle—. No me obligues a llenarte de agujeros.

Ante la mención de su apellido, Paul se heló. Sus ojos viajaron entre los policías y Melanie. Ahora estaba tentado a buscar su arma, por su propia seguridad.

No. Saca tiempo.

—¿Cómo...? —dijo—. Carajo, qué aprieto.

—Tus huellas fueron encontradas en el cuerpo de Dean Watts —dijo Doyle—. Incluso en la bolsa que traía en la cabeza.

—Eso no es determinante en una investigación —se defendió Paul, abriendo los ojos tanto como pudo—. Se habrá contaminado la evidencia. Es culpa de tus amiguitos los forenses.

—Entonces, ¿por qué falsificar tu identidad para mezclarte en el Departamento de policía? —Algo en la mirada de Doyle cambió—. ¿Qué estás pescando, oficial Paul Rivera?

Y Paul comprendió el temor de sus compañeros. Su falsa identidad levantaba sus sospechas de que estaban siendo investigados y que Paul era un agente encubierto para pescarlos.

La droga que te regalaron tus compañeros.

—Estoy encubierto —dijo—. Ya sabrás que no *pesco*. ¿Por qué no bajas el arma y hablamos? Llama al jefe y arreglemos este malentendido.

—Es el jefe quien te quiere esposado —dijo Doyle—. No quiere que se filtre nada... ¿Dean Watts tenía algo que ver en esto? ¿Por eso lo mandaste a dormir? Fuiste tú quien lo procesó a hace unas semanas, recuerdo. —Engranó una sonrisa que inquietó a Paul—. Las coincidencias no existen.

El par de policías ya comenzaban a caminar hacia Paul. Por el rabillo del ojo, notó cómo el rostro de Melanie palidecía.

—Escucha, Doyle —dijo Paul—. No maté a Dean Watts aunque se lo merecía. Lo llevé a la cárcel porque golpeaba a esta mujer. —Señaló a Melanie—. Al menos deberían celebrar que está bien muerto.

—No te quito la palabra de la boca —dijo Doyle—. Es suficiente. Levanta las manos y vamos a la estación. Estás bajo custodia por el asesinato de Dean Watts.

—Que os den.

Paul sabía que no tendría tiempo de negociar bajo aquellas circunstancias. Fugaz como una estrella, se abalanzó hacia el oficial de su derecha. Fue fácil; estaba a una zancada. Le clavó un puñetazo y lo atenazó por la espalda. Con una velocidad que demandaba al demonio, lo apuntó con el arma en la sien.

—Que nadie haga una estupidez —dijo tan calmado que no lo creía.

—¡Jones! —Doyle lo apuntaba. Todo había ocurrido en un parpadear—. ¡Baja el arma!

—Te diré lo que haré —demandó Paul—. Me dejarás ir y no te meterás en mi camino. Tengo cosas pendientes en Blue Lake, ¿está bien? Échame una mano, Doyle.

—¡Baja el arma! —repitió Doyle. Jamás lo había visto tan serio.

—Haz lo que digo y todo saldrá bien.

Paul miró de reojo a Melanie agazapada contra la pared, indefensa. Ya no podría ayudarla, así que tendría que encargarse de sus asuntos ella sola.

—Mi nombre es Paul Rivera —le dijo—. Soy oficial de Cheverdale. No maté a Dean Watts, y estoy detrás de aquel que asesinó a mi amigo Logan Clarks.

—¿Logan...? —Doyle tembló como si le nombrasen un fantasma—. ¿Logan está muerto?

La oportunidad que esperaba. Incluso después de muerto, su amigo seguía ayudándolo, pensó Paul. Aquel parpadeo le bastó para soltar a su víctima y lanzarse en contra de Doyle.

Fogonazo.

La bala tocó levemente la mejilla de Paul, y agradeció a sus reflejos por salvarle la vida y permitirle golpear con un gancho feroz a Doyle en la quijada. Al quitárselo de encima, disparó al aire con el fin de aturdirlos más.

Se escucharon otros dos disparos en su contra, pero ya corría por el pasillo rumbo a las escaleras. Las balas resquebrajaban la pared, y cada una de las que silbaba sobre su cabeza parecía recitar su nombre falso. James Jones.

Escuchaba la voz de Doyle a su espalda, así como sus pasos desenfrenados y las maldiciones. A estas alturas ya habrían notificado de su fuga a la estación; no le sorprendería que lo encarase un grupo de patrullas al llegar a la planta baja.

Ya no había marcha atrás. La policía no podía ayudarlo, y menos ahora que estaba metido en una ruleta de cárteles y contrabando. En otras circunstancias le habría parecido divertido, pero con otras cosas en mente, la balanza no jugaba a su favor.

El desconocido del Lago; aquel que se transformaba en sus sueños. Ese era el culpable, se decía para dejar de lado el dolor del brazo que ahora sangraba a causa de una bala. Fue un tiro limpio de entrada y salida, pero que se sentía como el agujoneo de un escorpión.

El ascensor de la planta baja se abrió al mismo tiempo que llegó a ella, y los dos policías emergieron de él. Paul sabía que no tendría tiempo para pensar, por lo que alzó su arma y disparó.

La bala penetró en el cráneo del primero, mientras el segundo respondía al fuego. Paul hubiese querido que su rival fallase, porque ahora sentía el dolor de un disparo en el esternón.

Mantente con vida.

A pesar de ello, la herida no le impidió acercarse un par de zancadas más y volarle los sesos al segundo policía.

—¡Jones! —aquel rugido provenía de su espalda.

Y Paul volvió a disparar a la mención de su nombre falso. Entre el humo, los gritos y la carrera, no supo si dio en el blanco, pero lo cierto era que pudo escapar; ya no lo perseguían. Al salir a la calle, escuchó las sirenas al fondo.

Se metió en su coche, y si existía un momento en el que debía pisar a fondo el acelerador, era ese. Las llantas dejaron escapar un bramido al quemarse.

No dejaba de escuchar los disparos en su cabeza y de ver los rostros de los oficiales que encontraron la muerte por su mano.

Buen trabajo.

CAPÍTULO 15

Estaba todo empapado. Logan a su lado no paraba de tiritar. Llevaban más de doce horas escondidos en unas cajas de madera con vistas a un gran almacén que, en primera instancia, parecía abandonado. El cielo había decidido llorar con ganas aquella noche.

—No van a venir, Logan —dijo Paul—. Tú contacto te mintió. Salgamos de aquí.

—Hombre de poca fe —respondió Logan, y con sus palabras llegaba un vaho—. Vendrán.

—No hagamos nada estúpido —dijo Paul—. Fotografiamos y nos vamos. Oh, no. Esa cara la conozco.

—¿Temes que desatemos un infierno? —preguntó Logan—. Mira, ya llegan. ¿Por qué los mafiosos son todos iguales?

Y ahora Blue Lake le parecía un infierno mayor comparado con aquella noche en donde dismantelaron a una de las bandas de narcotráfico más renombradas de Cheverdale.

El callejón en donde se encontraba, aquella verja entre el mundo común y los suburbios, era estrecho. La cantidad de alimañas que allí se reunían le valdrían la condecoración de policía por el resto de su vida si los entregaba.

Algunos malvivientes se calentaban las manos al fuego debajo del puente; mientras que otros ofrecían sus servicios ilícitos a la poca luz que emitía el poste caído de la esquina.

Paul estaba sentado a un lado de una pequeña lumbre, encapuchado ante la cantidad de rostros y miradas que caían sobre él. Sabían que no era de allí, pero su salvoconducto lo mantenía con vida al menos por ahora.

—Aquí tienes —le dijo el chico, tendiéndole un pedazo de pan—. Es todo lo que pude conseguir.

—¿Qué hiciste con el cambio? —preguntó Paul sin mirar la hogaza.

El chico sonrió como aquella vez en el café.

—Una pequeña comisión por mis servicios —dijo—. Soy un profesional.

De eso no había duda, pensó Paul. El chico se sentó a su lado y comieron.

—¿Quieres otra identidad? —preguntó el chico—. Tengo varios nombres para ti.

—Creo que el mundo no necesita a James Jones por el momento —respondió Paul—. Algo salió mal.

—¿En serio? —La mueca de tragedia fingida se dibujó en el rostro del muchacho—. No me digas. Oh, qué mal. Qué mal.

—¿Te burlas de tus clientes?

—¿Acaso crees que me importa?

“Avispado, el pequeño”, pensó Paul, arrebujiándose más en su abrigo.

—Hablando de identidades —dijo—. ¿Tienes una?

—Me llaman Chuck —respondió el chico—. Chuck a secas —Lo miró—. Buen lío debes tener encima si te interesa mi nombre, James Jones.

Y volvía a tener razón. Paul no podía regresar a su apartamento. Toda la policía debía estar buscándolo debajo de cada piedra y rama. Sencillamente, ya no tenía tanta suerte.

Hacía unas horas era un honrado agente que buscaba justicia para su amigo Logan al perseguir un maniaco, pero ahora era el asesino de dos inocentes que nada tenían que ver con el asunto; y la presa fácil de una red corrupta de policías y narcotraficantes. El

impulso había hablado. A fin de cuentas, apretó el gatillo; su instinto de supervivencia o las ganas de enterrarle una bala a alguien. Paul no sabía porqué lo hizo, y estando allí, entre mendigos y drogadictos, sentía que las respuestas se le escapaban; Blue Lake lo consumía poco a poco. Temía que sus pesadillas se hiciesen realidad.

Estaba decepcionado de sí mismo. Tanto trabajo y años de servicio desparramados por la borda. La idea de tirar la toalla y entregarse no le parecía descabellada, pero sabía que sus antiguos compañeros no le perdonarían la vida.

No se la perdone a ellos.

Y aquellos contratiempos no hacían más que alejarlo de su objetivo real. Pensó que el verdadero asesino de Blue Lake le llevaba la delantera, y él había caído redondo en su trampa inculpándolo del asesinato de Dean Watts. Fue una jugada magistral, si la analizaba.

Aunque, por otro lado, siguió meditando, aquello podía ser un contraataque para alejarlo de su pista, y eso quería decir que quizás estaba cerca de ponerle las esposas.

Levantó su gabardina y se vio la herida. No era tan grave como pensaba. Reparó en su placa, y luego en su arma. Llevado casi por un hechizo, su mano la desenfundó.

—Quizá todo se reduzca a esto —dijo—. Se cierran las alternativas.

—Calibre 9mm —dijo Chuck sin quitarle la vista—. Semiautomática. Déjame verla de cerca.

Paul se lo pensó. No estaba entre sus planes darle armas a un niño.

—¿No hay de estas por aquí? —preguntó.

—Hay peores —respondió el chico—. A ver, a ver, James Jones.

Paul levantó una ceja y se la tendió, insatisfecho con eso. Perder el peso del arma lo hacía sentir más inútil y desprotegido.

El chico la observó de arriba abajo, sin sorprenderse mucho. Apuntó a la distancia y a algunos mendigos que pasaban por allí.

—Bang. Bang —cantó riéndose antes de devolverla.

—No recomiendo ese camino —dijo, enfundándola de nuevo.

—Cínico —rio Chuck—. Alguna vez, todos seguimos ese camino.

—Un loquero me dijo eso una vez. —La cara de Daegor Smithy apareció entre sus recuerdos.

Continuaron comiendo a la luz del silencio. El olor a basura calaba los huesos como la tormenta que se aproximaba.

—Ven conmigo —dijo Paul—. Te tengo un trabajito.

—¿Qué será, James Jones...? —Los ojos de Chuck parecían iluminarse con picardía.

La lumbre realzó la sonrisa de Paul.

—Ideal para profesionales.

—¿Cuántos son, Chuck? —preguntó Paul detrás de unos arbustos.

—Tres patrullas —respondió el chico al regresar—. Seis polis.

No tenía tantas balas, se lamentó Paul.

Acaba lo que empezaste.

—Tengo que entrar al edificio —dijo—. ¿Alguna idea de cómo hacerlo?

—Ideas es lo que me sobran —dijo Chuck—. Repito: soy un profesional.

Y el muchacho lo empujó fuera del arbusto. Caminaron tranquilamente como si la cosa no fuese con ellos. La madrugada correteaba mientras daban la vuelta a la manzana

por la carretera que se alejaba de la entrada principal. Paul notó que los andamios en los pisos superiores seguían allí; quizá le daban una mano de pintura a la ya poco llamativa residencia.

Chuck se internó por unos caminos verdes que serpenteaban hacia el estacionamiento. Paul no había visto aquel desfiladero; botellas, ropa sin uso y electrodomésticos venidos a menos. Aquello era un vertedero; la gente de Blue Lake no era tan recatada como creía.

Bajaron, aferrándose a cada raíz que encontraban. Todo estaba enlodado. Paul hacía equilibrios para no desfigurarse la cara al caerse y no clavarse algún vidrio en el zapato.

—¿Adónde me llevas? —preguntó en un susurro.

—Haz un poco de silencio, por favor —instó Chuck—. Haces demasiadas preguntas. Tus interrogatorios deben ser una tortura.

Al llegar a terreno raso, se encontraron con una enorme tubería circular por la cual un hilillo de agua emergía hasta un pozo séptico que no paraba de burbujear. Paul deseó alejarse de allí.

—¿No te parece algo rebuscado? —dijo Paul, intentando otear en la oscuridad.

—¿Quieres entrar o no? —regañó el muchacho—. Si le pides ayuda a alguien, lo primero que debes hacer es callarte.

—¡De acuerdo, bribón! —Paul levantó las manos en son de paz—. Será a tu manera.

Se internaron en la penumbra. La tubería era lo suficientemente espaciosa para dejarlos caminar de pie, pero el olor y el eco de sus pasos afluían los deseos de Paul de salir corriendo.

El muchacho lideraba la marcha, y en apariencia no parecía molestarle aquel olor fétido; quizás estaba acostumbrado, y esto apenó a Paul. Lo cierto era que el salpicar del agua y el vaivén de sus respiraciones no podía ser menos que incómodo.

La poca visibilidad no le hacía gracia. La luz se filtraba de algunas barandillas en el techo de metal. Los pasillos del subterráneo, quizás.

—¿Ya puedo hablar? —dijo él, dispuesto a recibir otro reproche.

—Ajá —respondió el chico. Cruzaron un charco inmenso.

—¿Cómo conoces esto? ¿Has husmeado por aquí antes?

—Soy una rata de la calle.

Y más allá de sonar decepcionado o resentido, había diversión en su forma de decirlo. La costumbre de una vida sin un hogar no parecía mellarle el espíritu.

No vivirá más allá de los treinta.

Pero Paul no quería entrar en disyuntivas morales. Quizá...

—¿Has matado a alguien? —preguntó de la nada.

El eco de la tubería aumentaba sin querer la intensidad de aquel interrogante. El chico se detuvo y miró a Paul. Este se sintió ojeado como su vieja libreta.

Pocas veces se había sentido intimidado por algún hecho en concreto, pero en aquella ocasión tuvo deseos de escapar; pensó que Chuck sacaría un puñal de la nada y lo dejaría desangrándose por preguntar aquella insolencia.

Al contrario. El chico volvió a sonreír con mucha suavidad.

—Estoy harto de asesinarme —dijo, y continuó caminando—. Quiero ser libre.

Paul no dijo nada más por un rato. La respuesta había quedado reptando en las paredes.

—Hay un asesino en Blue Lake —dijo Paul.

—¿Y a mí qué? —dijo el chico.

—Creo que pertenece a algún culto o algo —explicó el policía—. Sólo mata a alcohólicos y mujeriegos, para resumir.

—Alguien con un pésimo carácter —dijo Chuck, con naturalidad—. Ah, ya vamos a salir de aquí.

—¿No has escuchado nada de eso? —insistió Paul—. ¿Algún amigo tuyo que tenga los cables cruzados?

—No soy un soplón. Si el tipo mata es porque tiene problemas de ira, allá él.

—Mató a mi mejor amigo... —susurró Paul—. Lo veo en sueños... No entiendo nada. Veo el Lago y lo veo a él, y lo veo junto a...

Se calló. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le contaba aquellas cosas a un mocoso sin hogar y sin...?

...tu padre.

—Quizá tu amigo le pegaba a su mujer, ¿no?

Era más de lo que podía soportar. Tomó a Chuck del cuello y lo estampó contra la pared. No tuvo tiempo de sorprenderse de su propia fuerza.

—¡Repite eso, sabandija! —Sacó su pistola y le apuntó al cráneo—. ¡Repítelo! ¡Te reto a que lo hagas!

Esperó encontrar miedo en los ojos de Chuck. Quería que le suplicara y le dijera que tenía el control absoluto.

Pero a cambio sólo obtuvo aquella expresión afilada, acuchillándole el alma, recordándole que no era diferente de lo que perseguía.

—Adelante —dijo Chuck, con desgano—. Ya te iniciaste en esto.

Hazlo. Cállalo de una vez y bórrale esa expresión. Un mendigo menos en este mundo. La sociedad te lo agradecerá y te harás un favor.

Paul respiraba con dificultad. Tensó su dedo sobre el gatillo; de verdad lo haría. Algo se lo pedía. Lo necesitaba. Necesitaba derramar sangre. Necesitaba calmar aquella sed; ni un vampiro tendría tantas ansias como él.

El calambre le destrozó el espinazo. Su entrepierna gritó y Paul cayó, soltando a Chuck, quien escapó hacia el otro lado. El dolor en sus testículos impidió que se levantase, así que intentó apuntarle, pero ya la oscuridad no jugaba para su bando.

Muy tarde.

Quedó solo sin saberse de sí mismo y dónde estaba. Incluso el olor dejó de importarle. Tardó varios minutos en normalizar su respiración; no entendía lo que acababa de ocurrir. Jamás en su vida habría apuntado un arma contra alguien de esa manera. Supo que apretaría el gatillo, que abriría fuego y le volaría los sesos a Chuck. De la nada, tuvo miedo de sí mismo, y más que miedo, se pensó perdido en aquella alcantarilla; una rata más.

Poco a poco se reincorporó. Sus piernas aún temblaban, a pesar de que no hacía frío aquella madrugada. El balazo que recibió en aquel encuentro con Doyle y los otros policías estaba trayendo sus consecuencias.

Sigue caminando.

La tubería dio paso a una escalerilla oxidada y húmeda. No veía a dónde conducía, pero las luces de unos faros se colaban hasta allí. La subió, todavía adolorido por el golpe. Admitió que aquél chico, sin duda, sabía defenderse.

Es un profesional.

Paul emergió de la alcantarilla y comprobó que estaba en la zona de la piscina. Los faroles eran pequeñas lunas, por lo que aprovechó las sombras que se alargaban a su luz para meterse en el edificio.

Los pasillos eran soledad. Por fortuna, no había vigilancia en los alrededores. Pensó en llamar al ascensor, pero la ansiedad no le permitía quedarse quieto; la quemó por las escaleras hasta el piso en donde vivía Charles Peterson.

Una vez allí, estuvo tentado a llamar a Melanie; supo que sería peligroso y que echaría por la borda sus planes.

Para otro momento. Que llore en paz por ahora.

La muerte de Dean era un montaje; lo demostraría.

Y se encontró como en aquellos primeros días en la puerta de Charles Peterson. No pudo evitar pensar en todo lo que había ocurrido desde aquella ocasión. Un vacío en su estómago se hizo lugar como una plaga.

Repasó la razón por la cual estaba allí: dos vecinos muertos y largas ausencias durante los hechos.

Las coincidencias no existen.

Intentó girar el pomo.

Cerrado.

La cerradura no era la más sofisticada del mundo. Miró por encima de su cabeza por si alguien le importunaba, pero no escuchó nada. Paul esbozó una sonrisa y destrabó la cerradura con los sujetadores de su placa.

—Para algo tenía que servir —dijo sin gracia.

Había sido demasiado fácil, pensó. La puerta chirrió. Esperó un poco y cerró tras de sí antes de encender las luces.

El apartamento estaba vacío a primera vista. El polvo se acumulaba en las esquinas y en los objetos alrededor. Las ventanas estaban cerradas, por lo que no entraba el aire; el olor a depósito era parte de la sala.

Paul comenzó a revisar el lugar, sin miramientos. Se dirigió a la cocina y comprobó que Charles Peterson llevaba días sin pasarse por allí; o que tenía muy malos hábitos al fregar los platos. La comida en el refrigerador estaba cerca de la fecha de caducidad y el zumbido de la luz eléctrica le generaba escalofríos.

Se paseó por los cuartos y nada encontró. No había fotografías; ni siquiera algún afiche que le dijera a Paul que allí había vivido una familia. Ahora sólo encontraba paredes frías y camas desoladas. Aquello era de todo, menos un hogar.

Llegó hasta la última habitación. La puerta estaba cerrada, por lo que antes de abrirla, comprobó las balas en el cartucho. Todavía tenía un par.

La abrió.

Apuntó de izquierda a derecha y de arriba abajo, pero nada parecía ser peligroso. La cama estaba a un lado, frente a un espejo de pared y la mesita de noche. Prendió la lámpara y las sombras se disiparon junto a las cucarachas en busca de refugio.

Por un momento esperó a encontrarse con la figura ausente de Peterson escondida y armada con un bate de béisbol, pero sólo vio un retazo de papel en una almohada.

—¿Qué es esto...? —preguntó al tomarlo.

En el retazo de papel se leía: Los iniciados, al cumplir la edad señalada, se hacen escarnecer y crucificar en lo alto de un monte, para seguir el ejemplo de sus maestros.

—Poético... —dijo Paul, y sin saber por qué, tuvo un escalofrío que le erizó los pelos de sus brazos. Aquellas palabras le removían algo dentro de él, como si fuese un sabor conocido en su paladar.

Volvió a leer cada línea con más detenimiento, y se vio a sí mismo sentado intentando descifrar lo que aquellas palabras le querían transmitir.

—No tiene caso —dijo al levantarse y dejar el papel de lado. De inmediato reparó en el armario.

No perdía nada con abrirlo, por lo que se acercó a él.

—¡Carajo! —soltó por impulso.

Una avalancha de zapatos cayó ante él.

—Este tipo no tiene sentido del orden... —Paró en seco, sin habla.

Los zapatos. Todos eran idénticos. No había diferencia alguna en aquellos pares; todos de tallas únicas. Pero lo que trabó la lengua de Paul no fue eso.

—Son zapatos para correr...

Algunos ya estaban desgastados y roídos por el excesivo uso, pero de igual manera examinó la suela de uno y el corazón dio un vuelco. Quiso pellizcarse para cerciorarse de que no estaba soñando; aquello no podía ser una alucinación.

Paul recordó las huellas encontradas en las escenas de los crímenes de Syd y Delgado. La misma fisionomía y silueta; la talla y el perfil del dueño que los usaba. Buscó su celular con su mano temblorosa y revisó la galería de imágenes.

Ya no tenía dudas.

—Hijo de puta —gruñó con la certeza de haber encontrado al culpable de aquellos crímenes—. Fuiste tú...

Pero su triunfalismo fue interrumpido por un golpe en la sala.

—¡Sabemos que estás aquí, Jones! —Era la voz de Doyle—. ¡Sal con las manos en alto! ¡Ahora!

Paul masculló una maldición sin hacer el menor movimiento al escuchar otro estruendo que lo hizo entender que habían derribado la puerta principal.

—No hay salida —dijo, mirando hacia todas partes y midiendo sus balas.

Por ahora.

CAPÍTULO 16

Atrincherarse distaba de ser una opción. Estaba en un piso muy elevado como para pensar en saltar por la ventana, así que desistió de la idea. Sus heridas, calladas en la tranquilidad, florecían nuevamente en la angustia y desesperación.

Ya escuchaba los pasos de los agentes revisando cada cuarto. Por más que lo odiase, tendría que salir a pelear en desventaja o negociar, y esta opción le revelaba que el resultado de la charla terminaría con él dentro de un saco hundiéndose en el Lago o en un pozo séptico de las residencias.

Corrió hacia el baño, con la esperanza de encontrar algún conducto de ventilación que lo llevase lejos de allí, pero volvía a desmoronarse al darse cuenta de que el conducto era muy pequeño.

—¡Jones! —La voz de Doyle se escuchaba más cerca—. ¡Sal de una buena vez! ¡Hablemos! ¡Vengo en paz, te lo juro!

En la desesperación, notó una ventana rectangular abierta. Unas cuerdas se columpiaban en las afueras, y al verlas se permitió alegrarse.

—¡Los andamios! —se dijo sin contenerse.

Destabó el vidrio y comprobó que podía cruzar por él. El viento nocturno lo golpeó apenas asomó la cabeza, y tal como había previsto, se encontró con los andamios de construcción, colgando expresos para él.

—¡Maldito, ven aquí! —Doyle estaba hecho una bestia—. ¡No podrás esconderte!

Nada que hacer. Salió como pudo, arrastrándose como un reptil y se sujetó de una de las cuerdas. Quedó en el aire y se llenó de vértigo junto a los remolinos de la brisa. Las luces en la lejanía lo enceguecían sin piedad.

Paul se impulsó de los muros sin soltarse de las cuerdas, consciente de que su vida dependía de ello. El dolor en las manos iba en aumento a medida que apretaba más y más. Descendió como lo haría en una montaña, al ras de la pared. La tabla del andamio estaba cerca, pero al verla, la distancia parecía acrecentarse junto a la planta baja.

Sus pies se afianzaron por fin al soporte. Le tomó unos segundos acostumbrarse al bamboleo en medio de aquel silencio. El chirrear del metal le recordaba que no había terminado, y miró hacia abajo, con agitación. El grupo de poleas podría llevarlo hasta el lado de la piscina, pensó. Sólo tendría que ir muy despacio.

Se puso en ello, y el andamio comenzó a descender. Unos ajustes lograron inclinar las cuerdas en diagonal, y aquello le dibujó de nuevo una mueca de triunfo. Podría volver sobre sus pasos y escapar por la alcantarilla, y luego sin más contratiempos, iría por Charles Peterson.

Ya lo tienes.

Aún no creía lo que acababa de descubrir. Las piezas encajaban. Todo había girado a su alrededor para aquel encuentro, y si aquel desgraciado quería encontrarlo y atraerlo, pues que así fuese. Lo entregaría a la justicia y se vengaría de todo el daño que había causado a gente inocente.

O quizá podría hacerse cargo él mismo, pensó. Quién sabe.

Dejó la disertación, y con cuidado siguió tironeando de las cuerdas y de la manivela. El andamio descendía con lentitud. La piscina se hacía más grande y sin policías a la vista. Estaba de suerte. Paul podía saborear la victoria.

El andamio aterrizó con brusquedad, despertando algunas aves que dormitaban en los árboles cercanos. Sin prestarle atención al ruido, sonrió para sus adentros y corrió

hacia la alcantarilla. Su brazo comenzaba a dolerle más; la venda que tenía ya no le ayudaba en absoluto, y los efectos de los fármacos facilitados por Chuck empezaban a pasarse.

Paul sangraba. Se internó en los acueductos, cuidando de no dejar rastros. La pestilencia volvía a atacarlo, pero esta vez con más ferocidad. La adrenalina le corría por las venas como un torrente desbordado.

La policía no dejaría de buscarlo. El patrullaje aumentaría con cada día, por lo que su rango de acción quedaba reducido a un pequeño perímetro. Ya se imaginaba los carteles pegados por toda la ciudad con su rostro y el noticiero exaltando sus crímenes con saña.

Por primera vez en su vida, la placa le pesaba. Podía sentir la desaprobación de Logan a sus espaldas como un saco que le aplastaba la voluntad a cada paso.

—No te quejes, compañero —murmuró—. Lo hago por ti...

¿Seguro? No es la manera en que lo haría él. ¿Qué pensará Harley de esto? ¿Y tu esposa?

—Pueden arreglárselas solas —dijo Paul, riendo—. Les explicaré...

¿Cuándo?

—Cuando me venga en gana.

Sin darse cuenta, la idea de abandonar a su familia le tomó por sorpresa. Nunca se atrevería; él no era Michael Rivera, y a diferencia de él, encontraría la solución. Era un hombre de principios, de moral, de ética, un verdadero agente de...

—Allí está... —dijo una voz.

Como apariciones, Rick, Anthony y Doyle le bloqueaban el paso. Estaban al menos a unos diez metros de distancia, apuntándole. Sus rostros en la oscuridad ya no reflejaban la acostumbrada camaradería que solían mostrarle en la estación.

Paul tentó su arma.

—Nada de eso, Jones —dijo Doyle, rompiendo el tenso silencio. Su orden viajó por toda la alcantarilla—. Te has pasado del límite. Sospechoso del asesinato de Dean Watts, dos policías muertos, irrupción de la propiedad privada, resistencia al arresto, falsificación de identidad y posesión de droga.

—Jamás toqué tu cochina mercancía, maldito desvergonzado —replicó Paul al instante.

—El kilo que encontramos en tu apartamento dice lo contrario, Rivera —respondió Anthony—. ¿Qué planeabas?, ¿eh? ¿Planeabas entregarnos a tus jefes de la policía de Cheverdale? Eso es una bajeza.

—Me arrepiento de no haberlo hecho desde el principio —dijo Paul, levantando las manos—, pero lo que vosotros vendáis u os metáis en las narices me tiene sin cuidado.

—Confiábamos en ti —dijo Rick—. Creímos que eras de los nuestros. Te tendimos la mano. Sabes que no podemos dejarte ir. Es el precio por saber nuestro secreto...

—Estoy aquí para vengar la muerte de Logan Clarks —dijo Paul, probando otra vía—. ¿Doyle no os lo dijo? Estoy persiguiendo a quien le disparó. Tengo pruebas que demuestran que es el mismo que asesinó a Delgado y Watts. Tenéis que creerme. No estoy jugando.

Rick y Anthony parecieron sorprenderse y miraron de reojo a Doyle.

—¿Es cierto eso? —preguntó el primero—. Responde, grandullón.

—Algo así —masculló Doyle—, pero ya oyeron la orden del jefe. No hay Logan ni asesino que valga. Es nuestro pellejo o él...

Paul comenzaba a creer que dialogar no tenía sentido. No importaba si juraba sobre la cruz, aquellos tres no lo dejarían escapar.

Se apresuró en cambiar de estrategia.

—¿Cómo supieron que escaparía por aquí? —preguntó.

Ante eso, una nueva risita contestó. Detrás de los oficiales, otra figura emergía desde las sombras.

—Chuck —murmuró Paul al verlo—. Eres tú...

—Te dije que era un profesional —dijo.

Debiste romperle el pescuezo.

—Estás jodido por donde lo veas —dijo Doyle—. Reza o algo, que se me acaba la paciencia. Si no te matamos aquí, te mataremos en una celda.

—¿Acaso no lo veis? —rio Paul—. Hago esto por vosotros. Hay un asesino suelto en Blue Lake y perdéis el tiempo conmigo. ¡Sois unos imbéciles!

—Ya —dijo Anthony, tensando el gatillo—. Fue un placer, iniciado.

A esa distancia, Paul comprendía que la oportunidad de salir ileso en plena resistencia era nula. De reojo observó las paredes; nada en donde resguardarse. El agua seguía fluyendo debajo de sus pies.

—Está lloviendo —dijo con una sonrisa.

—¿Qué? —graznó Doyle.

Paul lanzó un patadón, levantando el agua y cualquier cantidad de desperdicios llevados por la corriente. Seguidamente se oyeron tres disparos al unísono.

El primero, rozándole el hombro.

El segundo, no logró atinarle.

El tercero, muy cerca de la pierna. Un pequeño desgarre.

Tenía tres segundos antes de que volvieran a apuntarle con claridad. No tendría tanta fortuna la próxima vez.

Un segundo, una gran zancada que lo llevó hasta Rick.

Dos segundos, sujetarle el arma, desviando la mira fuera de sí.

Tres segundos, más disparos que eran como llamaradas en la alcantarilla. El rebote metálico provenía de todas partes.

Aquella arremetida fue un remolino de forcejeos que no terminaría pronto. Pudo asestar un golpe a Rick en la quijada, quien ya disparaba sin apuntar. Paul rodó por el suelo, salpicando charcos, y aprovechó la oscuridad para deshacerse de Anthony.

Una bala se le encajó en el brazo. Entrada y salida. Y sin que eso le afectase, en un arrebato le tomó del rostro y lo estampó contra el piso.

Notó que Doyle ya le ganaba la espalda. Podía sentir el cañón frío en las costillas; escuchó cómo se tensaban los mecanismos de la pistola una vez más, sin mencionar la respiración enrabiada.

—Hasta aquí —escuchó.

Paul giró sobre sus talones, aprovechando el peso del rival para mantenerse a salvo. La mano de Doyle quedó en el aire, y en un movimiento marcial, Paul la quebró como una rama. Escuchó el resquebrajar del hueso.

Un disparo y más sangre; había sido Rick. Paul no podía detenerse a ver sus heridas. No lo dejarían ir, se obligó a pensar; y con el sabor del hierro en la boca, tomó un arma y disparó dos veces. Rick cayó al instante; ambas balas a la cabeza.

Dos disparos más de su parte. Anthony emanó hilos de sangre al desparramarse, sin oportunidad. Doyle seguía gimoteando a sus pies, tomándose del brazo flácido. Miró a Paul.

—Eres un malnacido... —balbució con todo el dolor que le era permitido—. Eres un malnacido, Rivera... No te saldrás con la tuya...

—Me perdonarás en el otro mundo —dijo Paul.

Y le quitó la vida. El casquillo cayó cerca de su rostro agrietado por la pólvora.

La alcantarilla recuperó aquella oscuridad luego de iluminarse en cada descarga. Paul se bañaba en sangre, como un sendero de plasma desde la cabeza. Jadeaba sin más, con los brazos caídos.

Pero descansaba, al fin. El peso sobre sus hombros había disminuido, como si aquellos tres hubiesen sido los culpables de su maldición. Quería reír a grandes carcajadas mientras el olor a muerte lo abrazaba; parecía disfrutarlo.

Mataste a los amigos de James Jones. Enemigos de Paul Rivera.

Por último, vio a Chuck a un costado. En apariencia, no se había preocupado por escapar. Estaba allí, como si lo esperase.

—Vete —dijo Paul—. Huye lejos.

—Los profesionales no huyen —respondió el muchacho con la misma voz—. ¿No te quedó claro?

Paul permaneció en silencio antes de lanzar un profundo suspiro. Alzó el brazo con el que sostenía el arma y le apuntó.

El chico sonrió; sabía que sus caminos se cerraban y que nunca más volvería a sentir hambre.

El disparo llegó y fue liberado de su miseria.

La buena acción del día.

CAPÍTULO 17

—De verdad te apalearon, viejo —dijo Logan en la enfermería de la estación—. Creo que es mejor que vayas a un hospital.

—¿Le tienes miedo a la sangre, es lo que entiendo? —preguntó Paul, tirando en la camilla—. Cobarde. Gallina. Niñita.

—Llámame como quieras, pero al menos no tengo dos balazos —Logan lo miró con seriedad—. ¿Cómo se te ocurre salir sin chaleco antibalas?

—La prisa, la adrenalina. Un montón de factores que ahora no recuerdo. —Paul arrugó la cara del dolor—. ¿Vas a coser o qué?

Logan ya tenía listo el equipo de sutura a la mano. Se había vuelto un tapabocas.

—Prométeme que no volverás a hacer tal tontería, Paul —dijo.

—No es para tanto —deliraba Paul—. Comienza...

—¡Promételo! —afianzó Logan—. No quiero tener que enterrarte.

—Ya quisieras tú —Paul rio a causa de la anestesia.

Buenos consejos.

Paul estuvo cuatro días viviendo de las sobras y en la desdicha. Se movía entre los suburbios como uno más, y pasaba desapercibido como el mismo Peterson. La ferretería no había vuelto a abrir. Nadie sabía de su paradero; de verdad se había convertido en un fantasma.

Sus heridas no eran tan graves gracias a su chaleco antibalas. De no haber sido por el chaleco, ya no la contaba, pero a pesar de eso necesitaba atención médica si no quería morir de gangrena a las semanas. Se las ingenió para asaltar una clínica y conseguir vendas, hilos de sutura y antibióticos. No tuvo mayores problemas con eso; ya se acostumbraba a saltarse la ley cuando le convenía.

En cuanto al alimento, tuvo que ser algo más decidido. Tenía un arma y sabía usarla, o al menos amenazar con ella. Pudo hacerse con una billetera de un desafortunado chico y con eso se abasteció.

Mientras deambulaba por Blue Lake, escuchó su nombre en los medios. La policía levantó un operativo de búsqueda tan exhaustivo que dejaría en pañales a cualquier montaje militar. Paul pensó cuánto deseaba el jefe su cabeza, y todo por una cantidad paupérrima de cocaína; aunque pensándolo mejor, había presenciado horribles tiroteos por menos cantidad. Sea como sea, el operativo mermó a los dos días, aunque sabía que cualquier paso en falso lo arrastraría a la cárcel o a la morgue; a esas alturas, ambas se parecían demasiado, según Paul. Pero, al tener resultados negativos conforme el tiempo avanzaba, cesó el operativo.

Intentó contactar un par de ocasiones con Carly, pero se lo pensó mejor. Lo más probable era que las líneas estuviesen intervenidas, o que ella estuviese colaborando con la policía. La verdad, ya no podía confiar en ella.

Y así como pensó en ella, también se le venía a la mente la pobre Melanie. Habría querido volver a su apartamento y explicarle lo sucedido con sumo detalle. Ahora mismo debía pensar que él era un monstruo desalmado que se llevó la vida de su amado, y en cierto punto tenía razón; Dean sólo había sido un peón en el tablero en donde jugaba contra Charles Peterson.

Se gana o se pierde. Tú decides.

Ahora merodeaba por el muelle en compañía del Lago, quien ahora parecía ser su único amigo; su aliado en la oscuridad de ese maldito pueblo. Ambos se entendían. Sus

sueños y frustraciones quedaban en sus aguas como las ondas que desperdigaban sus botes cuando tiraban de las amarras para hacerse con un buen día de pesca.

Aquella noche, la luna brillaba en cuarto menguante; tímida. La palidez iluminaba las colinas como una mano albina, tocando y reavivando el placer de existir entre la penumbra.

Y allí venía el acto principal. Paul se preguntó cuánto se postergó aquello. Lo vio acercarse vestido con la sudadera y corriendo como cualquier transeúnte. Era real. Paul había comprobado que todas las noches pasaba por allí a la misma hora, como un alma en pena que cargaba la maldición de nunca detener su carrera.

Paul se paró en medio de la vía con la intención de truncarle el paso y el desconocido cesó su movimiento a pocos metros. No parecía cansado; tampoco parecía respirar bajo la oscuridad de su capucha. Paul vio sus pies y comprobó lo que ya sabía.

Zapatos para correr.

A su espalda, parecía que el Lago se reía por la obviedad. Paul sacó su arma y apuntó hacia el desconocido.

—No te muevas, Charles Peterson —dijo. Abrió su gabardina y mostró la placa. De reojo se veía moribunda. Paul tuvo un espasmo de vergüenza—. Se te acusa por cuatro asesinatos. —Pausó. Las palabras tenían un sabor a tierra—. Entre ellos la muerte de Logan Clarks, ¿lo recuerdas? Tu vecino... —Tragó grueso. El sabor a tierra se incrementó—... y mi amigo.

Dejó que el viento rematara cada sílaba, pero el encapuchado no contestó, y Paul tuvo la impresión de que poco le importaba lo que decía. Detrás de aquella capucha parecían esconderse todos los males del mundo. Recordó aquella analogía en el sanatorio junto a Daegor Smithy: la caja de pandora.

Pensó que aquel corredor lo esperaba; su cuerpo no daba señales de sorprenderse. Y eso le causó pequeños escalofríos que luchaba por contener.

—Vendrás conmigo —dijo Paul, encañonándolo. Sabía que retroceder no era una opción—. No importa si tengo que arrastrarte hasta la estación de policía. No me interesa si tengo que entregarme también. —Apretó los dientes—. Me encargaré de que te pudras en la cárcel por lo que has hecho. —Las palabras se le atoraron—. Por lo que me has hecho... Has arruinado familias... Has arruinado la mía...

La voz que le contestó pudo provenir de las montañas, de las carreteras, del mismo encapuchado, pero Paul supo que en aquel momento era el Lago quien hablaba. No daba cabida, y sin embargo lo veía posible, como si le hubiese estado hablando desde siempre, desde su infancia, con miles de voces y palabras.

El encapuchado era el Lago; lo dominaba todo.

—Bienvenido, “iniciado” —dijo el encapuchado.

Los nervios de Paul flameaban como las velas de un velero arrastrado por los vientos infernales del Lago.

—¿Cómo dices...? —preguntó Paul.

Los iniciados, al cumplir la edad señalada, se hacen escarnecer y crucificar en lo alto de un monte, para seguir el ejemplo de sus maestros.

¿No lo recuerdas?

—La secta de los treinta —dijo Michael Rivera, mientras paseaban por el muelle alguna vez en alguna tarde—. Un pequeño cuento de Borges. ¿Te gustó?

—Es algo tétrico, papá —dijo Paul, tomándole de la mano para no quedarse atrás—. Me da miedo.

Michael Rivera rio jocosamente y Paul pensó que se burlaba de él.

—Eres un tramposo —dijo—. Sabes algo que yo no sé.

—Puede ser. —Su padre se rascó la barba—. ¿Quieres averiguarlo?

—¡Por supuesto!

—¡Entonces acompáñame a darme un chapuzón!

En medio de la noche, apuntando a Charles Peterson, Paul sintió las aguas del Lago rodearle como aquella vez. Le habían susurrado la verdad. Había escuchado sus voces que todo lo sabían. El Lago, al igual que aquel cuento de Borges, se le asemejaba a un Aleph. Blue Lake estaba vivo. Y desde entonces regresaba a esas orillas a zambullirse con papá, a escuchar nuevos secretos y verdades. No necesitaba nada más, porque aquello reflejaba la alegría de existir.

Pero el Lago no era tan generoso, y Paul comprendió que venía por su tributo.

—¿Papá...? —dijo, viéndose a sí mismo en la soledad de la orilla—. ¿Papá...?

Vio las aguas removerse, pero nada emergía de ellas. La esperanza se transformó en miedo, y el miedo llevó a la desesperación. Jamás volvió a verlo surgir entre la negrura del Lago. Blue Lake se convertía alrededor de Paul en un mundo de tinieblas y bruma al cual nunca regresaría.

—Es un placer conocerte —dijo finalmente el encapuchado.

Paul siguió el movimiento de sus manos. Con lentitud, aquel encapuchado descubría su rostro nacido de la oscuridad en una mirada que Paul no pudo sostener, pero de la cual no podía escapar. Estaba enjuiciado a su merced.

Conocía aquel rostro.

Debajo de la capucha descubrió al verdadero Charles Peterson; el mismo rostro que colmaba sus sueños de pesadillas, de miedos y de eternos sin sentidos. Los gestos y cada arruga eran idénticos al asesino que venía persiguiéndolo.

—No puede ser... —fue lo que dejó escapar Paul—. Eres tú... Te he visto... Es imposible... ¿Cómo...?

—Las posibilidades son infinitas una vez que te unes a él... —dijo Charles Peterson, sonriendo como la luna. Señaló al Lago—. Es hora de que completes tu iniciación...

—¡Cierra la boca! —gritó Paul, volviendo a la realidad—. ¡Mataste a esas personas! ¡Mataste a mi amigo! ¡Eres un loco desgraciado!

Risa.

—Logan... —murmuró Charles—. El buen Logan. Mi mejor señuelo.

Paul se acercó y Charles no hizo esfuerzo alguno por escapar. Lo tomó de la camiseta y lo encañonó. Sus dientes castañeban, impotente. Juró para sus adentros que apretaría el gatillo.

Tiñe sus aguas con sangre. Entrégale el tributo.

Un golpe con la culata del arma y Charles cayó a los pies de Paul, pero su rostro no parecía conocer el dolor.

—Tomó mucho tiempo encontrarte —murmuró Charles—. Décadas desde el día en que él desapareció.

—No sé de quién hablas —interrumpió Paul, alejándose de esa realidad—. ¡Levántate y pelea como un hombre! ¡No he terminado contigo!

—Te cuento un poco —continuó Peterson, sin moverse. Escupió sangre—. Lo conocí una noche como esta, y es que las noches así tienen algo de especial, ¿no te parece? Como si te conectaran con él. —Con un ademán, señaló el Lago—. No podía con mi alma. Tenía las manos manchadas de sangre y los ojos vacíos de ilusión; una larga historia. La

culpa no me dejaba en paz. Mis demonios me consumían al dormir. Mis sueños eran mi perdición. ¿Sabes cómo es vivir así? No. No lo sabes, mi buen policía. En estas cuestiones tú eres ignorante, me temo.

—¿De qué estás hablando?! —gritó Paul. Otro golpe de culata que Charles no intentó esquivar. Un charco de sangre se formaba desde su cabeza.

—Aquí estaba, como si esperase por mí —dijo Charles, inmune a los golpes. Parecía disfrutarlo—. Acudió a mi llamado cuando más lo necesitaba y me tendió una mano —su sonrisa se extendía hasta lo más alto de su huesuda cara—. ¿Sabes qué hizo, Paul? Me ayudó a aceptar mis demonios... Así como él aceptó los suyos. ¡Fue magnífico!

Paul tuvo deseos de golpearlo hasta matarlo. De verdad no podía seguir escuchando los delirios de aquel loco.

No hay locos en este mundo, Paul.

—Me enseñó todo lo que sabía —dijo Peterson—. Era un experto diseccionando víctimas; y qué decir de sus candidatos. Pronto crecimos en número. Éramos una bonita familia. Recuerdo el día en que Víctor se nos unió; todo temeroso y sin rumbo alguno. Sí. Sé que le hiciste una visita y me alegra que esté con vida —Hizo una pausa—. Nadie nos juzgaba. Este era nuestro territorio. Todo se lo debemos a él, Paul.

Sus palabras se asemejaban al graznido de un cuervo.

—Eres su vivo retrato —dijo Charles, levantándose y observándolo con detenimiento. Un hilillo de sangre desfilaba desde sus labios—. ¿Quieres enorgullecerlo? ¿Aquí y ahora? ¡Vamos! ¡Que Michael Rivera vuelva a la vida gracias a ti!

—¡Que te calles, hijo de puta! —Paul lanzó un puñetazo, pero se detuvo a escasos centímetros del rostro.

La mirada de Peterson se había extendido como una nebulosa.

—Enorgullece a tu padre, Paul —dijo Charles—. Enorgullece al hombre que me salvó. Que su tumba tiemble. Trae su espíritu de regreso. Termina su trabajo. Acepta tus demonios. Para traer justicia a este mundo, debes escucharlas... Debes escucharlo...

Paul tambaleó enmudecido, golpeado por una ráfaga para la que nunca estuvo preparado. Ya no se enfrentaba a Charles Peterson. Ahora encaraba a su pasado. Ahora encaraba a Michael Rivera, su padre, aquel que le abandonó sin dejar rastro; aquel que daba por muerto.

—Papá no era un asesino —dijo, escapando de sus propias conclusiones—. ¡No lo era! ¡Tú no lo conociste! ¡El Lago...! ¡El Lago se lo tragó!

—No fue así —dijo Charles—. El Lago quería su paga, y, ¿qué hizo el bueno de Michael Rivera? Siempre pensando en los demás. ¡Se entregó! ¡Intercambió su vida por la tuya! Tu padre era un artista... Un artesano de la vida y la muerte... La comunión perfecta entre este mundo y el Lago.

Un puente.

Construí este puente desde que naciste, hijo.

—No te creo nada... —baluceó Paul, sin saber a quién le hablaba. La voz de su padre se distorsionaba.

—Acepta la invitación, Paul —dijo Charles—. También lo escucho. Es él quien me ha guiado hasta ti. ¿Crees que me hubiese tomado la molestia de inculparte por el asesinato de Dean si no quisiera conocerte? Ya sabes lo que tienes que hacer.

Paul no había soltado su arma. Ahora la sentía más pesada que nunca, con ganas de escupir y esparcir muerte a su alrededor. Taladraba desde su muñeca hasta su cerebro, rompiendo dimensiones y dilatando uno a uno cada pensamiento de su identidad.

Blue Lake ahora era una casita de muñecas; un terreno baldío que se regodeaba de tener los recuerdos de su niñez. Y ahora, el escudo que llevaba de placa, con el que contenía sus emociones, se desmoronaba ante la mirada de Charles Peterson. Comprendió en un espasmo que en aquellos ojos también estaban los ojos de su padre.

Y desobedecer a su padre no era una norma. Haría todo lo que le pidiese. Por sus años de felicidad, porque a pesar de todo le amaba. Su desaparición no cambiaba nada; incluso su resentimiento sólo era una masa voluble para no aceptar que se había ahogado por su culpa.

Paul alzó el cañón.

Sin prisa.

Apuntó al cráneo de Charles Peterson. Y al tenerlo bajo la mira, recordó los verdaderos motivos que lo llevaron hasta allí.

—Mataste a Logan —dijo. Por sus venas corría hielo. Si escuchaba bien, podía escuchar sus latidos congelarse.

—Lo sé —respondió Charles.

Haz justicia. Para eso te he traído.

Paul se imaginaba triunfal, junto a su esposa; junto a su hija. Tendrían una vida plena y larga como la de los cuentos de hadas. Él era el caballero de dorada armadura que traería la paz al mundo.

Busca el final feliz. Eres el salvador.

—Bienvenido, “iniciado”—dijo Charles Peterson—. Bienvenido, Paul Rivera.

Extendió los brazos, entregándose a una voluntad quebrada.

—Yo... —Paul tenía el dedo en el gatillo. Nada le impedía disparar.

¿Dudas?

—¡Nunca! —gritó Paul—. ¡Nunca dudaría de ti! ¡Deja que te acompañe, padre!

Y vio por última vez a Charles Peterson, quien asintió con cierta solemnidad.

Bienvenido, hijo.

Un disparo. Y nada más.

EPÍLOGO

La mano de Melanie King no paraba de temblar. Había derramado la taza de café por toda la sala al momento de leer el periódico que acaba de llegar a la puerta de su casa. Su crisis de nervios no mejoraba, y la primera plana había agujoneado sus sentidos.

—Encontrado cadáver en el Lago de Blue Lake —leyó—. Un cuerpo fue encontrado en el muelle a primera hora de la mañana. Se ha identificado como Charles Peterson, dueño de una ferretería del centro...

Había perdido el número de cuántas veces había leído el artículo. Dos sucesos impactantes de una sola vez. Bajó la mirada hasta el segundo hecho.

—Se presume que el principal sospechoso sea el ex-oficial de policía Paul Rivera, quien trabajó en el Departamento de Homicidios de Blue Lake bajo el alias de James Jones. Recordamos que es acusado además por posesión de drogas y el asesinato de Dean Watts y cinco oficiales de la brigada. Advertimos a todos los ciudadanos a estar atentos y en notificar a las autoridades si ven a este hombre. Es altamente peligroso y creemos que está armado. No intente acercársele ni enfrentarlo.

Una foto de Paul Rivera – James Jones complementaba el resto del artículo.

Melanie dejó el periódico. Si seguía así, su crisis nerviosa la llevaría directamente a un sanatorio. Blue Lake estaba maldito. Su corazón se lo decía cada vez que apagaba la luz a la hora de dormir.

Miró sus ventanas; estaban reforzadas, al igual que las cerraduras de su nueva puerta. Todavía no creía que había estado en aquella misma sala con él.

—Pero...

Recordó sus palabras. La había mirado a los ojos y le aseguró que no había matado a Dean. Melanie quería creerle, pero todas las pruebas le decían que podría estar engañándola.

—No sé qué pensar... —dijo—. Si pudiese hablar con él... Tal vez...

Prendió la TV. Quería distraerse un rato, así que paró en algún canal de cocina. Mientras observaba la forma correcta de preparar un pastel, el timbre sonó. Dio un respingo de la sorpresa, pero no perdió tiempo en ir hasta la puerta.

—¿Sí? —Miró por el ojo de pez. El pasillo estaba vacío.

Tuvo algo de miedo, admitió, pero el impulso la llevó a quitar los cerrojos y abrir la puerta.

—¿Hola...? —dijo—. ¿Alguien?

El pasillo continuaba desierto. Se detuvo a mirar la puerta del viejo apartamento del señor Peterson y sintió unas tenazas apretando su corazón. Todavía no podía creer que aquel agradable señor estuviese muerto, y más aún, asesinado...

Un sonido la sacó del letargo. Bajó la mirada y encontró un móvil cantando dicha canción. Miró de nuevo hacia los lados, pensando que alguien lo había dejado caer.

—¿Podría ser...? —dijo entrecortadamente. Las palabras se le quedaron atrancadas.

Lo recogió y vio que el número estaba oculto. Arrugó los labios y atendió luego de volver a su apartamento.

—Diga... —dijo—. ¿James...? ¿Eres...?

—Charles mató a Dean —respondió la voz—. Y yo maté a Charles. Todo fue por mi culpa. Dean sólo fue un peón. Espero que este pequeño acto de caridad borre mis pecados.

—Aguarda...

—El mundo ahora es un lugar mejor, Melanie, y te mereces una buena vida con alguien que te aprecie —continuó la voz. Se oía distorsionada; casi robótica—. Eres una buena chica, y ahora eres libre.

Por un momento intentó conocer su ubicación, pero no escuchaba ruidos de fondo ni nada que le delatase el paradero de aquel hombre.

—James... —Melanie no sabía qué decir. Las lágrimas comenzaban a brotarle.

—Vete de Blue Lake —dijo la voz—. No estás a salvo aquí. Nadie lo está.

—¿Cómo dices...? ¿Por qué...?

—Los iniciados, al cumplir la edad señalada, se hacen escarnecer y crucificar en lo alto de un monte, para seguir el ejemplo de sus maestros.

—No entiendo. La policía te busca... No deberías...

—Vete —tajó la estática—. Ahora.

La llamada llegó a su fin. Melanie se dejó caer derrotada en su sillón, con miles de preguntas en su cabeza. Pensaba que la mención de Dean podría volver a abrir la herida de su pérdida, pero un nuevo sentimiento opacaba aquella agonía.

—Miedo... —se dijo a sí misma—. Tengo miedo.

Y empujada por el miedo, sumado a las advertencias de James, comenzó los preparativos para su partida. Si de algo estaba segura, era de que Blue Lake ya no era un buen sitio para vivir, y aquella misma tarde sus maletas estaban hechas, así como su próximo destino escogido.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo “El Misterio del Lago: El caso de Blue Lake (parte 2)”.
Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Mis mejores deseos,

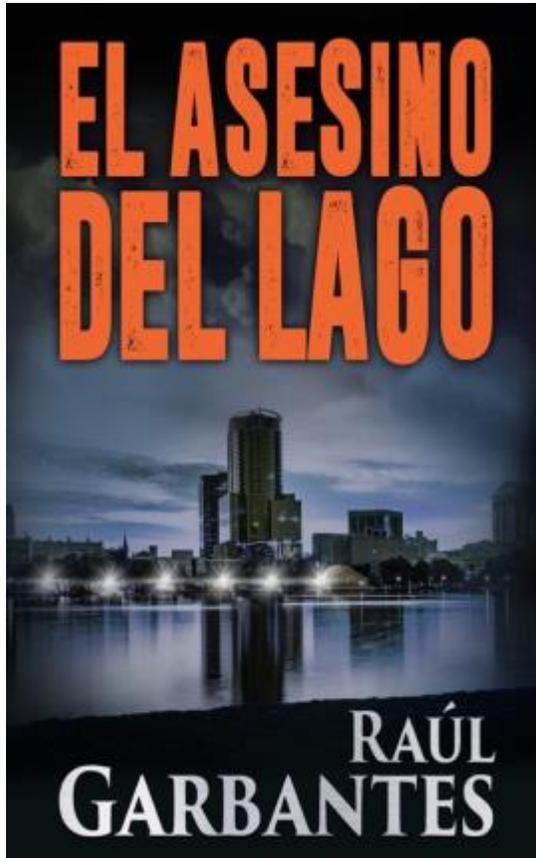
Raúl Garbantes

Autor

<https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Otras obras del autor

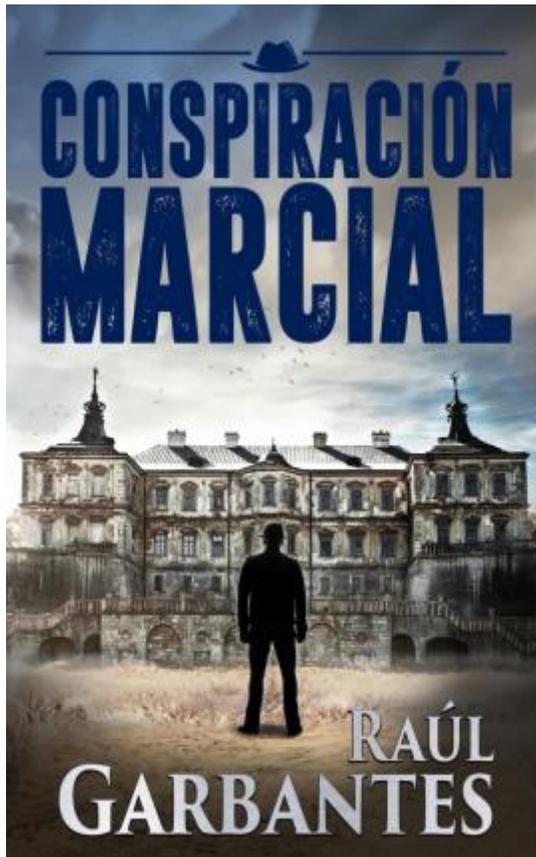
El Asesino del Lago



Los Peterson viven una vida normal y tranquila en su hermoso departamento con vista al lago. Están casados hace unos años y son muy felices. De repente, algo terrible ocurre: el vecino que vive frente a ellos es asesinado y Gloria, su viuda, parece haber perdido la razón. Poco tiempo después del trágico hecho, María, la hermana de Gloria, y su familia se trasladan al departamento que compartía la pareja. El hombre de esta familia, los Clarks, es un policía que, con su llegada a la ciudad, comienza a trabajar en la división de homicidios y a seguir las pistas del asesinato de su cuñado. Los Clarks y los Peterson se hacen amigos, pero entonces comienzan a perseguirlos una serie de sucesos extraños que ponen en peligro sus vidas. ¿Estará el asesino detrás de estos sucesos?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01LYPA10D/>

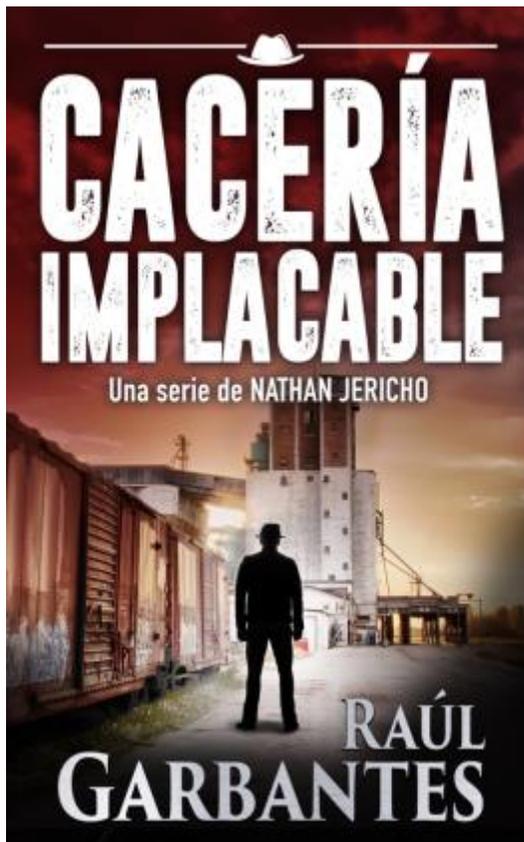
Conspiración Marcial (Nathan Jericho investigador privado nº 1)



Illinois, 1968. Nathan Jericho es un investigador privado “chapado a la antigua” quien compensa su mal carácter gracias a sus destacadas dotes físicas y mentales siendo uno de los mejores en su oficio. Su vida toma un giro radical cuando recibe la llamada de un cliente que se hace llamar Idaho y lo contrata para resolver un misterioso caso en torno a un proyecto secreto que revela la existencia de una gran conspiración que se extiende desde la Segunda Guerra Mundial hasta su presente. Huérfano y atormentado por los recuerdos de su pasado, Jericho descubre que este caso representa una oportunidad para responder las preguntas que ha intentado resolver durante toda su vida: ¿De dónde viene? ¿Por qué fue abandonado en un orfanato? ¿Qué significa el tatuaje “Jericho” marcando su piel desde que era un niño y por el cual tomó su nombre? Pero conforme se adentra en la investigación Jericho comprometerá su seguridad a niveles altamente peligrosos ya que atenta contra los intereses de personas poderosas que harán cualquier cosa para que nadie descubra los secretos detrás del Proyecto Jericho. Nada es seguro. Nadie es lo que aparenta ser. ¿Podrá Jericho resolver el caso sin morir en el intento?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B073ZJFWS7/>

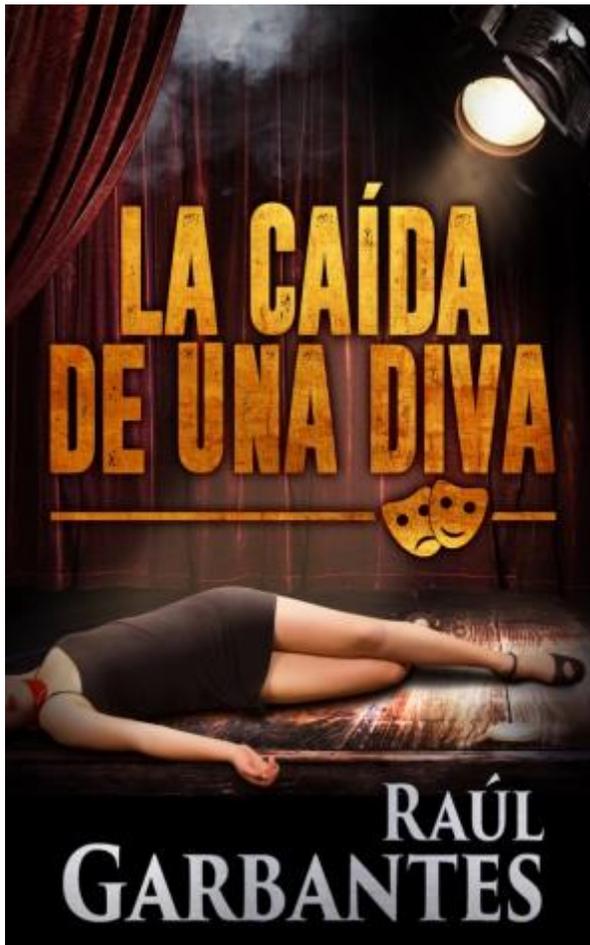
Cacería Implacable (Nathan Jericho investigador privado nº 2)



Tras sobrevivir a una explosión que le costó la vida a su empleador y contacto, Nathan Jericho se ve obligado a continuar por su cuenta la investigación en torno al Proyecto Jericho, una conspiración secreta durante la Segunda Guerra Mundial cuyo objetivo era crear armas humanas usando niños como sujetos de prueba. Jericho ha descubierto que fue uno de esos niños y aunque no recuerde nada necesita continuar con la investigación para responder las preguntas sobre su identidad que han atormentado por siempre su existencia. Su búsqueda se complica ya que además de los mercenarios contratados por los jefes del Proyecto también es prófugo de la ley, con una orden de captura por unos crímenes que no cometió ya que sus enemigos orquestaron varios asesinatos de tal manera que Jericho fuera el único implicado. Jericho debe valerse de todas sus habilidades e ingenio de sus años como detective privado para resolver el caso más importante de su vida: uno capaz de conmocionar al mundo si llegara a descubrirse, pero que esconde la respuesta fundamental sobre su pasado. Aparentemente solo y sin aliados, Jericho debe combatir la crueldad de unos enemigos sin rostro capaces de cualquier cosa para interrumpir su trabajo.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B074VG6WTH/>

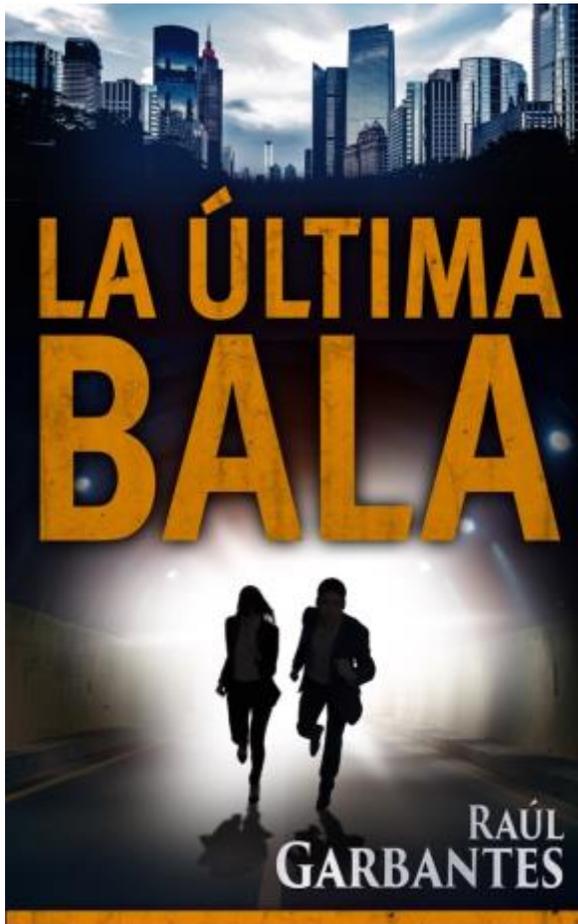
La Caída de una Diva (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)



Cuando se descubre el cuerpo sin vida de la diva Paula Rosales, en su camerino del Teatro Imperial, Aneth Castillo es designada para la investigación de su muerte. Ella es una inspectora novata recién llegada a la capital, que ha cambiado de aires esperando darle sentido a su vida. Pero para resolver el caso, necesita la ayuda del inspector Guillermo Goya, un veterano atormentado por su pasado que ha sustituido su familia y la profesión por la adicción a las drogas y el alcohol. Paula Rosales parecía llevar la vida perfecta: una carrera exitosa y un hombre que la adoraba. Sin embargo, la investigación llevará a Goya y Castillo por un mundo de apariencias y engaños que cuestiona la posibilidad real de una conexión significativa con otras personas.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01N4BP1AR>

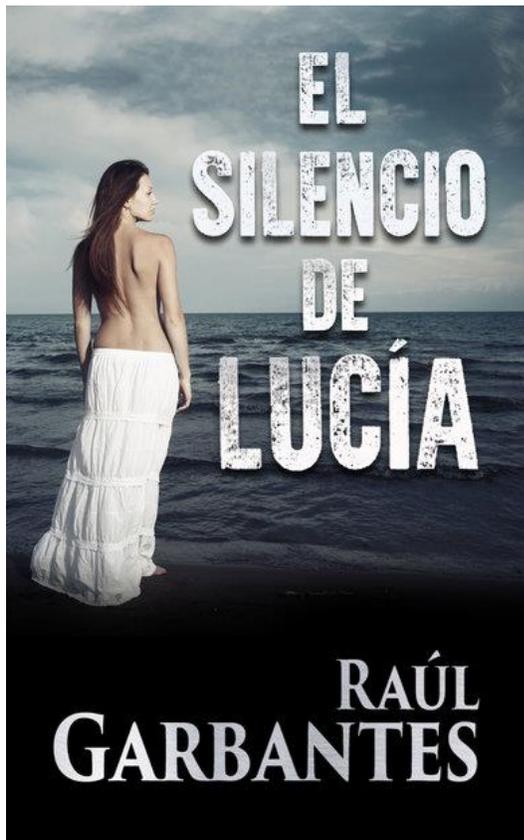
La Última Bala:



El detective Olivert Crane siempre ha sido de los mejores en su trabajo, en las peligrosas calles de la ciudad de Seattle siempre ha sabido valerse por sí mismo mientras sigue buscando respuestas sobre la muerte de su padre. Con la repentina aparición de diferentes casos enlazados por un peligroso criminal y con una larga lista de sospechosos él tendrá que averiguar en quién puede confiar de verdad.

Disponible en Amazon: <https://www.amazon.com/dp/B0190K3FWU/>

El Silencio de Lucía:



Después de pasados varios años, Lucía vuelve a la isla que la vio nacer y crecer. Su regreso transcurre entre recuerdos, reflexiones, un corazón roto y muchas preguntas. Lo único que se hace evidente, es la incertidumbre que envuelve cada cosa que piensa. Durante toda su vida, ha tenido que aprender a vivir con una sensibilidad extraordinaria que, de cierta manera, la ha unido de manera especial a sus prójimos, pero a la vez, la separa de todos. De casi todos. Ahora, un fracaso amoroso la obliga a replantearse su vida entera, debatiéndose entre la esperanza y el desengaño: tras una fuerte discusión, dejó el apartamento que compartía con el amor de su vida, Darío, frustrada por el aparente enfriamiento de su relación. Sin embargo, poco se imagina lo que le depara el destino en este regreso a la isla, que la enfrentará con viejos demonios y probará su misma humanidad.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01DI4MQOC/>

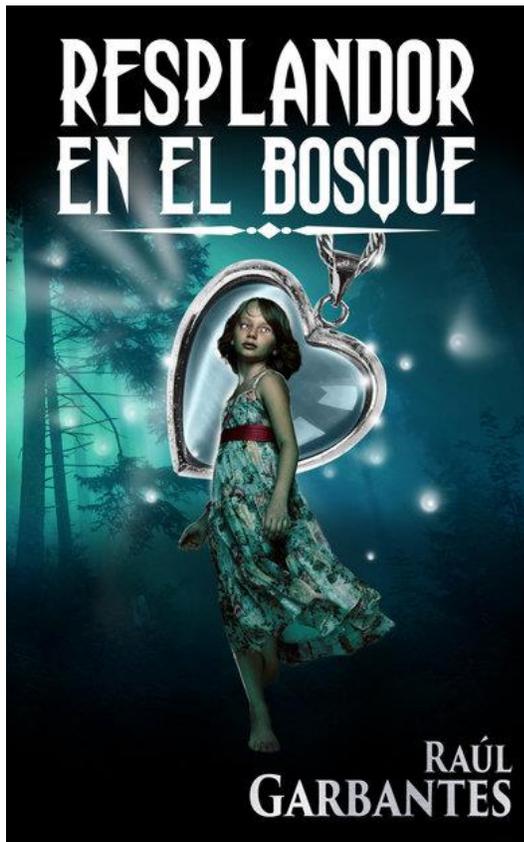
El Palacio de la Inocencia



La inocencia es una virtud frágil para quienes están obligados a crecer demasiado pronto. Pero hay juegos que no pueden abandonarse y deben ser jugados hasta el final. En medio de una noche llena de pesadillas, Diana, una maestra de educación infantil, se ve obligada a atender una llamada con un anuncio que cambiará su presente por completo: su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue secuestrada sin dejar rastro. La tragedia y la incertidumbre serán una constante a partir de ese momento en la vida de Diana, quien intentará localizar a su sobrina con la ayuda de Justo, el jefe del departamento de homicidios. La policía encuentra pocas pistas sobre quién podría ser el culpable y la misteriosa vida que llevaba su hermana aporta pocas respuestas para resolver el caso. Pero un día, Diana recibe mensajes cifrados con acertijos por parte de un hombre que se hace llamar el “guardián de los juegos”. ¿Quién será este mensajero anónimo y por qué está relacionado con su familia? En una carrera desesperada contra el tiempo, Diana debe descifrar los enigmas de este psicópata para poder rescatar a Mina. Acompáñala a resolverlos.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GRY9ST6/>

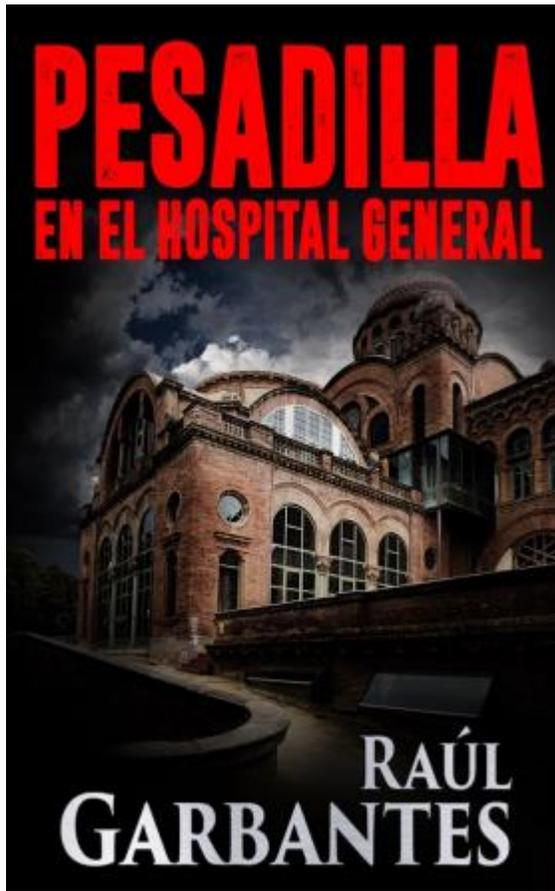
Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah va en el auto junto a su padre de regreso a casa. Pasan por el bosque en el que su madre desapareció hace cinco años y la niña se siente atemorizada. Después de cruzarse en el camino con un venado, se accidentan en el auto y, en el trájín, la pequeña cae por el abismo que da al bosque. Cuando abre los ojos se da cuenta de que se encuentra metida en una de sus peores pesadillas, está perdida en el mismo bosque en el que perdió a su madre.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GAGU9UI/>

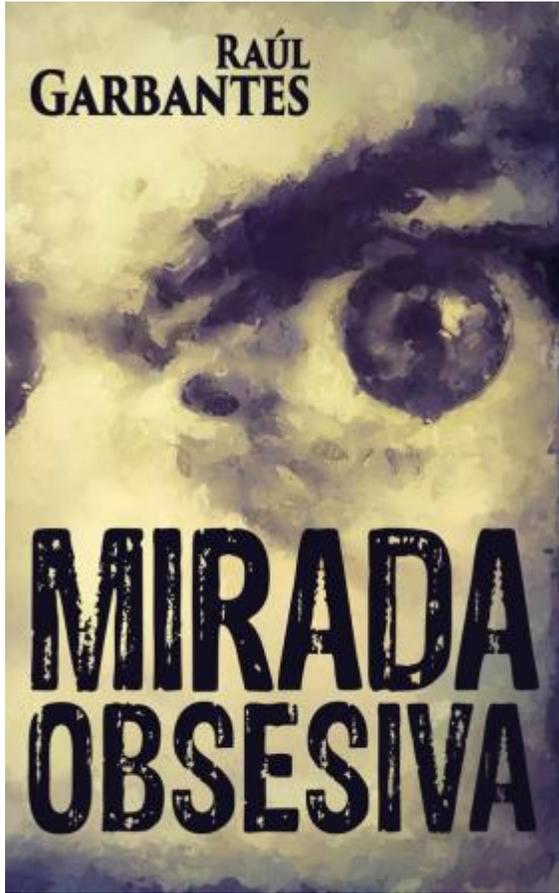
Pesadilla en el Hospital General



Tres personas se enfrentan al crimen organizado de la capital. La aparición de un paciente sin identificación en la sala de emergencias del Hospital General, desencadenará una serie de eventos misteriosos e intimidantes que obligarán a Julián Torres, Alejandra Villalobos y Willy Baralt, a desentrañar los hilos y urdimbres que unen la red de ilegalidad de la ciudad. El lector que recorra estas páginas se conmoverá con las historias de los personajes, la trama escalofriante en la que se ven envueltos y no despegará los ojos hasta el final, para saber si serán capaces o no de enfrentarse a los corruptos y criminales de la capital.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01FZO75H6/>

Mirada Obsesiva



En un ciudad llena de contrastes vive Valeria Gómez, una exitosa mujer joven, que lleva una existencia metódica y ordenada. Todos los días, ella intenta controlar cada detalle, cada aspecto, cada espacio de su vida, sin dejar nada al azar, convirtiendo su vida en un marco rígido de prolijidad absoluta para ocultar un doloroso pasado familiar. Su vida transcurre tranquila entre su trabajo, el cuidado de sus plantas y su apartamento minimalista, que es su oasis y su refugio, y el café diario con su amigo Gianfranco, con quien comparte su pasión por el arte y su deseo de aprender italiano. Además, ha comenzado a convivir con Mariano, un guapísimo hombre por quien siente una intensa atracción sexual. Valeria no puede estar más feliz. No obstante, de un momento a otro su vida perfectamente controlada se vuelve un caos absoluto. Alguien la observa, la acosa, se mete en su casa y en su vida y no la deja en paz. Valeria comienza a ver cómo su vida se desmorona ante sus propios ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y es paradójico, porque el acosador parece estar obsesionado con los ojos y la mirada, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos. ¿Quién es el acosador? ¿A qué juega y por qué la persigue? ¿Cómo hará Valeria para descubrirlo antes de caer en un pozo de locura que le muestren los límites de una verdadera obsesión? No puedo develarte más. Adquiere ya un ejemplar de esta nueva novela del autor de “El silencio de Lucía” y “El palacio de la inocencia” y dejarte llevar por este thriller psicológico que te mantendrá enganchado hasta el final.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01LCXYVFS/>

Colección Completa de Misterio y Suspense



La colección completa con todas mis novelas de misterio y suspense.

Disponen: <https://amazon.com/dp/B01MU6ZEBS/>